

LETRAS

ORGANO DE
LA FACULTAD
DE LETRAS
Y PEDAGOGIA



32

LETRAS

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

ORGANO DE LA
FACULTAD DE
LETRAS Y PEDAGOGIA.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puchan y Converso»



no 32

TERCER CUATRIMESTRE
DE 1945

Facultad de Letras y Pedagogía

FACULTAD DE LETRAS Y PEDAGOGIA

DECANO

Sr. Dr. Pedro Dulanto.

DELEGADO DE LA FACULTAD ANTE EL CONSEJO UNIVERSITARIO

Sr. Dr. Luis Alberto Sánchez.

SECRETARIO

Sr. Dr. Héctor Lazo Torres.

REVISTA "LETRAS"

DIRECTOR

Sr. Decano Dr. Pedro Dulanto.

COMITE DE REDACCION

Sr. Dr. José Jiménez Borja.
Sección de Literatura.

Sr. Dr. Roberto Mac Lean y Estenós.
Sección de Pedagogía.

Sr. Dr. Julio A. Chiriboga.
Sección de Filosofía.

Sr. Dr. José M. Valega.
Sección de Historia.



0001

SUMARIO

Toribio de Luzuriaga, por José M. Valega.

La Noble Figura Lírica de Gabriela Mistral, por Luis F. Xammar.

Flora Tristán, por Manuel Tamayo Vargas.

El Inca Titu Cusi Yupanqui, primer cronista peruano, por Carlos Valcárcel.

Excelencia del Arte de Hablar, por Carlos Velit.

APRECIACIONES Y JUICIOS CRITICOS

SEMINARIO DE LETRAS

La Novela Europea en el Siglo XIX, por Alumnos del curso de Historia de la Literatura Moderna.

Libros y Folletos recibidos.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

ACTIVIDADES DEL CLAUSTRO

Grados.

Nota Necrológica: Deceso del Dr. Alejandro O. Deustua.
Discursos pronunciados en el sepelio.

Homenaje a la Memoria de don Andrés A. Aramburú.

Indice Onomástico del Tomo XI (Nos. 30, 31 y 32) año 1945.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

859744

Toribio de Luzuriaga.

PRIMER GRAN MARISCAL DEL PERU — SU VIDA Y SU OBRA

Toribio de Luzuriaga sufrió el primer gran dolor, el dolor de vivir, en la ciudad de Huaraz—o de Chiquián (1), que no se ha logrado precisar el hecho todavía—el año 1782, al nacer, el 16 de abril. Dolor tremendo de mestizo virreinal, que se sabía postergado por la sociedad y por la ley, a despecho del cartel nobiliario de sus antecesores españoles: gules, con cuatro castillos de oro, puestos en dos palos.

Vizcaíno, por el padre; huaracino, o chiquiano, por la madre, Luzuriaga trae el espíritu de señorilidad, de los vertientinos de Ancash; espíritu que iluminaba las vías de la cultura occidental de la época. Y, también, carga el fardo agobiante de la incapacidad subdital de la raza sometida. Y las dos sendas, que podrían abrirsele, al despertar su personalidad, eran los dos únicos caminos, socialmente dignos, pero, individualmente, anulantes y estériles: servir a Dios, dentro de las normas rígidas y frías de los cánones; o darse a las milicias, para defender al Señor de su padre y, a la vez, tirano de su tierra y de su madre.

(1) Los chiquianos, durante el gobierno de Leguía, consiguieron colocar una placa conmemorativa, en una casa de Chiquián, indicando el lugar del nacimiento del prócer.

Y su infancia y su niñez propician su desvalorización individual. Se le educa en la escuela de los dos mas infecundos rendimientos humanos: el amor, hasta el sacrificio, del soberano absoluto, y la devoción a la divinidad, hasta la clausura rotunda de la mente a toda verdad renovadora.

Y Luzuriaga desarrolla y crece, en ambiente aparente de sumisión y mansedumbre, bajo la férula del sub-delegado de la Intendencia de Trujillo, amo y señor de sus dominios, y ante el silencio doliente de los infelices mitayos de su pueblo, desilusionados ya, desde la muerte espantosa del gran caudillo de Tungasuca.

Empero, en el fondo, la hora en que Luzuriaga aparece, en la ciudad capitana de Ancash, es de profunda, aunque silente, inquietud renovadora. Inquietud aflorada, en todo el Perú, desde el arribo del terrible visitador Areche, en 1776; de aquel inconsciente sembrador de males, que anonada, primero, y subleva, después, la conciencia inicial peruana.

En los obrajes, en las minas, en las ciudades, villas y pueblos, en los pongajes de Huaraz, Huaylas, Caraz, Aija, Chiquián, Recuay, Huari, Cajatambo, Cajacay, Corongo; en todas las estribaciones del rico Callejón ancashino, las gentes han sentido, como necesidad invencible, el derecho de protesta, contra el refinamiento implacable del absurdo visitador real, que acrece los tributos y redobla, sin misericordia, los servicios personales del indio.

En el ambiente peruano de aquellos días, dos fenómenos trascendentes han puesto alarma en los explotadores absolutista, y despertado una tenue esperanza en los orientadores criollos y mestizos del Perú. En el Norte, los colonos europeos de los Estados Unidos, se enfrentan, por razones económicas, a los amos ingleses, logrando el primer triunfo

emancipador en el continente. Y en el sudeste peruano, como medida política de "*dividir para reinar*", se pretende la creación de un nuevo virreinato, el de La Plata, venciendo la protesta uniforme de todos los sectores productivos del Perú.

Después, por el año 1780, nosotros sabemos bien, cómo, el gran precursor sureño, cacique de Pampamarca, Suramama y Tungasuca, levanta su enseña rebelde, contra las autoridades impías, para caer fulminado por la tiranía, en la vieja capital indiana, tras sus padres, su esposa, sus hijos y sesenta mil de sus resueltos compañeros.

Y sabemos, también, que, en 1781, el Conde de Vista Florida, como intelectual avanzado, recoge la protesta indignada del país, por la crueldad espantosa de Areche, y advierte, al virrey, en actuación académica, en San Marcos, la infecundidad del crimen político, para sancionar la rebeldía de Condorcanqui.

Recordaremos, sin duda, que, por aquellos tiempos, el precursor chachapoyano, Toribio Rodríguez de Mendoza, rompía los moldes escolásticos, en el Instituto Carolino, iniciando la sublevación cultural del país, en el foco único de la adecuación y la eficacia: en la mente de la juventud.

Los peninsulares, comprensivos, de la época, muy pocos por cierto, descubren que los martillos, que derrumbarían la monarquía en América, se estaban forjando ya, en la conciencia de los orientadores de la cultura superior del continente. Pero, los políticos, que no saben de la potencialidad energética del pensamiento, creyeron ahogar los estímulos espirituales, por acción del terror. Sin sospechar que el sabio, el filósofo, el pensador, o el maestro, que descubre una forma renovadora de cultura, es una poderosa antena recojadora de la vibración inteligente universal; y que la onda

vibrátil sigue su curso, hacia la eternidad, incidiendo sobre todas las conciencias, hasta penetrar y adueñarse de la mente particular del hombre. Porque, la vibración de la cultura, que es impulso de evolución y de continuidad, es irresistible e indesplazable. Su potencia vibratoria es tan formidable que transforma todo lo que atraviesa, y encuentra, en la misma transformación que produce, la fuente de su propia renovación.

Luzuriaga, percibe, con verdadera intuición genial, en este ambiente de silencio social, preñado de tempestades interiores, el mismo problema biológico que siente planteado en su organismo. Por el padre, que le brinda la mejor instrucción religiosa de Huaraz, se sabe sujeto de derechos limitados; comprende que es una persona incorporada al acervo universal, por la ley, la moral y la cultura de sus días. Pero, al mismo tiempo, por su ascendencia materna, se descubre un tipo inferior, un mestizo, descalificado por la sociedad, desamparado y sin oriente. Y Luzuriaga debió someter, al laboratorio de su conciencia, el análisis prolijo de su realidad vital, para destacar el elemento predominante. Y, seguramente, encontró que el índice valorativo de su personalidad futura, debía buscarlo en su peruanidad. En aquella peruanidad, que siembran los *Amantes del País*, bajo el gobierno del Virrey Taboada, desde las columnas del Mercurio Peruano, a partir de 1791.

Luzuriaga debía saber que, si el vientre era decisivo en la calificación de la esclavitud, él era, por esencia peruano, ya que, el claustro ventral, que le nutriera, era simple prolongación de la tierra fecunda de su madre, sometida y es-

clavizada. Tierra generosa, cuyo amor proclamaron los maestros sanmarquinos, destacando sus valores superlativos, geográficos, mineralógicos y botánicos, al lado de dios y del rey.

La riqueza inmarcesible de Ancash y el panorama bellísimo del gran Callejón, que recorriera Luzuriaga, en su primera juventud, plantearon, a su mente inquieta, estímulos infinitos de superación. Las palabras exultantes del Mercurio Peruano, que él recogía con verdadera devoción al terruño, debieron hablarle el idioma fecundo de la liberación, y señalarle el amor a la patria, como un deber fundamental, derivado, biológicamente, de su efecto filial a la madre.

Y la conciencia del deber, en Luzuriaga, determinó su noble función patriótica en el continente. A los 15 años, presintiendo que su única protesta posible, debe traducirse en el abandono del hogar y del terruño, para servirlos desde lejos, cuando se arme caballero de la libertad, se viene al Callao, protegido por el Marqués de Avilés. Allí espera alistar sus alas de prócer, ampliando sus conocimientos y reforzando su modesta cultura.

El cargo de amanuense, que desempeña en el puerto chalaco, en 1797, sirve al joven huaracino para acercarse a los tipos avanzados que propugnan, en secreto, las tesis humanas, afloradas en tierras de los galos. Y, comprendiendo que el control autoritario, en el Perú, en defensa de la mejor colonia española, dificulta la saturación del nuevo ideal, que ya le arrebató y subyuga a él, acepta complacido, en 1799, su traslado a la Capitanía chilena, como Secretario particular de su noble protector.

En plena juventud, Toribio de Luzuriaga es, ahora, un tipo extraordinario, que atrae y predispone a su favor. Es un mozo de belleza adónica, que halaga con la suavidad de

su voz, y sugestionada con la espontaneidad y dulzura de sus afectos. La simpatía, que irradia; su inteligencia despierta y acuciosa; su respetuosidad característica, y su belleza singular, imponen la admiración de sus compañeros y auspician el apoyo cariñoso de sus jefes. Es un predestinado del triunfo, a quien la vida dió su mejores dones, para hacerlo digno de poseer, como base del monumento que le levante la Historia de Huaraz, el coloso Huascarán.

El gran mestizo ancashino nació para la realización de grandes y nobles empresas. Estéticamente, apolíneo, como para que nada desafine en él; sus tonalidades mentales sintonizan con el bien, con la libertad y con la justicia. Luzuriaga, olímpicamente bello, tiene, como norma definitiva, el bien; como meta suprema, la libertad americana; y, como ideal inasible, la justicia.

A partir de los 19 años, su vida y su obra trasuntarán su rica personalidad.

Hasta Buenos Aires, modesta aldea capitana del tercer virreynato sudamericano, le alcanza, a Luzuriaga, en 1801, el efecto protector de Avilés, ya Virrey del Perú, hasta 1806. Allí se incorpora al Ejército Real, el 17 de junio, como Alférez de Caballería, y hace su brillante carrera de armas, sin olvidar nunca su amor de mestizo chiquiano o huaracino, al terruño pródigo, que le infundiera la noble ambición de ser el primero y el más grande de sus grandes hijos.

Luzuriaga, miliciano, se dirá por algún incomprensivo, se incorpora a los ejércitos reales y sirve al absolutismo, porque ha seguido carrera lucrativa, que goza de privilegios legales; y se ha sumado a los explotadores de su tierra, dando

prevalencia al complejo vizcaíno paterno, sobre el imperativo reivindicador de la madre. Por ello, tal vez, hasta hoy, ha permanecido incomprendido y olvidado el prócer ancashino, a despecho de su acción laboriosa y fecunda. Y, por ello, también, acrece sincero aplauso toda labor feliz del investigador, que brega por la exaltación justa del prócer.

Pero, no, Luzuriaga se ha hecho militar, porque tiene un propósito fundamental que cumplir. El espíritu resignado y paciente de la raza matriz, que él compulsara en su juventud de vertentista ancashino, está controlado, en su yó, por un conocimiento pleno de la realidad: la fuerza vigorosa, que impone el absolutismo en el continente americano, sólo puede ser supeditada por otra energía semejante, que debe adicionarse a la primera, mientras esté cerrado el camino para organizar la segunda. Cuando la hora llegue, los sumandos se tornarán sustraendos, y el resultado, no será ya un guarismo positivo, sino negativo.

¿Responde, entonces, el joven Luzuriaga, al tipo volitivo? ¿Cómo entender que un mestizo, conjunción de explotador y de vencido, sepa de la gran energía que es preciso crear, para obtener la culminación del ideal? No cabe sino una hipótesis para afirmar la voluntad evidente del prócer ancashino. Hipótesis que la historia debe aceptar, ya que sus términos enraizan, nítidamente, dentro de la realidad política y social de su época.

Luzuriaga debió sentir, en razón directa de su apostura olímpica, todo el peso de la humillación social al mestizo serrano. Debió sufrir la postergación y la afrenta en el Callao, al lado de los peninsulares auténticos, que le cerraban sus hogares. Pero, calificado, vertientista, en vez de resignarse, como sus hermanos de clase, y someterse a la absurda desigualdad de su hora, prefiere alejarse de la tierra hostil. Alejarse, no por la tierra misma, que es la patria esclavi-

zada; sino porque quiere armarse caballero, en regiones remotas, para volver, un día, portando el escudo de regeneración y libertad de su pueblo.

El alejamiento de Luzuriaga, hacia el sur, es una protesta; una forma particular de su gran protesta de mestizo serrano, — característica del tipo de las vertientes ancashinas — que rompe, de momento, con el medio adverso, fingiendo el olvido y la derrota, como el tercer Horacio de la vieja Roma, hasta que pueda tornar vencedor. Se diría que Luzuriaga se ha trazado un plan combativo; plan que no puede desarrollarse en el Perú, por exceso de control monarquista; pero que es preciso desenvolver afuera. Y el foco de su iniciación es la capital platense, donde el mestizo huaracino es un hermano del Perú, que busca, huyendo de sí mismo, la liberación de su patria.

Luzuriaga es, por ello, un hombre de voluntad comprobada. Comprobada en forma paladina, en su lucha contra los ingleses, en Buenos Aires, en 1806 y 1807, que le suministra los galones de Capitán. Acreditada, también, en 1810, participando en la famosa revolución de mayo, como comandante de artillería. Demostrada, plenamente, en 1813, ya como Director de la Academia Militar, ya como Ministro interino de Guerra, con el grado de Coronel.

El joven prócer ancashino es ya, probadamente, un patriota, y un patriota selecto, en las márgenes del Plata. La ciudad bonaerense, que ha sabido honrar a la juventud rebelde, borrando las fronteras sociales de la nobleza hidalga, incorpora a Luzuriaga entre sus mas notables defensores, y los grandes salones de las familias patricias liberales, se le abren con alborozo.

Su sueño imposible de mestizo, está tomando realidad. Su entrega a la santa causa patriota ha realizado el prodigio de elevarlo, en el consenso social, a la dignidad de persona.

Es ya un luchador por el magno ideal del continente, y nadie inquiriere sobre su cuna serrana, para valorizarlo. Y su mente se ilumina con la nueva verdad de su hora; el mérito radica, exclusivamente, en la acción personal. Acción personal, que debe estar sustentada por una conciencia recta, y dirigida hacia finalidad desinteresada y noble.

Luzuriaga no requiere ya mayores estímulos para perseverar en la senda limpia que habrá de traerle a su patria, 20 años después de su partida, con grados militares excelentes. Se incorpora al ejército de Belgrano, de Balcárce y de Castelli, para cerrar el camino del Alto Perú a las huestes virreinales, que parten de Lima, para ahogar la rebeldía del Sur. En la tremenda campaña alcanzará el generalato argentino, salvando la enseña liberal del Plata, frente a Puzuela, en el desastre patriota de Ayouma.

Observad que se le asciende a general, no obstante ser un vencido. Esto indica que no se trata de un premio, fácil de otorgar a los vencedores, por la fruición del triunfo; sino una recompensa justa al esfuerzo y a los desvelos sufridos en la acción.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

No se ha valorizado aún, con la justeza que el acto merital requiere, la enorme responsabilidad de Luzuriaga, en la difícilísima, admirable y decisiva participación en el gobierno de Cuyo, desde 1816. Como se trata del rol más trascendente que cupo desempeñar a un peruano, y de la culminación misma del prócer ancashino, debemos ahondar el análisis de la situación dubitativa de las grandes mentalidades de la época, para destacar la acción inteligente y delicada del mestizo prócer.



Es evidente que, en el cerebro y en el corazón de Luzuriaga, estuvo, durante mucho tiempo, la suerte de la independencia americana. No cabe duda que Luzuriaga fué el arbitro insustituible de la emancipación del Perú. En su persona se concentró, mas de tres años, el gran problema Sanmartiniano de libertar a Chile y acabar con el potente foco de resistencia absolutista del Perú.

Veamos, en forma panorámica, cómo se mueve el prócer huaracino, en la gobernación cuyana, para aquilatar la inmensa deuda que América le tiene impaga todavía.

San Martín necesitaba organizar una fuerza militar adecuada, para enfrentarla a las huestes de la tiranía. Según los otros patriotas, el coraje bastaba para seducir a la victoria. El gobierno argentino, cree innecesario el plan previsor sanmartiniano. Teme, mas bien, que la formación de un ejército fuerte, signifique crear oportunidades a las ambiciones personales desatadas; y desconfía de su genio yapeyano táctico. Le sospecha un espía. Escucha las imputaciones absurdas de asesino y de traidor, y piensa en las consecuencias funestas de sus triunfos, sobre la política bonaerense. Para perderlo y anularlo, le ha entregado antes la jefatura de un ejército improvisado de valientes, que ya estaba vencido. Para desprestigiarlo, le ha dado el mando de tropas indisciplinadas y novicias, perseguidas por el infortunio y la derrota. Se ha buscado su ruina y se ha querido su muerte. . . .

Pero, San Martín, genio auténtico, de enorme clarividencia, ha sabido esquivar el lazo impío, y busca el modesto refugio de Mendoza, que se le concede, con alborozo, para alejarle del foco político ambicioso de la capital, donde su mente y su espada pesan formidablemente. Y, en el retiro, realizando milagros, la obra lenta, dolorosa, paciente del ge-

nio, echa la simiente de la Libertad continental, con un ejército decidido, que sus manos adiestran y su mente modela.

Empero, el gobierno bonaerense, a despecho del patriotismo inimitable de su genio máximo, recela todavía. El temor de que sus tropas juramentadas, cuyos rendimientos se conocen ya, sirvan de apoyo a una ambición del gran hombre, propicia la resistencia pasiva a todo auxilio que pudiera requerir el libertador del Sur. Y al general Luzuriaga toca el rol soberano de hacer viable el plan de San Martín, diluyendo la reacción temerosa del Directorio Argentino.

El General Luzuriaga, en la gobernación de Cuyo, es el hombre de confianza del gobierno bonaerense. Es el fiador rotundo del patriotismo incomprendido del gran Capitán de los Andes. Y es, al mismo tiempo, el auxiliar más poderoso y consciente del genio del Sur. En sus manos laboriosas tiene todos los hilos secretos de los pasos andinos, por donde se volcarán los expedicionarios, hacia *Cancha Rayada* y *Maipú*, primero, y hacia Paracas y Huaura, después.

Está colocado, por sus propios méritos de patriota, entre la autoridad recelosa del Plata, que pretende el oscurecimiento de San Martín, y el gran táctico que se oculta, para crear las huestes de la victoria. Y él sabrá, por convicción indeclinable, conformar a la una y ayudar a la otra, en bien del continente.

Observad, en este instante, la posición cumbre del prócer ancashino. La fé que se tiene, oficialmente, en su lealtad y bonhomía, no sólo garantiza la creación de la fuerza adecuada sanmartiniana, para la libertad del Perú, sino que se le otorga el homenaje máximo de Jefe supremo de aquel ejército, para el caso doloroso de un eclipse inesperado del Libertador.

Ved, ya, al modesto huaracino, usufructuando la confianza de los patriotas del Plata, como general argentino,

dispuesto subsidiariamente, a traer al terruño inolvidable, el estandarte de la liberación.

¿Quién, de los próceres peruanos, antes y después que él, tuvo tan preponderante rol en la historia de la libertad continental? ¿Quién, por un simple error, por una simple vacilación, o por una natural flaqueza, pudo cruzar y desarticular los planes formidables del Gran Genio del Sur?

Por consiguiente, quién supo mantenerse en la línea difícil de equilibrio, quién aplacó a los adversarios de San Martín, escudando, con su probada lealtad, la realización de la obra emancipadora del continente, fué, ostensiblemente, un hombre de voluntad. De extraordinaria voluntad, oblada en aras del supremo ideal de la época.

A los 39 años de edad, en 1821, Luzuriaga, general de la nación argentina, recibe el Mariscalato de campo, en Chile, y la condecoración de la Legión del Mérito. Y, el 22 de setiembre, en Lima, el Protectorado le entrega el primer bastón de Gran Mariscal del Perú, y la codiciada insignia de la Orden del Sol.

Luzuriaga ha retornado a la patria como la máxima figura peruana de sus días. Trae los más altos grados militares de los pueblos hermanos libertados, y la confianza absoluta del Gran Capitán de los Andes. Viene a demostrar que sus propósitos juveniles de mestizo ancashino, han culminado en la cancelación de las fronteras legales y sociales que separaban a los hombres del Perú, y quiere llevar, a su región andina del Norte, como autoridad Prefectural, su voz de aliento, y la prueba objetiva de su patriotismo ejemplar, para promover la fusión total norteña, por la libertad nacional.

Y, por breve tiempo, hasta que sus servicios sean requeridos en más alta función, Huaraz, acoje, alborozada, el hijo predilecto. En torno al Gran Mariscal ancashino se

reunen todos los sectores sociales del vasto y rico departamento, para jurar la incorporación del Perú al complejo de la cultura latina triunfadora.

Después, Luzuriaga, tendrá dos grandes misiones que cumplir, emanadas de la mente genial de San Martín: pulsar el ambiente, en Guayaquil, y abogar, en Buenos Aires, por la elección de la forma política adecuada a los nuevos estados sudamericanos.

En el Guayas, Luzuriaga comprueba los esfuerzos norteños por suplantarse la opinión de la mayoría ciudadana en favor del Perú. Descubre los planes sucritos para neutralizar a la Junta de Guayaquil; y, posiblemente, sus informes secretos — ignorados todavía — contribuyen a preparar, por parte de San Martín, la célebre entrevista de 1822, con el Libertador del Norte.

En Buenos Aires el problema es más trascendente. Se trata de destacar la mejor forma de gobierno en América, pese a la impreparación democrática general, con el mínimo de consumo energético y el máximo de rendimiento social.

Pero, la repulsión de las masas al sistema monárquico, hábilmente explotada por los democráticos, decidió la lucha ideológica por la forma nueva, atractiva y sugerente. Luzuriaga, que ha sabido luchar contra enemigos descubiertos, siente la repulsa Sanmartiniana por las intrigas políticas, donde se olvida, hasta la dignidad, para comprar el éxito. Y Luzuriaga, viendo declinar la estrella del genio liberal, comprende que el cenit del Santo de la Espada se ha estabilizado ya, en los fastos de la historia, y se retira a la vida mo-

desta y obscura del sembrador, en su estancia de Tontezuelas.

Pero, antes de darse a la tierra, Luzuriaga ha querido sondear el afecto y la gratitud de su patria lejana; de sus hermanos del Perú, quienes necesitan librar la batalla decisiva, para cerrar el ciclo monárquico en el curso de su evolución histórica. Y ofrece su espada, en carta del 3 de noviembre de 1823, desde Buenos Aires, al Generalísimo de las tropas libertadoras.

Desventuradamente, cuando la carta del prócer llega al Perú, en los días turbulentos de 1824, el ánimo del César norteño está predispuesto contra el compañero, en la gobernación de Cuyo, del genio del Sur; y la oferta patriótica de Luzuriaga se pierde en el silencio oficinesco del palacio abascalino.

Después, el primero de julio de 1825, mientras Rodil se resiste, obstinadamente, en el Callao, y los iquichanos mantienen los pendones de Castilla en los riscos de la serraña, Luzuriaga reclama, del Dictador del Perú, sus derechos a los goces que las leyes le acordaban. Pero, Bolívar, que discutía con embajadores argentinos, en Potosí, sobre los propósitos brasileros respecto a la Banda Oriental, responde, al pedido de Luzuriaga, con la nota de 12 de noviembre de 1825, suscrita por Felipe Santiago Estenós, al Ministro de Guerra del Perú, en que le dice:

“S. E. el Libertador me manda decir al Consejo de Gobierno, que se sirva ordenar se examine la conducta política observada, en el departamento de Huaylas, por el Gran Mariscal don Toribio de Luzuriaga, para que, si resulta indigna de un honrado funcionario, su nombre sea borrado de la lista militar.”

¿Qué comentario podría merecer la orden del gran Cé-

sar del Perú? ¿Cabe, lógicamente, como proveído administrativo, un decreto negativo, en que se manda estar a lo malo, sin considerar lo bueno?

Allí, en Tontezuelas, su brega con el arado, se torna infructuosa, por la terrorífica lucha entre federales y unitarios, en 1829 y 1830. La paralización de brazos, en el campo, la inseguridad en el trabajo y la miseria que ronda en torno al abismo pasional, en que se debate la nación hermana, encierran al prócer ancashino, en la orfandad y el olvido.

Empero, el hombre de voluntad, que juzga transitorio el mal, resiste heroicamente. Ensaya multitud de actividades, pobremente remuneradas, confiando en la obra del buen sentido, que habrá de abrirse paso, alguna vez, en la conciencia de los políticos platenses. Y, sólo cuando la debilidad orgánica le apremia, advirtiéndole una consunción mortal, el héroe se deshace de sus medallas y condecoraciones, abrevando la hiel infinita de su aislamiento injusto, al cambiar por un pan amargo, los invalorables premios a su procerismo de ayer.

Catorce años la esperanza se prende en el alma noble y valiente del gran Mariscal huaracino. Moviéndose, infatigablemente, cualquiera que sea la remuneración que se le otorgue por su actividad, el prócer se defiende de la desilusión y la desesperanza, engañando su nutrición con un men-
drugo. . . .

Cuando añora la patria lejana y piensa en la justicia retributiva, que ha debido alcanzarlo por su acendrado patriotismo, y sabe del espectáculo horrendo de las luchas fratricidas entre Gamarra y Obergoso, Bermúdez, Salaverry, La Fuente y Santa Cruz, prenden, en su alma, el horror y el

espanto; ese mismo horror y ese mismo espanto que San Martín devora en el exilio, que Bolívar confesara en Santa Marta; Sánchez Carrión, en Lurín; Berindoaga, en el patíbulo; La Mar, en Centro América; Sucre, en Berruecos; Riva Agüero, en Trujillo.

Y, cuando aprecia de cerca, en Buenos Aires, el endiosamiento del crimen en torno al gaucho cuaternario, cuya imagen política monstruosa se venera en los altares y recorre las calles, en procesiones, delante del símbolo del Verbo, que el sacerdote porta bajo palio, el héroe siente ya infecundo su afán de vivir. Comprende la náusea de ser; percibe la ignominia de existir, ante la incapacidad de aniquilar el mal. . . .

Si se hubiera concretado la brega, en el campo abierto de una guerra entre enemigos irreconciliables, pero francos y gallardos, Luzuriaga habría retomado la espada, en las filas de la causa buena, para rescatar su sueño, o morir en la demanda. Pero, como se debatían problemas de estercolero, los hombres eran fieras, apostadas en la sombra, con el privilegio de la impunidad y el agravante de la nocturnidad. . . .

El prócer huacashino descubre así, en su interior, la inutilidad de vivir. Y su afán de acabar, ante tanta vergüenza y ante tanta ignominia, se torna obsesión imponderable. Y un día de mayo de 1842, a los 60 años, el primer Gran Mariscal del Perú, apaga violentamente su existencia, con su último y supremo heroísmo.

No tenemos el derecho de lamentar, como acto sensible de demencia, el suicidio glorioso de Luzuriaga. El prócer ancashino necesitaba agregar, a su inmenso valor como patriota, el nimbo sublime de la muerte voluntaria. Por algo,

la vida quiso que la pureza sólo fulgurase en las altas cumbres, como las nieves perpétuas del Huascarán, donde las furiosas tempestades y “el trueno horrendo, que en fragor revienta”, son simples caricias de hermanos gigantes en la altura....

Luzuriaga, penetrando, con la espontaneidad de los dioses, en las regiones misteriosas del no ser, consigue la vuelta instantánea, a la tierra nativa, que le infundiera la voluntad de libertarla. Su vibración mental, apagado el foco emisor, debió llegar, al hogar modesto de Huaraz o de Chiquián, para reincorporarse, desde las cumbres andinas, como energía renovada de bien, a la mente infinita universal....



J. M. VALEGA.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

La noble figura lírica de Gabriela Mistral.

Hay una nota de gravedad profunda que fija la posición de Gabriela Mistral frente a las otras grandes figuras femeninas de la poesía americana contemporánea. Una actitud propia un poco singular, de austero aislamiento en su mundo sombrío y desgarrado, que revela cómo la poetisa pertenece a ese especie de almas que el dolor hace retirar a un recinto inexpugnable, que no abandonan nunca. El dolor llega a ella en plena juventud —en la etapa todavía dulce y tremante de la adolescencia— y deja una huella demasiado profunda para que sus relieves pudieran ser igualados por sabe Dios qué vientos de compensación o de alegría. Esta continuidad en una misma y aguda emoción la percibe con clarividencia Enrique Diez Canedo, al referirse a la obra de la poetisa: "...Podrían juntarse los dos libros —Desolación y Tala— en uno, sin que aumentara ni decayera esa impresión de hondura y altura que en pocos poetas, de hoy o de ayer, encontramos. Temas esenciales, sustancias, "materias", dan inspiración grande y serena a estos versos, en que no hallamos nada mezquino, o falto de elevación y solidez; y en cuyas formas rudas venimos en ocasiones a iden-

tificarnos, arrebatados por las otras cualidades más fundamentales que nos hablan al corazón y a la mente....” (1)

Así destaca el crítico español la condición que preside el desenvolvimiento de esta obra trazada a golpe de buril, con la grave serenidad de los modelados clásicos. Desde las páginas de “Desolación” libro carente de una verdadera unidad temática, hasta estos *recados* que con sus voces estructurarán reciamente “Tala”, la fisonomía es la misma, pero cada día con mayor nitidez y seguridad en los perfiles ya apuntados en su juventud.

También, su glosador, el crítico chileno Raúl Silva Castro (2) define su personalidad tan distinta de aquellas poetas americanas, inclinadas a reflejar en sus versos delirios amorosos de un legítimo o —muchas veces— simulado erotismo. El sentido de la mujer es en Gabriela Mistral, no el de la enamorada, sino el de la madre. Por eso obedeciendo a una poderosa fuerza interior, su segundo libro se denomina “Ternura”. Con la emoción de sus versos compensa la maternidad frustrada paradójicamente, en ella que tanto aspiró al hijo que le permitiera completar su designio sobre la tierra. Canta en todos los tonos a esta carne bendecida en la que debió perennizarse y cuya hora el destino detuvo. Y en este profundo desgarramiento interior es donde hay que buscar el germen de su arte y la razón absoluta de su poesía.

No es indispensable hablar de escuelas o de estilos literarios al tratar de Gabriela Mistral, ni ella ha demostrado predilección por una forma determinada. En las páginas de “Desolación” observamos su disposición para cultivar un soneto que maneja con absoluta despreocupación métrica; en

(1).—Enrique Díez Canedo.—“Letras de América”.—México, 1944.

(2).—Raúl Silva Castro.—“Estudios sobre Gabriela Mistral”. Santiago, 1935.

las páginas de "Ternura", los versos breves, facilitan con la levedad de su línea poética, el ritmo cantable de las rondas infantiles; por último en "Tala" demuestra poseer —entre otras cualidades— una rara aptitud para la moderna imagen que surge con frecuencia entre los octosílabos de un romance nervioso o en los diálogos de sabor cósmico de —por ejemplo— su poema "Cuenta - Mundo".

La crítica se ha inclinado con frecuencia a ubicar a la poetisa dentro del movimiento modernista. Razones cronológicas de su aparición en el ambiente americano y posiblemente apreciaciones de forma o contenido de alguno de sus versos pueden explicar esta opinión. Sin embargo el instinto agonista que predomina en sus poemas la vincula, más bien, a las nuevas expresiones de la lírica contemporánea y la lectura del último de sus libros nos trae la honda convicción, de que nos encontramos frente a una de las más grandes figuras de la poesía de hoy, plena de sentido humano y rotunda en su emoción social.

EL SENTIDO DE LA VIDA.

Decir la palabra vida tiene una elocuencia insospechable para explicar la razón de la obra de muchos escritores. En Gabriela Mistral existe, una estrecha interdependencia entre la primera etapa de su vida, y la obra de toda ella. Quien no recuerde, aunque sea en forma rápida, la anécdota de su adolescencia y su primera juventud, difícilmente podría dar en la clave de muchos aspectos de su obra poética, precisamente de aquellos que le han dado este tono universal de dolor, que surge de la entraña misma de su inspiración.

Lucila Godoy Alcayaga —tal el nombre auténtico de la poetisa— nació en la ciudad de Vicuña, en Chile, el 6 de

Abril de 1889. Es una tierra templada con valles apacibles y floridos y "sus moradores no conocen las privaciones, aunque muchos viven en la pobreza y no pocos soñando en el resurgimiento de la edad de oro o de plata o de algún tónico que venga a concentrar el vigor de los minerales de cobre, tan abundante como anémicos", al decir de Agustín Edwards. (3) Era su padre don Jerónimo Godoy, profesor de escuela que abandonó el hogar poco tiempo después de nacida su hija, y su madre doña Petronila Alcayaga en cuya familia existía también la vocación por la enseñanza que por tantas razones habría de despertar en la futura poetisa. Sus primeros años transcurrieron en la campiña, con la única variante de pasar de Vicuña a Monte Grande, donde vivió lo mejor de su niñez, desde los tres hasta los nueve años. El ambiente familiar era un clima propicio para determinar su destino y, siendo todavía muy joven, a los quince años, podemos observarla desempeñando el puesto de ayudante en una escuela rural de Coquimbo. Al mismo tiempo nace en su alma la imperativa necesidad de escribir, y en esta remota fecha de 1904, encontramos las primeras manifestaciones de su pluma, teñidas de la agitada influencia romántica.

Pero cinco años después, ocurre dentro de su existencia, el hecho que ha de trazar la dirección definitiva en su inspiración. Los veinte años de la poetisa responden al eterno llamado del corazón. Su soledad de maestra campesina, se llena de luz con la presencia del que ha de ser su compañero y hay una melodía de esperanza que se extiende sobre el porvenir. Cuando parecía que nada podría interrumpir el curso de sus amores, un desgraciado acontecimiento hace que, Romelio Ureta, su prometido, ponga fin a su vi-

(3).—Agustín Edwards.—"Mi tierra".

da en forma inesperada y dramática. El dolor llega así para Gabriela, que en su seudónimo quiere tributar un homenaje de admiración al gran Mistral, y sólo acierta a componer versos tremantes, en los que descubrimos la decisión de toda su vida:

“Mi madre ya tendrá diez palmos
de ceniza sobre la sien.
No espigará entre mis rodillas
un niño rubio como mies.

Por hurgar en las sepulturas,
no veré el cielo ni el trigal.
De removerlas la locura
en mi pecho se ha de acostar.

Y como se van confundiendo
los rasgos del que he de buscar
cuando penetre en la Luz Ancha,
no lo podré encontrar jamás.....”

Biblioteca de Letras
“Jorge Puccinelli Converso”

Todavía por esta época no tiene una verdadera formación literaria. En una antología compilada por Luis Carlos Soto en 1908, confiesa ingenuamente que su autor predilecto es Vargas Vila. Sin embargo el golpe decisivo de la muerte del ser amado, estimula su deseo de superarse, para cultivar más dignamente su memoria. Viaja a Santiago en 1910 y rinde exámenes en la Escuela Normal, abriendo así un campo más amplio a sus actividades. Se inicia para ella una nueva existencia. Reside en Antofagasta entre 1911 y 1912 y luego es trasladada a Los Andes.

El año de 1914, en Santiago, se realizan los Juegos Florales. Ella maestra desconocida y abnegada, concurre con

sus "Sonetos de la Muerte". La revelación es definitiva, y su nombre se convierte en nacional. No obstante, la carrera del profesorado está tan profundamente enraizada en su alma, que continúa trabajando en distintas regiones de su patria: Punta Arenas, Temuco y luego Santiago. En esta labores transcurre ocho años, hasta que en 1922 recibe la invitación que podría serle más grata entre todas. El Gobierno Mexicano, rindiendo tributo a su dedicación como maestra y a su alta inspiración de artista, le pide que colabore en los planes de organización educacional. La noble figura de Vasconcelos le da la bienvenida y en el gran país de los aztecas, trabaja infatigablemente y confronta nuevos paisajes y distintas bellezas. Allí compone sus "Lecturas de Mujeres" (1924), mientras que pocos meses antes había visto la luz, gracias al diligente interés del "Instituto de las Españas" de New York, la primera edición de su libro "Desolación".

Europa abre las maravillas de su cultura ante los ojos de la poetisa, el año de 1924. Hay un paréntesis por su retorno a Chile (1925), pero muy pronto regresa al viejo Continente con la representación de su Gobierno ante el Instituto de Cooperación Intelectual de la Liga de las Naciones. Reside una larga temporada en Francia e Italia y en 1930 visita los Estados Unidos. Viajera impenitente llega a Cuba, Puerto Rico, Panamá, El Salvador y Guatemala, reintegrándose a Europa en 1932, dentro de la carrera consular, primero en Génova y luego en Madrid y Río de Janeiro, en cuyas tibias playas una de estas tardes ha recibido la maravillosa noticia de haber sido agraciada con el premio Nobel, distinción que muy contadas mujeres en el mundo han alcanzado a obtener.

LAS RAICES DE SU INSPIRACION.

Mucho se ha escrito ya sobre Gabriela Mistral. Desde la loa encendida y adicta, hasta el juicio analítico y un poco implacable de quienes se han complacido en destacar defectos de versificación como grandes hallazgos de sus flaquezas humanas. También se ha recordado con insistencia su orgullosa posición en el dolor, que Domingo Amunátegui del Solar destaca: "Gabriela Mistral —dice— se distingue por su espíritu rebelde. Lloro a gritos sus desgracias, y se atreve a reclamar justicia ante el tribunal de Dios". Y añade "como el poeta Zorrilla, nació a la vida literaria al borde de la tumba de un suicida. . . ." (4) Efectivamente el dolor es el eje de su creación poética, pero lejos de prorrumper en voces destempladas, su angustia es un movimiento hacia adentro que desgarrar sus entrañas en silencio. Indudablemente que su tragedia la obliga a buscar un refugio, y este es la religión. De aquí nace el apresurado juicio de considerar que la poesía de Gabriela Mistral tiene una atmósfera mística. Exhibe en verdad, simplemente, el acento de una persona que sufre y que sufre intensamente. Vio, allá en los años de su juventud, en el amor la figura del hijo, y esta maternidad frustrada se manifiesta desde sus versos primigenios hasta culminar en las variadas formas de "Ternura" y reaparecer muchos años después, en las páginas de "Tala".

El hijo es para Gabriela Mistral una forma cósmica que emerge de su palabra para identificarse con un hálito universal que se confunde con la especie. Hasta cuando su voz se adelgaza para intentar un suave canto infantil, surge de pronto, entre la frágil melodía, un acento más hondo, más denso, más atormentado, que revela el trasfondo de su

(4).—Domingo Amunátegui del Solar.—"Letras Chilenas".—Santiago, 1934.

alma de mujer levantándose contra el destino como en una protesta desgarrada. Hay algo de esa tremenda *catarsis* que nutría el argumento mismo de las tragedias clásicas y que ayudaba al pueblo a una depuración espiritual. La sonrisa se cierra siempre que leemos a Gabriela Mistral en el rictus doloroso o melancólico de algún suceso inexplicable que puede sobrevenir. Es como si la poetisa defendiera de los males del mundo, el niño que no pudo venir.

La serena fortaleza de un cristianismo profundo pone, sin embargo, una nota de placidez en su discurso. Después de las voces atormentadas de los sonetos “Al oído de Cristo”, viene la dulce y soleada visión de “Ruth” o una de esas estampas del ingenuo primitivismo de las pinturas medievales, cuando describe desvaidamente “El Angel Guardián”.

Pero el *leit-motiv* de esta su poesía es la ecuación *madre-hijo*. En el poema dedicado a Alfonsina Storni, reclama la carne de sus entrañas, con una pasión que vence todas las censuras:

Biblioteca de Letras
Jorge Puccinelli Converso

¡Un hijo, un hijo, un hijo. Yo quise un hijo tuyo
y mío, allá en los días del éxtasis ardiente
en los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo
y un ancho resplandor creció sobre mi frente...”

No obstante el destino le responde con aspereza, y lo que pudo ser un jardín, es gris desierto; y de donde debió haber sonrisas, solo hay amargura y silencio. Únicamente le queda el derecho a quejarse, y prorrumpe.

“No sembré por mi troje, no enseñé para hacerme
un brazo con amor para la hora postrera,



cuando mi cuello roto no pueda sostenerme
y mi mano tantee la sábana ligera.

“Apacenté los hijos ajenos, colmé el troje
con los trigos divinos, y solo de ti espero
¡Padre nuestro que estás en los cielos! Recoge
mi cabeza mendiga, si en esta noche muero!...”

La figura de Cristo se destaca en su libro en un claro-oscuro que acentúa vigorosamente sus rasgos, y baña el alma de la poetisa en una reconfortante salud espiritual. Así es como puede elevarse sobre su dolor, para entregarse a la suprema tarea de educar a los niños derramando sobre ellos esa luz, que para ella se cortó brusca y definitivamente. En “Ternura” descubrimos una *Suite* agradable y dulce, que con pequeños descansos nos muestra la variedad de sus melodías que parten del centro de gravedad tonal enunciado en su propio título. Es “Ternura” un breviario para las madres del mundo, que abre el encanto de sus páginas con una clara nota de cariño, que no se olvida más:

“Duerme hijito, como semilla
en el momento de sembrar,
en los días de encañadura
o en los meses de ceguedad...”

El sacrificio absoluto, la generosidad triunfante de la madre, aparece en otras estrofas como en las de aquel poema titulado “La madre triste” en que dice:

“Duerme, duerme, niño mío,
sin zozobra, sin temor,
aunque no se duerma mi alma,
aunque no descanse yo.....”

O cuando enuncia como un credo o un desafío el antiquísimo grito de la especie, que ve en el hijo la continuidad de la raza, frente a todo y a todos:

“Meciendo mi carne
meciendo a mi hijo,
voy moliendo el mundo
con mis pulsos vivos....”

Y la forma del niño pone el don de su bullicio aún en las más ásperas breñas, y en las soledades sin eco. Lo enuncia con sobria elocuencia, en las tres breves estrofas de su poema “Yo no tengo soledad”:

“Es la noche desamparo
de las sierras hasta el mar.
Pero yo la que te mece,
¡yo no tengo soledad!

Es el cielo desamparo
si la luna cae al mar.
Pero yo la que te estrecha
¡yo no tengo soledad!

Es el mundo desamparo
y la carne triste va.
Pero yo, la que te oprime,
¡yo no tengo soledad!.....”

Entre la edición hecha por el Instituto de las Españas de la obra “Desolación” (1922) y “Ternura”, aparecida en Madrid (1924), solo median dos años. En cambio qué larga distancia existe entre esta primera parte de su lírica y la impresión de “Tala” en las prensas de la revista “Sur” de

Buenos Aires, el año de 1938. Son quince años de meditación y de estudiar paso a paso su propio dolor y el dolor del mundo. En ese período la poetisa ha viajado mucho y ha purificado su sensibilidad con tantas experiencias. Igual en su recogimiento y clausura, sale únicamente de ella, ante el cordial llamado de Victoria Ocampo que le pide la publicación de un libro, cuyo producto se dedique a los niños españoles dispersos por el mundo por causa de una guerra en la que no tuvieron culpa: "Tomen ellos el pobre libro —dice— de mano de su Gabriela, que es una mestiza de vasco y se lave "Tala" de su miseria esencial por este ademán de servir, de ser únicamente el criado de mi amor hacia la sangre inocente de España, que va y viene por la Península y por Europa entera". Igual que Vallejo o Neruda, siente en la almendra de su intimidad la tragedia ibérica y lo expresa sin reticencias: Así es como nace "Tala".

Hay un tema central que abre el nuevo volumen de versos. Este tema es la madre de la poetisa. Su muerte arranca una de las notas más hondas de su lírica. Se figura caminar al lado de ella por caminos impalpables:

"Madre mía, en el sueño
ando por paisajes cardenosos:
un monte negro que se contornea
siempre, para alcanzar el otro monte;
y en el que sigue estás tú vagamente,
pero siempre hay otro monte redondo
que circundar, para pagar el paso
al monte de tu gozo y de mi gozo." (5)

Ante lo definitivo de su desaparición, reconstruye la

(5).—Gabriela Mistral.—"Tala".—Ediciones Sur, Buenos Aires, 1938.

imagen viva de la madre en una dulce anatomía de amor y de sufrimiento:

“Amados pechos que me nutrieron
con una leche más que otra viva;
parados ojos que me miraron
con tal mirada que me ceñía;
regazo ancho que calentó
con una hornada que no se enfriaba;
mano pequeña que me tocaba
con un contacto que me fundía....”

Si avanzamos en estremecido viaje por las páginas de este libro fundamental, apreciaremos el renacer del impulso que le hace buscar refugio, en ambientes sobrenaturales:

“¡Cristo hijo de mujer
carne que aquí amamantaron,
que se acuerda de una noche
y de un vagido, y de un llanto....”

«Jorge Puccinelli Converso»

Su artesanía poética, ya muy enriquecida, demuestra un contorno español —muy Siglo de Oro— en octosílabos, como el que vais a oír, que exhiben sus figuras como imagería barroca:

“¡Jesucristo, carne amante
fuego de ecos, oído alto,
caracol vivo del cielo,
de sus aires torneado:
abájate a ella, siente
otra vez *que te tocaron*;
vuélvete a su voz que sube

por los aires extremados,
y si su voz no la lleva,
toma la niebla de su hálito.”

De esta misma estirpe son composiciones como “La memoria divina”, “Dos Angeles” o el “Nocturno del descendimiento”.

Muy distinta, pero de idéntico interés, es aquella otra zona del libro que la poetisa denomina “América”. El cuerpo del joven continente muestra sus vigorosos relieves a través de estos poemas. Pero —siempre— como si algo de atracción inexorable perviviera en su destino, las imágenes que emplea han de coincidir con el recuerdo de la dual preocupación de la madre y el hijo. En su poema “Cordillera”, nos lo confirma:

“Cordillera de los Andes,
madre yacente y madre que anda,
que de niños nos enloquece
y hace morir cuando nos falta.”

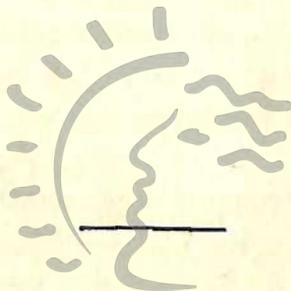
«Jorge Puccinelli Converso»

Como José Santos Chocano en su época, se complace en describir la flora americana y en recoger leyendas o mitos muy antiguos. “El maíz” toma una personalidad desconocida y millonaria en sus versos; el “Mar Caribe” descubre el secreto de su existencia; Panamá y México, dejan una melodía perdurable.

Hoy día en que el mundo americano tributa su homenaje a este gran espíritu, quiere recordar a Gabriela Mistral a su paso por el Perú, identificándose con nuestra tierra, y que nos acompañó en una tarde inolvidable en que nosotros quisimos mostrarle cómo era nuestra música y danza

populares, a plena luz y en medio del campo, tendiendo su amistad ancha y segura como una gran camarada en el arte y en la vida.

LUIS FABIO XAMMAR.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Flora Tristán.

Descubrir a la mujer peruana a través de la literatura es encontrarnos con su perfil en la propia obra que ha ido gestando en el transcurrir de nuestra historia. Es reproducir su ambiente. Porque resistencias, apartes o reacciones contra el medio que se produjeron a veces en ella, no vienen a ser sino expresiones claras de lo mismo que quería destruir. Las que lucharon contra su círculo, las que intentaron desplazarse de él o las que creyeron estar por encima de su misma realidad no hacían otra cosa que presentarla a ésta, intentando, a lo más, adaptarla a sus deseos, pero reflejándola siempre. Con la incisión quedó la imagen reproducida.

«Jorge Puccinelli Converso»

La Colonia ostenta el maravilloso ejemplo de Amarillis —leyendera figura cuyos versos se unen al inmortal nombre de Lope de Vega, en su “Filomena”— que a pesar de la trascendencia latinista y del perfume de góticas capillas, nos dió el paisaje de su tierra en su poema a Belardo.

“En este imperio oculto que el Sur baña,
más de Baco piadoso que de Alcides,
entre un trópico frío y otro ardiente.....”

Y María Carrillo de Andrade, Sor Rosa Corvalán, Sor Juana de Herrera, Sor Violante de Cisneros, ecos del inte-

lectualismo gongoriano dentro de moldes ya académicos —barroquismo en función de escuela— con fría repetición de formas que no responden al parecer a un mundo nuevo— donde todo sentimiento es poco— reflejaron, sin embargo, el alma criolla del siglo XVIII, entre las frutas sabrosas de las huertas de convento y los suspiros virginales.

Pero, por encima de ellas, la personalidad literaria del mundo femenino de la Colonia es la Perricholi. Sin quererlo, ha escrito las páginas más definidas del mundo virreinal de Lima, lleno de frivolidad, con esencia de cuento permanente, que oscila entre la cortesanía y el convento. Mujeres sin contenido moral preciso y con talento innegable que cumplían con hacerse amar y con dejarse regalar. Mujeres de rejas adentro, como la española —centro y solución de todos los problemas del hombre— pero con una rebeldía india para el señor que es “godo” y que guarda linaje. Rebeldía en la intención, en la picardía, en la lisura, en el gesto desenfadado. Todo dentro de una consiguiente superficialidad, como sin sentirlo. Micaela Villegas es esto y así resulta el nombre de más resonancia en nuestro mundo tradicional. Ya lo ha dicho Jorge Basadre en “Perú: Problema y Posibilidad”. Sobre ella escribieron los nuestros y los que se acercaron a nuestra cultura para estudiarla: Radiguet, Hall; más tarde Merimée y Wilder. La Perricholi es la mujer criolla del Perú, en el momento mismo de su conocimiento exacto. Es la misma limeña —limeñísima— que relata Flora Tristán en “Peregrinaciones de una Paria”, con tan minuciosos detalles, con tanta admiración y con tanto sentido crítico, sin embargo. Sensualidad, tropicalismo moderado, ondulante. No reacción intelectual sino sensible. Algo de lascivia gatuna y de encanto ingenuo.

Esta mujer va desdoblándose a través de la República. Y surge del fondo mismo de la serranía doña Pancha Zu-

biaga. Más tarde: las literatas del siglo XIX. Han conservado el encanto, el donaire, el atractivo, pero han pasado de ser contempladas a seres actuantes y su reacción lleva ya clara la rebeldía. Al principio con un esforzado sentimiento femenino de ternura: Carolina Freire, Manuela Villarán. Luego con una desenvuelta afirmación política y social: Mercedes Cabello, Clorinda Matto. María Nieves Bustamante. Superando prejuicios una vez, alimentándolos otras, pero con señera intención. Y buscando un mundo distinto donde ubicarse.

Francisca Zubiaga de Gamarra, "La Mariscala", es la mujer en la política convulsionada y anarquizada de los primeros años de la República, que marca una línea de acción. Época de dictaduras militares, de pronunciamientos, de luchas de generales improvisados y de caudillos ambiciosos. En esos años, ella se constituye en personaje central. Gobierna y preside el círculo militarista de Gamarra. Tiene gran talento y una voluntad férrea. La marea y la tienta el poder. Sobreponiéndose a sus ataques de epilepsia, se le ve aparecer triunfante, abofeteando a los lenguaraces que presumían de ser sus amantes. Muchos han estudiado la personalidad de la Mariscala, desde el pasado siglo hasta Mariátegui, Valdelomar, Lastres, Miró, que han contribuido en éste a descubrir las facetas de Pancha Zubiaga, muerta en el destierro con los ojos puestos desde lejos y acuciosamente en la Presidencia de la República, que ella ejerciera en realidad. Quien primero recogió ese espíritu semiheroico, semi-teatral de "La Mariscala", fué precisamente una mujer: Flora Tristán, con una especie de paladeo sensual, como quien pretende recoger una herencia.

UBICACION DE FLORA TRISTAN.

Ajeno al fenómeno mismo de su nacionalidad, el recuerdo que se haga de Flora Tristán debe presentarnos sus dos aspectos: la escritora y la combatiente. Como escritora, el valor de sus obras se basa en la observación cruda, a veces apasionada de la realidad. Como combatiente, sueña con una liberación económica de las grandes mayorías y se espanta de la miseria, de la infelicidad, que no es producto de un país o de una nación, sino que prende en todos los trópicos, al borde de todas las calles, junto a todos los caminos.

Y observando detalladamente los cuadros y sugestionándose con la idea de que ella podía trabajar por la superación del estado social de su época, Flora Tristán realiza una interesante trayectoria cuya ejecución es preciso rellevar.

Si dentro de cualquiera latitud cabe ese recuerdo de Flora Tristán, dentro de nosotros es imperativo porque su vida y su obra tienen raíces hondas en el Perú.

Flora Tristán —es cierto— no pertenece a nuestra Literatura por el lenguaje de sus escritos, ni por el azar de su nacimiento. Pero debemos sentirla peruana, ya que no por su filiación, por su sensibilidad para percatarse del medio nuestro en el poco tiempo que estuvo en América; peruana en el constante y dormitado deseo de ser una “mariscala”, como aquella doña Francisca Zubiaga que conociera tan en visión de ocaso, a bordo del barco que la llevaba a Chile, desengañada de los hombres, pero no dominados sus impulsos de mando, su carácter de criolla luchadora, indomeñable como las propias cadenas de montañas que se levantaban sobre los horizontes chatos del mar. Peruana porque ella quiso serlo alguna vez, pese a sus reniegos y a su intolerancia para comprender nuestros defectos.

Nació en París el 7 de abril de 1803. Su padre fué don Mariano Tristán, criollo arequipeño, hermano de don Pío, que fuera Virrey transitorio; Jefe de Estado, también provisional, en la República; Prefecto de Arequipa, etc... Su parentesco con los Goyeneche, los Flores, los Althaus, la entroncan definitivamente al Perú. Además desciende, por la rama de los Moscoso, de Francisco de Borja, aquel virrey poeta, de sonetos, epigramas y desengaños en redondillas.

¿Quién os dijo, penas mías,
que estoy triste y descontento?
Que para tan breves días,
ni ya las tristezas siento,
ni busco las alegrías.

Y también de Moctezuma, gloriosa estirpe de raíces hondas en el suelo americano. La tradición y el destino la unían a la historia del Continente, con una entonación de muerte y un resonar de armas en la sangre.

Un sacerdote católico emigrado de Francia a España bendijo el matrimonio de Mariano Tristán y de Teresa Leysne, también escapada del suelo francés y Flora Tristán ha de ser negada como hija legítima —a la hora de su reconocimiento como heredera— por los parientes “peruvianos”, ya que no consta la partida de ese matrimonio. En el propio problema de su nacimiento y de su herencia nace para ella el primer punto en la inquietante defensa de los seres menos favorecidos dentro de la injusticia social.

La fortuna paterna se pierde primero en la confiscación hecha por el Gobierno inglés de los bienes franceses, en las guerras contra Napoleón; y después en el hundimiento del navío Minerva, portador de algunas riquezas suyas. Don Mariano Tristán continúa sin embargo manteniendo una posición espectable gracias a sus antecedentes y a su espíritu

luchador. Liberal, se ve rodeado por los elementos que en Europa vislumbran la emancipación americana; Rodríguez y su discípulo Bolívar acuden a su casa. Flora, muy pequeña, ve de cerca la magra figura del que ha de ser el Libertador, unas veces abatido, otras exaltado, y más tarde converge hacia la palabra libertad con el recuerdo de esos gestos que anunciaban ya rotura de privilegios, abdicación de compromisos de dependencia.

AÑOS DE VER.

Flora se halla aún en la infancia cuando muere el padre y Teresa Laysne, abandonada —mejor dicho: desconocida— por la familia de su esposo, se encuentra en la miseria en un barrio de maleantes y mujeres de mal vivir. Defiende a dentelladas la presa que acecha primero la muerte y más tarde el apesto sensual de los vecinos. Y para librarla de los últimos inclina a casarse a Flora con André Chazal, un grabador, cuyo hermano era Inspector del Jardín Botánico de París. Su matrimonio es un fracaso y una definitiva desilusión sentimental. Sensibilidad refinada y ensueños aristocráticos chocan contra la rudeza de Chazal. Separados, más tarde, se plantea para ella el problema de su estado, de su condición civil. Pasa por viuda, por soltera, necesita independizarse del pacto matrimonial y si ya ha germinado en su conciencia la necesidad de una lucha por la igualdad de los hijos, se plantea ahora la urgencia del divorcio como imprescindible institución legal. En calidad de institutriz viaja a Inglaterra y observa que la miseria y la ruina no son producto exclusivo del barrio sórdido de París sino que es generalidad sin límites ni perfiles costumbristas: realidad de un mundo mal estructurado.

El marido le arrebató el hijo varón y la niña —Alina— es entregada a los cuidados solícitos de una patrona hono-

rable cuando ella parte al Perú, animada por uno de los Goyeneche para que reivindique la parte que le corresponde en la herencia de los Tristán. En "El Mexicano", un barco que hace la travesía a América, transcurre el suceso romántico en la vida de Flora Tristán: el amor del capitán Chabrié, cuyos rasgos delicados resaltan a través de las páginas fuertes de "Peregrinaciones de una Paria". También "El Mexicano" es escenario de conversaciones sobre candentes problemas de América y del mundo. En la travesía, la visión de la esclavitud en Praya abre nuevamente los ojos de la viajera hacia la visión de la injusticia; y un tercer motivo se añade a los anteriores en la cruzada que ella va alimentando: la desaparición de la esclavitud.

En Chile topa, por primera vez, con la realidad política de los pueblos americanos. Conoce las terribles luchas intestinas, la falsedad de una democracia cimentada en bases endebles; la necesidad de caudillos o de dictadores que orienten a masas sin cultura; las insondables separaciones sociales. De cerca aprecia a uno de los tantos hombres "fuertes" de América: Portales. Allá —en Europa— lo sórdido estaba en la miseria, pero aquí se alimentaba en la "casta" impenetrable, inabordable. La ignorancia vivía a lo ancho de las ciudades y de los caminos intransitables. Y prendía en los salones donde resonaban tan sólo las espuelas. El choque de las dos culturas se produce en ella. Europa había llegado a la civilización —con el dolor columpiándose en las puertas sucias— pero América caminaba todavía a gatas y aún no se podía hablar de "esperanzas". Su decantado espíritu crítico no le bastó para comprender la diversidad de estados sociales. En un momento y casi sin saberlo se halló frente a frente a la "barbarie".

En el Perú, más reposadamente, analiza todos estos aspectos. Arequipa se le entrega en una espléndida visión,

donde cada detalle aparece nítido, claro. Ella misma vive las luchas entre “orbegocistas” y “bermudistas” —léase “gamarristas”. Trata a Nieto —de carne y hueso, no fantaseado por la tradición—; al Dean Valdivia; a San Román —arquetipo de soldado liberal y de general en trance de permanente victoria—; a Escudero, el fiel amigo de la Mariscal que despierta dormidos recuerdos de Chabrié y que le hace soñar en ser dueña y señora del Perú; a su tío Pío Tristán, oportunista, avaro; a Althaus, un militar alemán a sueldo del ejército peruano y vinculado definitivamente al Perú. En Lima conversa con Orbegoso, con La Fuente, con Salaverry, con Lavalle y escucha razones mil en defensa de una realidad que no sabe ella misma si la espanta o la mueve a risa. Por último, a bordo de la “Jeune Henriette”, se entrevista largamente con doña Francisca Zubiaga de Gamarra. Percibe, en esta hora de confusión final, la intrepidez, la soberbia, el arrebatado a flor de visión en la Mariscal. Por encima de toda tragedia, de la pérdida definitiva de la posición política y del apego del esposo que la repudia; en ese momento que se inicia el viaje hacia el olvido, se mantiene atormentada y discolorada, en un solo manchón de espuma. Las simpatías de Flora Tristán están por ella. Y allí recoge muda, desolada, el ejemplo lacerante. En ese instante es que le “duele este Perú” como ha dicho Luis Alberto Sánchez. Su sueño peruano se derrumba ahora por completo. Había soñado con ser “directora” del Perú, con poder llevar a la práctica ideales políticos capaces de realizarse en tierra virgen —ideales que más tarde serían base de su prédica social —pero en ese instante le aterró el cuadro. Y se trazó el abandono definitivo del Continente.

CONFESIONES DE LA PARIA.

Volvió a Francia. Sin el amor de Chiabré. Sin la esperanza de la herencia, negada enfáticamente por don Pío, quien solo le asigna una modesta pensión. El cántaro estaba roto. El Perú de su leyenda dorada no existía. Ella sabe que ahora quiere al Perú, se siente peruana, porque ha aprendido a dolerse de él; porque no lo aprecia a través del espejismo de las calesas, de las pelucas empolvadas y de los falseados ríos de oro y plata. El Perú es para ella un país donde el dolor y la angustia están presentes, descarnados; donde se ha ido cimentando un mundo falso fabricado sobre una organización incipiente. Y escribe para los peruanos "Peregrinaciones de una Paria", que edita Arthur Bertrand en 1838, con una dedicatoria de la autora a ellos, firmando "su compatriota". Flora Tristán ha reconocido como era de criolla, de mestiza, de indiana, de intensamente oriunda del Perú.

"Peregrinaciones de una Paria" recoge la biografía de la autora hasta 1834 y responde en particular al viaje de ella a América en 1833-34. El prólogo, que como dijimos está dedicado a los peruanos, manifiesta el por qué de su crudeza al tratar el medio social del Perú con los deseos de una superación inmediata; y por otra parte da una explicación intelectualista de sus ideales bajo la enseñanza directa de Saint Simon. Luego apreciamos en el "Prefacio" las condiciones familiares; los antecedentes ambientales; las relaciones con Chazal; el encuentro con Goyeneche y la decisión de viajar al Perú. La obra misma es el viaje. Una primera parte a bordo de "El Mexicano" con minuciosa presentación de los caracteres del Capitán Chabrié, del Teniente Briet, del oficial David, del peruano Miota; el desagradable encuentro con la esclavitud en Praya; el sugestivo paso por el Estre-

cho de Magallanes; su ingreso a la realidad americana en Chile y su crítica de segunda mano de Diego Portales. Un nuevo momento del relato transcurre en Arequipa. Costumbres de la ciudad; los conventos y los salones. Traspira realidad y sutil y permanente crítica. Resquemor en los labios, profunda pena de que sea todo aquello lo que ella soñó tan diferente. En Lima, luego, su admiración por el tipo de la mujer limeña, que ha recogido Ventura García Calderón en Colección de Cultura Peruana; su redescubrimiento de la lucha sórdida vivida entonces; su angustioso encuentro con la Mariscala, lleno de colorido y naturalidad y luego la partida con aquel final tan hermoso:

“Me quedé sola, completamente sola entre dos inmensidades: el agua y el cielo”.

Basadre ha dicho:

“El lado peor de nuestras grises revoluciones está pintado allí con crudeza no igualada. Allí se muestra el afán incontenible de lucro personal, disfrazado por retóricas declamaciones; la incapacidad para la disciplina previa; la desolada paralización de la vida urbana; la confusión de los combates; el terror del pueblo, mientras se libran y su servilismo cuando se han decidido; las recíprocas sorpresas que se dan los contendores, siempre desprevenidos, en que a veces los de la misma bandería luchan entre sí”.

Este es un cuadro realista y tal vez si desapasionado. Pero, a veces sus ataques contra la sociedad son injustos, adulterados por su fracaso personal, por rencores individuales. Eso lo había señalado ya Carolina Freire en su conferencia del “Club Literario de Lima”, la noche del 14 de julio de 1875. Verdad es que Flora Tristán resultaba demasiado revolucionaria para la sensibilidad de aquella. Basadre ha señalado los notables efectos que el estado de ánimo de Flora Tristán tenía que haber producido sobre sus impresio-

nes de una sociedad que no la trató como ella esperaba. Por otro lado su presunción europea, occidentalista, influyó también en la falsedad de algunas apreciaciones. En particular, al no reconocer que las condiciones injustas de las sociedades americanas eran una herencia de Europa y que en el fondo del caudillaje brillaba algunas veces, también, el noble afán y la intención sincera.

Fuera de ello no puede negarse el valor documental de "Peregrinaciones de una Paria" y el hondo aliento que allí vive. En su mismo artículo publicado en el Volumen I —Números 2 y 3— del Boletín Bibliográfico de Lima y bajo el rubro de "Al Margen de un Libro Olvidado", Jorge Basadre decía en 1923:

"Con la dolorosa gloria del precursor, ella trajo hasta nosotros, por primera vez, esa rebeldía proletaria que hoy inquieta a todos los que quieren llamarse hombres de su época. Han pasado ochenta años —hoy más de cien— y tiene así valor actual aún en el país que escarneció, donde también va aumentando el número de los que convierten en descontento el supremo dolor que hay en ser pobre".

En esta obra de interpretación sociológica e histórica, destaca la sinceridad. Su retrato de Pío Tristán le vale el retiro de la modesta pensión que éste le pasaba. En Arequipa se quema su efigie en una manifestación pública realizada en 1840, que se adelanta a aquella otra llevada a cabo contra Clorinda Matto.

LA ACCION REVOLUCIONARIA.

Sus artículos en defensa de las mujeres le habían dado ya por 1838 fama de libelista y su nombre comenzaba a sonar en los corrillos literarios del entonces presente romanticismo francés. En su vida privada se suceden las escaramuzas con el marido. Este le roba a la hija y ella la recupera.

Se produce un escándalo ante los tribunales. Los jueces acuerdan la separación definitiva de cuerpos. Chazal se quedaría con Ernesto y Flora con Alina.

Relaciones con los intelectuales del socialismo naciente, en especial con Fourier. Conocimiento de las enseñanzas de Owen en Inglaterra. Y comienza a luchar denodadamente. "El Artista" y otras publicaciones reproducen continuamente sus artículos. Un día —10 de setiembre de 1838— se produce la tentativa de asesinato contra ella por su marido Chazal y París la convierte en figura central. Saint Beuve escribe sobre ella. En los círculos literarios se ocupan de la criolla, de "la paria", como se ha dado en llamar a Flora. George Sand la envidia.

Aún convaleciente escribe un artículo sobre el Arte y poco después publica "Mephis", novela de un proletario que recoge, según algunos, la nueva y genial composición de Balzac; el descriptivismo de George Sand, según otros —Carolina Freire de Jaimes lo ha de sostener entre nosotros—; pero para los más, el antecedente directo estaría en Víctor Hugo con "Los Miserables". Es sin embargo diferente el espíritu cristiano que anima a Hugo de las doctrinas sociales que ya predica Flora Tristán en "Mephis".

A través de "Peregrinaciones de una Paria", Flora Tristán descubre la primera de las notas esenciales que Sánchez le ha señalado: su campaña por la emancipación de la mujer, comprendiendo en ella la necesidad del divorcio y el respeto que se le debe siempre en cualesquiera de las condiciones civiles en que se halle. Es verdad que en esa su primera obra anuncia ya —perfila, por decirlo así— las otras notas. Pero estas se aprecian mayormente en "Paseos por Londres" y sobre todo en "Mephis". El mundo no puede salvarse sino mediante una transformación radical —afirma— y dentro de una nueva ordenación política, social y económica,

con el cuarto término de una verdadera ecuación democrática y que Flora misma bautiza con el nombre de *solidaridad*.

"Mephis" resulta ser la novela azarosa de un trabajador del siglo XIX. Predomina la sinceridad y cierto afán de exhibir la realidad, pero existe la intriga romántica y el hilo sentimental que animaba el segundo momento del romanticismo. Jean Labarre es hijo de marinero y salva del trance de ahogarse a otro niño como él, que resulta ser Lord Arthur. La madre de éste último trata de protegerlo, pero es el propio Arthur el que al cobrarle envidia consigue que Jean salga de su casa y sea enviado a Edimburgo. Enamorado de Clotilde, pariente de sus protectores, el enlace no se realiza porque llega el propio Arthur para descubrir su humilde origen y para anunciar que un hermano de Jean está en la cárcel acusado de asesinato. Labarre vuelve a Dieppe, a su medio pobre —como Flora regresa a Francia fracasada se aventura en el Perú— y allí trabaja en el taller de un tal Girodet. Pero la cultura ha dejado un sedimento especial en Jean y abandona el trabajo humilde para ser secretario de un duque. En su nueva vida hay un reencuentro con Clotilde. Jean que oscila entre dos ambientes que chocan dentro de él, decide suicidarse —como la propia Flora ante sus desengaños en Arequipa— pero no logra sus propósitos. La infelicidad lo une a Mariquita Alvarez, burlada por un músico y que resulta ganada a las ideas socialistas por acción de Jean, convertido en líder de los trabajadores. El Marqués de Marrepas, enamorado de Mariquita como Jean, acusa a éste de agitador y la policía lo detiene mientras Mariquita agoniza en Tolón, confiada en los ideales de regeneración de la humanidad que predica Jean Labarre.

Resulta "Mephis" una novela de fé. Folletinesca, como se estilaba entonces, pero mesiánica. De la crítica de la esclavitud económica y social surge la esperanza de un mundo

nuevo. Hay mucho del romanticismo de Hugo, de los caracteres de Fouillet, pero alimentados en la aspiración socialista. A través de la obra aparecen y desaparecen las figuras de la misma Flora, del capitán Chabrié, de su esposo Chazal, de su padre Mariano Tristán y las ciudades abigarradas de Francia, por donde ella pasaría más tarde con el cabello blanco y las entrañas desgarradas, pero siempre con el mismo fuego interior, con idéntica visión de un mundo por levantarse sobre el dolor como una suprema llamarada de vida.

UN PASO MAS: SOLIDARIDAD.

El ruidoso proceso contra Chazal impresiona el ambiente de Francia. Flora Tristán se dirige a las Cámaras para pedir la abolición de la pena de muerte y su gesto, lleno de prestancia romántica pero de afirmación positiva y revolucionaria, conquista la definitiva admiración en torno de su persona. Chazal es condenado a 20 años de prisión y los hijos pasan al poder de Flora, quien consigue, además, autorización para borrar en ella y en sus descendientes el nombre de Chazal. Es la ansiada independencia, junto con la perpetuación del nombre criollo: Alina Tristán, así a secas, será la madre de Paul Gaugin, el inmortal pintor de Tahití.

Es el instante del fervor público. Publica una colección de cartas del "petit" Bolívar a su padre y luego consigue de Lamartine que escriba "La Marsellesa del Obrero". Su casa es cenáculo de literatos, pero más aún de luchadores sociales, de pensadores. En viajes a Londres consigue apreciar en esencia el problema del maquinismo y el hambre de las grandes masas populares, adentrándose —cada vez más— en sus convicciones socialistas, que están siempre impregnadas de calor sentimentalista. Su rebeldía se va purificando en el dolor pero haciéndose más y más viva. "Paseos por



Londres” es el libro que resume las conclusiones del último viaje. Saint Beuve, Víctor Hugo, la rival George Sand, celebran a Flora Tristán; pero ella busca al rebelde Lamemmais, a Blanc, a los líderes del movimiento social, al que ella da un colorido sensible, temperamental, como era su forma de reaccionar ante la realidad. Mantiene íntimo contacto con los hegelianos: Arnold Ruge, Karl Marx; pero ella no sabe de las frías concepciones de la dialéctica materialista, ella representa la acción romántica. Lucha sin apreciar exactamente la trascendencia del pensamiento marxista ajustado a una concepción materialista de la historia. Es así como, oscilando en su campo de lucha, se afilia a un movimiento perfectamente frívolo y de contornos burgueses: el “evadismo”, que mantiene beligerancia en torno del problema de la igualdad de la mujer y el hombre.

En 1840 los intelectuales franceses le rinden especial ofrenda y un lindo rostro ovalado immortalizan los diarios al referirse a ella: es la misma “mujer Mesías” que llaman los obreros; la que publica “La Unión Obrera”, después de vencer mil dificultades y de mendigar dinero de puerta en puerta. Y a renglón seguido, para difundir su obra, que es un programa político-social, Flora comienza su peregrinación por Francia. Está en Burdeos, en Dijon, en Lyon, en Marsella, en Tolosa, llevando a cada círculo su proclama de “La Unión Obrera”. Sinsabores, persecuciones. Los que no creían en ella, se convencen de la sinceridad y de la fuerza de sus convicciones. Está muy enferma y no cuenta sino 40 años. El 26 de septiembre de 1844 sufre un derrame cerebral en Burdeos. Allí donde conociera a Chabrié. Una admiradora: Eleonora Blanc está al pie para cuidarla. Mes y medio de lucha incesante contra la muerte. Después de una crisis violenta, a las ocho y media de la noche del 14 de noviembre de 1844, expira en el mismo Burdeos, a los 41 años.

Murió en oloroso camino de rebeldía. Sobre su tumba se inscribió aquel simbólico epitafio:

“A la memoria de Flora Tristán, autora de la Unión Obrera. Los trabajadores reconocidos. Libertad, Igualdad, Fraternidad y Solidaridad”.

Este último término, que Flora había añadido al viejo lema de la Revolución Francesa antes que ningún otro innovador social, quedó columpeando como anticipo de la necesaria evolución de la democracia.

Lemmonier, el novelista belga, escribió entonces sobre la serenidad de su hermoso rostro muerto. Jules Laure, el pintor, perenniza su efigie, conmovido, como todo buen francés trabajador, ante la muerte de la luchadora. Un siglo después, Jules Peuche ha de dar la visión general de ella en “La Vida y la Obra de Flora Tristán”, editada en 1925. Emilia Romero, Ventura García Calderón y Luis Alberto Sánchez la traen nuevamente a América. Y aún su túmulo espera el epitafio peruano, con el repetirse de sus viejos cuadros llenos de brochelazos de la realidad y con el permanente sentido de su rebeldía que no está en ninguna parte y que por eso fué, precisamente, de “una mujer contra el mundo”.

El Inca Titu Cusi Yupanqui, primer Cronista Peruano.

“es hombre de treynta y tres años
(Titu Cusi) muy bien entendido y
alto”.

Juan de Matienzo
(Gobierno del Perú, 2.^a parte, cap. 18)

En lo que sigue, trátase únicamente de señalar la ubicación temporal, entre el grupo de Cronistas peruanos—sin distinción de razas,—de la persona y obra del inca Titu Cusi Yupanqui (bautizado por el agustino fray Juan de Vivero, con el nombre de Diego de Castro Titu Cusi Yupanqui, el 28 de agosto de 1568), dejando para quien corresponda el estudio biográfico y la valoración específicamente histórica de su obra. Además, simultáneamente, se añade una bibliografía sumaria, que oriente en forma adecuada cualquier interés enrumbado hacia la persona y obra del penúltimo Inca peruano.

Cronológicamente, la “Instrucción del Inga don Diego de Castro Titu Cusi Yupanqui para el Ilustre señor el Licenciado Lope García de Castro, Governador que fué destos rreynos del Piru, tocante a los negocios que con su Magestad

en su nombre por su poder ha de tratar”, es la primera Crónica—entre las conocidas—que haya sido o escrito o dictada por un peruano. Este último viene a ser el caso del cusqueño Titu Cusi. El manuscrito estaba dirigido al monarca don Felipe II, por intermedio del licenciado Lope García de Castro (Gobernador del Perú, allá por los años de 1564 a 1569), relatándose las “cosas convenientes a mí y a mis subcesores” (pp. 109). Según esto, los fragmentos de la “Historia de los Incas” del jesuita chachapoyano Blas Valera están en segundo lugar. El tercero, corresponde a la “Primera parte de los Comentarios Reales que tratan del origen de los Incas, Reyes que fueron del Pirú, de su idolatría, leyes y gobierno en paz y en guerra”, del cusqueño Garcilaso de la Vega Chimpuillo. Se ubica en cuarto lugar la “Relación de Antigüedades deste Reyno del Piru”, por Juan Santa Cruz Pachacuti, oriundo de la provincia de Tinta (Cusco). Por último, viene “El Primer Cronica i Buen Gobierno” de Felipe Huamán Poma de Ayala, nacido en la provincia de Lucanas (Ayauccho). Es curioso anotar cómo dichos Cronistas peruanos no mencionan al Inca Titu Cusi y si los extranjeros; aunque el padre de la Calancha, uno de los que más extensamente han escrito sobre el Inca, nació en la ciudad de Chuquisaca o La Plata, perteneciente por entonces a la jurisdicción del virreynato del Perú. A decir verdad, la omisión tiene diferentes causas.

Los fragmentos del padre Valera carecen de relación con el tema; y tampoco la tiene aquella Relación del Jesuita Anónimo, señalada por algunos autores como escrita por el jesuita chachapoyano. Garcilaso de la Vega omite, deliberadamente, por ser bastardo, la figura del Inca Titu Cusi, aunque Garcilaso era también un bastardo orgulloso de pertenecer a la auténtica nobleza incaica. La obra de Santa Cruz

Pachacuti, llega solamente hasta la ocupación del Cusco por los invasores blancos. Finalmente, Huamán Poma de Ayala parece haber ignorado la existencia de Titu Cusi. Así, en su Crónica, foja 439, afirma que al salir Sayri Túpac de Vilcambamba dejó "en su lugar" a su hijo Túpac Amaru, errando además en la enunciación del parentesco entre Sayri Túpac y Túpac Amaru, hermanos sin lugar a dudas (véase "La descendencia de Huayna Cápac" por Ella Dúnbar Temple, Rev. Histórica, ts. XI-XIII, Lima 1937-1940).

No existe problema acerca de la precedencia cronológica entre Titu Cusi y los tres Cronistas mencionados en último lugar. Por lo tanto, aquí se indicará únicamente lo que corresponda a Blas Valera, con el propósito de eliminar enjuiciamientos inadecuados y ratificar lo enunciado en el título. Y antes de continuar, haciendo un paréntesis, se esboza una referencia acerca de las vicisitudes sufridas por la obra de Titu Cusi Yupanqui hasta el momento de su publicación en el año de 1916.

El historiógrafo don Marcos Jiménez de la Espada conoció el documento original, perteneciente a la Biblioteca del Escorial, dándole como título: "Relación de cómo los españoles entraron en el Perú y el subceso que tuvo Mango Inga en el tiempo que entre ellos vivió". El año de 1877, al publicar en Madrid la "Guerra de Quito", por Cieza de León, Jiménez de la Espada insertó un fragmento de la relación de Titu Cusi, en el Apéndice 18º, pp. 115 a 120, escogiendo lo referente a la muerte del inca Manco II.

El erudito don Manuel González de la Rosa también conoció el documento inédito, sacando una copia y dándole como título: "Instrucción del Inga D. Diego de Castro Titu Cusi Yupanguí para el muy ilustre señor Licenciado Lope García de Castro". Tuvo la intención de publicarla en uno de los tomos de su "Colección de Historiadores del Perú",

como lo manifiesta en la Introducción de la Historia de Lima del padre Cobo, pp. XIV, (Lima, 1882), sin que pudiera lograr su propósito por la caótica situación en que se encontraba el Perú.

Posteriormente, don Carlos A. Romero recibió del señor González de la Rosa una copia, casi completa, del documento mencionado con anterioridad. Por transcripción enviada desde España logró entrar en posesión de las páginas que faltaban, publicando el documento íntegro en el tomo II de la "Colección de Libros y Documentos referentes a la Historia del Perú", precedida de una Biografía del Inca Titu Cusi Yupanqui. (El texto comprende 112 páginas. Los nueve Apéndices abrazan 37 páginas. La impresión fué realizada en la Imp. y Lib. Sanmartí, Lima, MCMXVI). Hasta aquí, la breve referencia sobre las vicisitudes sufridas por la obra del Inca.

La crónica de Titu Cusi, a quien Jiménez de la Espada llama con propiedad "penúltimo de los monarcas naturales del Perú" (Guerra de Quito, pp. 120), fué escrita en el pueblo de San Salvador de Vilcabamba, el 6 de febrero de 1570, dando fe de su autenticidad los sacerdotes agustinos fray Marcos García y fray Diego Ortiz y tres capitanes del Inca: Suya Yupanqui, Rimache Yupanqui y Sullca Várac (Instrucción, pp. 108 a 109). Explícitamente, el escribano y "lengua" Martín de Pando manifiesta haber puesto por escrito el relato de Titu Cusi "a insistion (sic) del dicho" Inca, relato previamente ordenado por fray Marcos García. Hay más. El inca Titu Cusi manifiesta, de manera clara, haber pedido el auxilio de dos personas conocedoras del idioma castellano y capaces de ordenar y escribir en forma correcta lo que declaraba para conocimiento del Monarca. Y así textualmente se lee en la página 109 de su Instrucción: "rogué

al muy Reverendó Padre ffray Marcos García y a Martín de Pando que confforme al usso de su natural, me ordenasen y compusiesen esta rrelación arriba dicha, para la enviar a los Reynos de España al muy Ilustre Señor el Licenciado Lope García de Castro, para que por mi y en mi nombre, llevando mi poder, me haga merced de la enseñar e rrelatar a su Magestad del Rey don Phelipe nuestro señor”. Por otra parte (olvidando la fecha de la Instrucción) se desprende del texto que cuando dicha obra fué terminada el gobernador Lope García de Castro había ya entregado el poder al virrey Toledo, quien entró en Lima a fines de noviembre de 1569, y estaba próximo a partir para España. Así, en la Instrucción citada, pp. 3, refiriéndose al Licenciado dice textualmente: “Gobernador que fué destos rreinos. . . . que pués su Señoría va destos rreinos a los de España”. Más adelante, pp. 4, agrega: “que su Señoría me haga merced, llegado que sea con bien a los rreynos de España, de dar a entender a su Magestad del Rey don Phelipe nuestro señor, debaxo de cuyo amparo yo me he puesto, quien soy y la necesidad que a causa de poseer su Magestad y sus vasallos, la tierra que fué de mis antepasados en estos montes padezco”. En la página 108 de la obra citada se insiste en decir “Gobernador que ffue de estos Reinos”, aludiendo al licenciado Castro. En la página 109 Titu Cusi declara que la Instrucción se compuso para ser llevada y elevada ante el Monarca por el Licenciado. Por último, en el Poder otorgado por Titu Cusi, Ob. cit., pp. 110, se dice de aquél: “que a los rreinos de España agora vá”. En consecuencia, por la fecha en que fué terminado el documento (6 de febrero de 1570) y por las alusiones repetidas en la Crónica claramente aparece el inca Titu Cusi Yupanqui como el primer Cronista peruano, en contradicción con lo hasta aquí sostenido por el señor González de la Rosa, cul-

ya afirmación sobre la prioridad cronológica del padre Valera había obtenido carta de casi indiscutida ciudadanía.

La Historia de los Incas del jesuita Blas Valera, escrita en elegante latín—según el decir de Garcilaso,—fué posterior a la Instrucción del inca Titu Cusi. A continuación van las pruebas de esta afirmación. Blas Valera ingresó en el Colegio de jesuitas de Lima y fué recibido por el padre Jerónimo de Portillo el 20 de noviembre de 1568. Corría el año de 1571 cuando pasó al Cusco con el fin de adoctrinar a los Naturales. El señor González de la Rosa (quien para loar con mayor comodidad a Valera consideró necesario denigrar, con los epítetos más enojosos, la memoria del cronista Garcilaso) va a ratificar, a pesar suyo, la bondad del aserto acerca de la precedencia temporal de Titu Cusi Yupanqui sobre su defendido el padre Valera. En un artículo denominado "El padre Valera primer historiador peruano", publicado en la Revista Histórica, tomo II, 1907, pp. 183, sostiene que es "segurísimo que reunió Valera sus materiales y redactó sus obras" con ocasión de pasar, primero, al Cusco (1571 o comienzos del 72), luego a Juli (1582) y a otras poblaciones de la región del Titicaca.

El señor José Toribio Polo comparte la misma opinión, al considerarlo como el "primero, entre los nuestros, que quiso hacer conocer, con exactitud y verdad, el Perú antiguo, y el Imperio de los Incas, destruído al empuje de las huestes españolas", en su artículo denominado "Blas Valera" (Revista Histórica, tomo II, entrega IV, Lima, 1907, pp. 544).

Como lo que importa en el caso presente es, ante todo, la ubicación cronológica de la obra en su calidad de Crónica escrita por un Cronista peruano, se tratará de reforzar lo referente a la legitimidad de la fecha citada para la Instrucción de Titu Cusi (6 de febrero de 1570), mediante la mención de otros documentos que acrediten la situación y reali-

dad de los personajes que aparecen como testigos oficiales de la autenticidad del documento. Es curioso anotar cómo el señor González de la Rosa es a la vez defensor de la prioridad temporal de Valera y fracasado editor de una obra (la de Titu Cusi) que iba encaminada a desmentir su rotunda afirmación sobre la precedencia cronológica de aquél.

El momento más probable en que acaeció la muerte del Inca Titu Cusi Yupanqui, corrobora la autenticidad del documento. Es casi seguro que el Inca falleció en 1571, es decir, un año después de escrita la Instrucción, pues cuando la gente enviada por el virrey Toledo llegó a Vilcabamba y logró dominar aquella región y capturó al nuevo Inca Túpac Amaru, "hallaron que el ynca Titu Cusi Yupanqui *era muerto ya cerca avia de un año*", según reza un "Inédito sobre el primer Túpac Amaru", publicado por el señor Carlos A. Romero (Revista Histórica, t. II, Lima, 1907, pp. 70). Esto hecha por tierra una tardía afirmación contenida en las "Noticias cronológicas del Cuzco" escritas por don Diego de Esquivel y Navía en 1740, y dada a la imprenta en Lima en 1902, pp. 208, según dicho texto el inca Titu Cusi habría muerto en 1568, es decir, dos años antes del momento en que fué terminada la Instrucción tantas veces mencionada. Y contra tan peregrina afirmación existen otros documentos, publicados por el señor Mackehenie, que más adelante mencionaremos. Por ahora, serán expuestas algunas ratificaciones sobre la existencia y ubicación de los testigos mencionados, para garantizar la veracidad de la obra del penúltimo Inca peruano refugiado en Vilcabamba.

El mismo día en que se terminó la instrucción (6 de febrero de 1570), ante el mismo escribano (Martín de Pando) y teniéndose como testigos a los mismos religiosos (los agustinos fray Marcos García y fray Diego Ortiz), el inca Titu Cusi otorgaba poder suficiente al licenciado Lope Gar-

cía de Castro para que lo representase ante el rey don Felipe II; señalándose además la presencia de los testigos don Pablo Guallpa Yupanqui, don Martín Cosi Guamán y don Gaspar Xulca Yánac.

En la Noticias Cronológica de Esquivel y Navía, pp. 208, el escribano Martín de Pando es calificado despectivamente como "mestizo apóstata, secretario del Inca". La persona de fray Marcos está citada en dos cartas del Inca Titu Cusi, escritas en Pampacona en 6 de febrero y 24 de noviembre de 1568 (insertas por González de Barcia en el prólogo a la Florida del Inca, del cronista Garcilaso), dirigidas a fray Juan de San Pedro, provincial de la orden de San Agustín. La forma como el padre García se retiró de Vilcabamba (por discrepancias con Titu Cusi), está relatada por doña Angelina Llacsá Chugui, quien recogió las noticias de labios de don Diego Ancalli, "un indio capitán y de los más principales, que después quedó en el gobierno de la provincia y embalsamó el cuerpo del inga" (Col. de libros y documentos referentes a la Historia del Perú, serie I, tomo II, Apéndice E, pp. 113 a 117). También doña Angelina cuenta la forma cómo murió en Vilcabamba fray Diego Ortiz. (Esta declaración fué tomada por don Carlos A. Romero del proceso original, encontrado en el Archivo Nacional de Lima, y formaba parte de uno de los tomos de manuscritos de la antigua Biblioteca Nacional).

El señor Carlos A. Mackehenie, en un artículo denominado "Apuntes sobre don Diego de Castro Titu Cusi Yupanqui", escrito en la Rev. Histórica, t. III, trimestre IV, pp. 371 a 390, y sin haber leído todavía la Instrucción de Titu Cusi, publicó los asientos del "Libro del Contador Miguel Sánchez, para el año de 1569", en donde se ordena pagar, el 11 de febrero y el 6 de diciembre de 1569, al procura-

dor del convento de San Agustín, fray Pablo Castro, la suma de 300 pesos de plata ensayada a nombre de fray Marcos García, "a quien se deben de medio año que a doctrinado a Tito Cusi Yupanguí Inga y a los yndios que *con el están* en la provincia de Vilcabamba". A continuación se dice algo parecido sobre fray Diego Ortiz, con fecha 18 de diciembre del mismo año (Art. citado, pp. 383). Y en 5 de agosto de 1569 aparece un pago de 950 pesos de plata, hecho a don Atilano de Anaya, apoderado del inca Titu Cusi Yupanqui, a cuenta de 2,000 pesos que mandó entregarle por una vez el gobernador Lope García de Castro (Art. cit. pp. 385). Más tarde el señor Mackehenie rectificó algunas de sus afirmaciones en un nuevo artículo, bajo el mismo rubro que el anterior, y como consecuencia de haber leído la Instrucción del Inca (Rev. Histórica, tomo V, pp. 5 a 14). Lo anterior es una nueva comprobación de que Titu Cusi vivió un tiempo mayor de lo que manifiestan las Noticias Cronológicas de Esquivel y Navía.

Sobre la persona y tratos de Titu Cusi Yupanqui con los representantes de la Corona española, puede consultarse la siguiente bibliografía sumaria:

- 1) Carta del licenciado Castro a S. M. con noticia de lo capitulado y concertado con el Inga rebelado., en "Gobernantes del Perú. Cartas y papeles del siglo XVI", tomo III, pub. por Roberto Levillier, Madrid 1921, pp. 263 a 269.
- 2) "Gobierno del Perú", del licenciado Juan de Matienzo, escrita antes de 1573 y dada a la imprenta en Buenos Aires el año de 1910, cap. 18°, pp. 193 a 198.
- 3) "Relación del camino e viaje desde la ciudad del Cuzco a la tierra de guerra de Mango Inga. . . .", por Diego Rodríguez de Figueroa, Corregidor que fué de Vilcabamba, publicada en Berlín el año 1910.
- 4) "Descripción y sucesos históricos"

de la provincia de Vilcabamba”, por Baltazar de Ocampo Conejeros, pub. por don Víctor A. Maúrtua, en el tomo VII del Juicio de límites entre el Perú y Bolivia, impreso en Barcelona el año 1906, pp. 308 a 323. 5) “Una antigualla peruana”, pub. en 1892 por don Marcos Jiménez de la Espada, y dado bajo el título de “Discurso sobre la descendencia y gobierno de los Incas”, en la “Colección de libros y documentos referentes a la Historia del Perú”, serie II, tomo III, pp. 3 a 53, conocida también como la Relación de los Quipucamayos a Vaca de Castro. 6) “Virrey D. Francisco de Toledo”, tomo VIII de la Colección Torres de Mendoza, Madrid 1867, capítulos XXVI al XXVII, pp. 263 a 269. 7) “Anales del Perú”, por el clérigo Fernando de Montesinos, pub. por Víctor M. Maúrtua, tomo II, libr. II, pp. 44 a 45, Madrid 1906. Montesinos cita solamente a Titu Cusi y, sin hablar de Túpac Amaru, pasa a referir la captura del Inca por las tropas del virrey Toledo. 8) La Historia de los Incas de Sarmiento de Gamboa, trae en su párrafo 70 una brevísima mención de Titu Cusi. 9) La “Corónica Moralizada” por el agustino fray Antonio de la Calancha, dada en Barcelona en 1639, tomo I, lib. IV, caps. I al V, pp. 783 a 826, es una de las que se ocupa con mayor extensión del penúltimo Inca. Manifiesta el señor Carlos A. Romero que el proceso—roto en parte—sobre el martirio de fray Diego Ortiz, sacrificado a la muerte de Titu Cusi por el furor de los indígenas, pudo haber sido “destrozado, tal vez por la mano del agustino Calancha para escribir en su Crónica Moralizada los capítulos referentes a la muerte del mencionado sacerdote (véase la Biografía del Sr. Romero, Col. cit., serie I, tomo II) 10) “Historia del Nuevo Mundo”, por el p. Bernabé Cobo, pub. por Marcos Jiménez de la Espada. (Imp. E. Rasco. Sevilla 1892), Lib. 12.º cap. XXI, pp. 210 a 218.

11) "Noticias cronológicas del Cusco", por Diego de Esquivel y Navia, Lima, 1902, pp. 206 a 209.

Entre posteriores estudios, aparte del efectuado por el señor Mackehenie, es necesario citar: 12) una breve Nota en "La Historia en el Perú" por el señor José de la Riva Agüero, Lima 1910, pp. 215 a 216. 13) Biografía por el señor Carlos A. Romero, Col. cit., serie I, tomo II, 14) "Historia de las guerras de los últimos Incas peruanos contra el poder español" (1535-1572), por Rómulo Cúneo Vidal, Barcelona s-a, parte V, caps. XXIV a XXX, pp. 221 a 263. 15) "Los Incas del Perú", por Clemente R. Markham (trad. M. Beltroy, Lima, 1920), cap. XVIII, pp. 245 a 251. 16) "La Historia del Perú. Virreinato" (1551-1581), por el p. Rubén Vargas Ugarte, Lima, 1935, Lección VIII, pp. 36 a 41, Lección XIII, pp. 67 a 68 de "Historia del Perú. Virreinato" (1551-1590), por el mismo autor (Emp. "La Prensa", Lima 1942), cap. VIII, No. 5, pp. 91 a 92; cap. XIII, No. 1, pp. 161 a 167. 17) La obra de don Roberto Leyllier sobre la persona y hechos del virrey Toledo, Buenos Aires 1935, tomo I, parte 2.ª, lib. VI, pp. 307 a 332. 18) "Historia del Perú. Conquista y Colonia" (Curso Universitario), por don Raul Porras (Lima 1945), pp. 43 a 45.

En conclusión, de lo anterior se desprende la confirmación de lo manifestado al comienzo del presente artículo: que en una Historia de la Historia peruana el inca Titu Cusi Yupanqui aparece cronológicamente como el primer Cronista peruano, y su "Instrucción" como la primera obra que puede recibir el título de Crónica en forma objetivamente válida, según lo ratifican, directa e indirectamente, las sucintas referencias ya mencionadas.

CARLOS VALCÁRCEL.

Excelencia del Arte de Hablar.

El lenguaje, instrumentopreciado y fundamental en la vida de interrelación humana, ofrece al análisis del investigador una gama interesante de sugestivos aspectos. Arrancando de la afirmación inicial de que es el vehículo natural de expresión de todos los fenómenos de nuestro mundo consciente, podemos encontrar en él facetas tan importantes como las que se ocultan en el fondo de la compleja personalidad humana. Hemos de abordar aquí tan sólo las excelencias del lenguaje hablado estimándolo simultáneamente como forma de expresión personal, como instrumento lógico y estético y como medio fundamental de vinculación societaria.

En primer lugar, aparte de las ya anotadas condiciones esenciales del idioma, podemos señalar las siguientes específicas características que son propias sólo del lenguaje oral: es más importante que el lenguaje escrito desde el punto de vista del orden en la aparición así como desde el ángulo de la utilización práctica por ser el más fácil y expeditivo. Esta nota le asigna un papel relevante en el desenvolvimiento histórico de las sociedades humanas. El progreso de los pueblos habría marchado a un ritmo más lento si no se hubiera contado con un medio de comunicación lo suficientemente rápido y claro. En segundo lugar, salvo el caso de las alocuciones radiales, que traspasan fronteras, se dirige a un número frecuentemente limitado de personas mayormente

pertenecientes a nuestra esfera social. Luego, su efecto tiene una duración restringida y menor que la del lenguaje escrito que puede permanecer ejercitándose por meses y años. Por otro lado, su trascendencia es, por lo general, limitada, y el esfuerzo de concentración mental que requiere se disminuye de manera apreciable por la inmediata complementación que determina de parte de las personas que en su elaboración intervienen.

Si el lenguaje es expresión, no debe constituir sólo un instrumento lógico e intelectual dada la característica complejidad de la persona. En él se manifiestan de manera objetiva y comprobable las tres direcciones psicológicas clásicas que informan nuestra vida individual: el contenido ideológico se dirige a la mente para buscar la convicción; el contenido emocional se proyecta al sentimiento para conmover o determinar simpatía y afecto, y a la carga de energía, de idea-fuerza, se orienta a la voluntad para captarla e incitar a la realización de valores. En la tarea de estimar la importancia integral del idioma y de aportar sugerencias para su mejor utilización en el campo de la vida, ofrecemos algunas oportunas recomendaciones al lector.

Comencemos por regular con dominio el afán de hablar en exceso. Las palabras son siempre expresiones de ideas y éstas, como los ladrillos de una construcción, deben ser utilizadas económicamente y con referencia a un plan previo formulado de una manera integral y serena. No debemos tratar sino de aquello que conocemos pues es grave atreverse a formular apreciaciones que pueden afectar nuestra calidad de personas responsables. Es cierto que hay siempre cuestiones discutibles sobre las cuales procede una investigación porque no ha sido dicha todavía la última palabra sobre ellas; asimismo, que hay problemas que demandan nuestra definición como miembros del amplio conglomerado

social. Pero también es verdad que una de las actitudes más lógicas en el hombre discreto es el de la modestia frente al esclarecimiento de cuestiones que escapan al límite de sus posibilidades personales.

Para expresar lo que sucede dentro de nosotros, necesitamos respirar en ambiente de libertad; y para conseguir que se respete la libertad de expresión a que tenemos inalienable derecho, es preciso que respetemos previamente el similar derecho a la libertad de expresión de los demás. Escuchemos las opiniones ajenas y, si son adversas, procuremos enfrentarlas oponiendo ideas a ideas. Es peligroso y antidemocrático sentar siempre la premisa de que estamos en posesión de la verdad. Eso equivale a adoptar actitudes dogmáticas en desacuerdo con la época, que es de auge de la democracia en la cultura y en la vida. Cuando intercambiamos pensamientos no pensemos simplistamente que el debate tiene un carácter de torneo del que deben salir necesariamente un vencedor y un vencido. En las discusiones las personas constituyen lo adjetivo mientras que la búsqueda de la verdad representa lo esencial. Es difícil que esta se pueda encontrar íntegramente en el campo de uno de los dos deliberantes; de allí que la mayor satisfacción final debe residir en el hecho de haber aportado una mayor cantidad de material para llegar al descubrimiento de aquello que se quería demostrar. Siendo impersonal todo debate desde el punto de vista del mayor valor de las ideas que se exponen, hay que saber aprovechar las oportunidades psicológicas que, alternativamente, nos recomiendan intervenir o escuchar. Porque, aunque parezca una paradoja, constituye una verdad importante la de que un elemento de la elocuencia y un índice de cultura reside en la cualidad de saber entrar en silencio para oír la opinión de los demás.

Al lado de la importancia lógica del idioma colocamos la de su claro valor sentimental si se atiende a lo que representa como vehículo de expresión de los fenómenos de nuestro mundo afectivo. El Castellano es un idioma de elevado valor eufónico; posee amplia flexibilidad que le permite un rico registro tanto para las afirmaciones rotundas como para las expresiones de cariño o las declaraciones sonoras y brillantes. Es el lenguaje ideal para la oratoria pero, como medio valioso y de posibilidades increíbles, requiere una suficiente capacidad en aquel que lo utilice. Hay que saber regular el tono de la voz para adecuarlo cabalmente al contenido de aquello que se dice. Expresar con una misma inflexión lo alegre y lo melancólico, lo solemne y lo ligero, lo confidencial y lo trascendente, determina un pecado de monotonía que conspira contra la felicidad de los resultados. Como la variabilidad de la línea melódica, también precisa relacionar el ademán y el gesto con el contenido ideológico de las palabras emitidas en aras de la indispensable armonía entre la forma y el fondo. Capacidad psicológica e intelectual, tono de voz rico en inflexiones, discreción en el ademán y el gesto, son factores que nos llevan a destacar la importancia y el valor de la presencia. Es obvio que no se afecta la comprensión de lo que se escucha de una persona que habla a distancia de nosotros. Pero no deja de ser una indiscutible verdad que más efecto produce, vg., un discurso escuchado a un orador a quien vemos que uno que captamos por las ondas de la radio o que leemos con toda tranquilidad al día siguiente en las frías columnas del periódico. Como el teatro, que tiene recursos escénicos propios, la elocución es una forma expresiva con grandes elementos intrínsecos que explotar.

Además de convencer y de deleitar o conmover, debe constituir el lenguaje hablado una manifestación de la vo-

luntad humana dirigida a la realización de valores en la vida. Poco o nada vale aquel que no tiene el poder de hablar en forma que su palabra incite a la acción. Junto al valor eufónico que sirve para hacerlo grato, el Castellano tiene un amplio vigor que permite que adquiera el carácter de arma que haga posible la unidad de pensamiento y acción. Decía Fouillé que todas las ideas poseen una carga de energía que hace posible su vitalización en el campo de las realidades concretas. Estas ideas-fuerza no son, sin embargo, flores intelectuales cuyo valor reside sólo en el fondo de verdad que representan. En la palabra como medio de agitación espiritual que traza derroteros de acción e incita al trabajo constructivo, palpita el íntegro de la personalidad humana que respalda con el poder de la autoridad moral las ideas emitidas en el lenguaje. El idioma, que es esencialmente expresión, debe reflejar el cuadro total de la vida interior de la persona, que no es únicamente inteligencia, sentimiento y voluntad, sino un complejo estructural con sentido y en el que nada se presenta de manera independiente y aislada.

La disertación en público ofrece características peculiares que la hacen diferente del lenguaje hablado como instrumento cotidiano de vinculación entre las gentes. Mientras que en el diálogo el pensamiento es el fruto de una colaboración puesto que existe siempre en él un juego de complementaciones recíprocas, en el monólogo, que es la forma natural de las exposiciones en público, el orador resulta ser el exclusivo utilizador de la palabra. Esa es la razón por la que debe hablar con un plan íntegramente elaborado de antemano en el que todas las ideas concurren a la demostración de una verdad central que constituye el tema de la disertación o conferencia. Pero, ausente el interlocutor como participante intelectual en el desarrollo del asunto de una charla, existe, sin embargo, un diálogo psicológico entre el orador y su audito-

rio. No es igual hablar frente a un micro para dirigirse a radioescuchas invisibles que hacerlo en una sala repleta de gente que con su presencia física determina una serie de reacciones en el espíritu de la persona que habla. Las clásicas condiciones que se exigen al orador revelan la conciencia o la intuición de ese fuego de influencias mutuas que se plantea entre el que habla y los que escuchan. El orador, por ejemplo, debe ser un sujeto dueño de una capacidad de intuición que le permita ir penetrando en el espíritu del público para descubrir sus impresiones y ofrecerle luego aquello que necesita para su mayor complacencia. Por esa razón no pertenece al género oratorio escrito el sistema de los discursos leídos, tanto porque éstos han sido elaborados en el discreto retiro de un gabinete y fuera del marco de la influencia emocional del auditorio como porque no permite observar el efecto inmediato que las palabras producen ni hace posible la utilización de los recursos personales, que prestan siempre un mayor vigor y elocuencia a las palabras que se emplean. La oratoria es una forma especial de diálogo en el que el orador ejerce una acción influyente mediante el arma de las ideas que expresa mientras que el público con sus reacciones de aprobación o desaprobación, entusiasmo o desagrado, informa rápidamente al orador de los resultados inmediatos que su verbo determina.

Ya como medio útil para el diálogo diario o como instrumento para el monólogo frente a un público que escucha y reacciona de inmediato, el poder del lenguaje hablado le presta un carácter obligante. Todos tienen el deber de manejar bien el precioso instrumento del idioma. Los hombres cultos como las personas poco ilustradas, los de arriba como los de abajo deben saber utilizarlo no sólo como medio ideal de superación por la cultura y como vehículo indispensable para la relación entre los hombres sino hasta como instrumento

práctico de construcción de ventajas materiales en la vida. Todo el mundo admira y sigue al que maneja el idioma con destreza aprovechando inteligentemente sus virtudes; se hace grato, inspira simpatía, despierta irresistible atracción entre las gentes. Conquistemos, pues, este privilegio espiritual esforzándonos cada vez más por dominar y poner a nuestro servicio el instrumento invaluable del idioma.

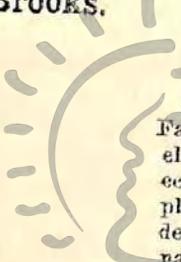
CARLOS VELIT.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

APRECIACIONES Y JUICIOS CRITICOS

"The World of Washington Irving", por
Van Wyck Brooks.



Por grato encargo del Decano de la Facultad, Dr. Pedro Dulanto, entregué el libro del epígrafe al estudioso joven economista Jorge De'Angeli, para cumplir la galante solicitud de Mr. Nostrand, de la Embajada Cultural norteamericana en el Perú.

Biblioteca
«Jorge Puccine»

El estudio realizado por el Sr. De'Angeli, es fiel reflejo de su capacidad captadora mental. Ha encontrado el punto capital de sintonización con Van Wyck Brooks y ha formulado su juicio con amplia libertad y con profunda penetración.

Aceptamos la insinuación de Mr. Nostrand de enviarnos un libro nuevo mensual, a base de ofrecer nuestra crítica, en esta sección. Como tal debe entenderse este artículo del Sr. De'Angeli, que nosotros auspiciamos gustosamente.

J. M. V.

Washington Irving, así como Poe y Cooper, vivía dulcemente apartado de la realidad de su tiempo. El Oeste, donde se desarrollaba la dura lucha cotidiana contra la naturaleza y los Indios, era para ellos sólo el reino de la aventura y de las hazañas legenda-

rias y pintorescas: Nueva York les parecía una desordenada ciudad de aspecto no muy agradable, que estaba creciendo con exagerada rapidez, mientras que, en realidad, su desarrollo extraordinario preludiaba una expansión nacional que no debía encontrar límites durante un siglo.

Casi todos vagabundos, casi todos inquietos, casi todos enamorados de Europa y de sus memorias, los literatos americanos de 1800 a 1840, a pesar de que vivían románticamente desprendidos de la realidad de la existencia americana, extraían de esa realidad elementos y motivos para las tramas de sus novelas, temas para sus descripciones, inspiración para sus vagabundeos espirituales.

Sin embargo, un elemento romántico existía en toda la vida americana de esa época — y este elemento Van Wyck Brooks lo pone de relieve en su último libro, "The World of Washington Irving", y este es el hilo escondido que une toda la miríada de variadas anécdotas de que el libro se compone.

"The World of Washington Irving" — amplio retrato de los Estados Unidos desde 1800 a 1840 — se abre con un descripción de como se desarrollaba la vida en las distintas regiones del país y del ambiente literario de las ciudades más importantes. Toda la primera parte de la obra no trata de ninguna personalidad específica, sino de la atmósfera y del ambiente en que vivieron los hombres más caracterizados de la época, y prepara al lector para los perfiles que siguen y que ocupan el resto del libro. En esta forma, las figuras se nos presentan cuando el fondo ya está preparado y se introducen en el ambiente entrando a formar una parte necesaria de él.

El método que Brooks emplea para su amplia descripción es característico y singular. No es una valoración crítica de las obras de los escritores y artistas que estudia, sino que es una tentativa de comprenderlos en su vida exterior, y de ésta inferir la razón de ser de sus obras. Tampoco se trata de una colección de biografías, sino de un conjunto de numerosísimos episodios, anécdotas y acontecimientos, narrados y descritos con garbo, que tratan de dar una idea de ciertas personalidades del ambiente intelectual y social de una época. Brooks no tiene la pretensión de hacer una historia social o literaria de los Estados Unidos en las primeras décadas del siglo pasado; el libro no tiene un esquema definido, y es más que nada una romántica peregrinación en el pasado, una busca poética y erudita, un re-hallazgo nostálgico y agradable de tantas cosas pasadas, de tantas pintorescas cosas que han sido, y que están casi —o del todo— olvidadas. Hay la pasión anticuaria de la anécdota curiosa, la búsqueda amorosa de la coincidencia o del episodio raro, el placer de describir una figura compleja de pensamientos y problemas con un trazo de color vívido que la hace presente y comprensible.

De este metódico allegamiento y fusión de menudos bocetos y

de descripciones episódicas resultan dos méritos externos de la obra. El primero, la indudable erudición y la cuidadosa investigación desplegada por el autor; y el segundo, la agradable soltura y elegancia de la forma, que no permite que este sistema de compilación fragmentaria resulte fatigoso, salvo en algunos puntos. La fatiga, en estos contados pasajes, se origina del hecho que no es dado comprender de inmediato a que mira este vagabundeo espiritual, esta continua relación de anécdotas ligadas entre sí por un débil nexo, a menudo aparentemente casual — hasta que no se llegue a entender que se trata de una “tapicería” literaria, que debe ser mirada y apreciada panorámicamente, en su conjunto.

Mientras que el libro —por la cultura de su autor— resulta una mina de informaciones curiosas, este peculiar método literario determina su defecto más grave, o sea la mengua del sentido del desarrollo. Brooks estudia los cuarenta primeros años del siglo XIX como una unidad, y en ésta sigue los rastros y los vestigios de numerosos personajes, vagando libremente en el tiempo, con una incuria de la cronología que, a veces, nos deja algo perplejos, y que priva al lector de la excitante sensación de desarrollo vital que el período, en verdad uno de los menos estáticos de la historia americana, habría tenido que dar.

Sin embargo, ésto no resta vivacidad y frescura a la impresión que el libro deja de las variadas atmósferas en las distintas regiones y ciudades de los Estados Unidos de entonces.

Filadelfia, capital durante algunos años, era el centro de la vida intelectual de la joven nación: Lujo y frivolidad, teatros y salas de baile, peinados extravagantes y brocados multicolores rodeaban la minúscula “corte” republicana, que tenía su “palacio” en la modesta casa estilo inglés del Presidente Washington. Hasta 1815, la esposa del Presidente fué llamada “Su Majestad”, y “los hombres llevaban grandes pelucas y coletas, broches a las rodillas y medias de seda”. Aún cuando Franklin dominaba espiritualmente, las influencias más variadas actuaban en el ambiente, llevadas por *émigrés* realistas o revolucionarios, por observadores, poetas, viajeros y refugiados. Había una fermentación de pensamiento y de actividades diferentes, en aquel ambiente reducido. Brooks nos presenta ciertas figuras simples e interesantes, como la de John Bartram, que un día, fatigado de arar, descansando en la sombra, cogió una margarita y quedó tan impresionado por la perfección de esa obra de la Naturaleza que se avergonzó de haber destruído tantas plantas con su arado, se dedicó al estudio del latín para poder entender a Lineo y, desde entonces, su vida y la de su hijo, al cual instiló su pasión naturalista, tuvo como único objeto el conocimiento de toda planta y de todo árbol de su tierra. Su jardín botánico se volvió un centro de ilustrados, y, entre otros, a veces estaba presente allí Charles

Brockden Brown, el primer novelista americano, el precursor de Poe, Melville y Henry James, un revolucionario en el género, aunque algo difuso y desordenado.

Nueva York, ya cosmopolita, pero todavía con un fuerte aspecto holandés, era la más aristocrática de las ciudades del Norte. Hamilton y los Federalistas, que todavía esperaban hacer de América no algo nuevo, sino una más grande y posiblemente mejor Inglaterra, poseían gran influencia. La vida intelectual era pobre y no existían literatos profesionales; y el ambiente de la ciudad, vivaz y libre, demostró más tarde una tendencia a degenerar hacia la vulgaridad, mientras que disminuía la independencia espiritual de sus habitantes.

La Nueva Inglaterra, por el contrario, prometía más; aunque al principio del siglo la literatura fuera estéril, había una curiosidad espiritual, y los clásicos tenían incontables lectores, la poesía "poseía una función pública" y todo hacía prever el florecimiento literario de la segunda mitad del siglo (1).

El Sur patriarcal, escaso de "literatura", pero rico de un aristocrático sentido político y de una alta cultura clásica, se aislaba del resto del mundo; la esclavitud que defendía cerraba el camino a las nuevas ideas, a la libertad de imprenta y a la de pensamiento.

En el libre Oeste, a medida que avanzaba la "frontera", iban formándose y desarrollándose centros que, poco a poco, daban origen a una vida literaria (especialmente periodística) de limitadas proporciones. El Oeste tenía su símbolo en el incontrolable "frontiersman", rudo y valeroso, y era el campo de inspiración de retratistas de indios y de paisajistas, de novelistas y de románticos escritores de diarios de viajes. Esta era la región más vital del país; no era un centro literario o artístico, pero tuvo una influencia incalculable sobre la formación de la vida y del carácter americanos: era escuela de valor y de perseverancia, era recurso del miserable y del desesperado e inspiración de la nación del futuro.

Sobre esta trama amplia y variada, Brooks teje y borda su fina tapicería. Ya hemos indicado que el libro describe las *figuras*, no las obras; el *ambiente*, no la literatura. Brooks no hace ninguna extensa análisis individual; y aún cuando el estudio es más extenso, está dividido en distintos capítulos; como es el caso, por ejemplo, del ornitólogo Audubon; de Cooper, el novelista de la aventura; de Bryant, el poeta que reveló el encanto de la naturaleza americana; de Poe,

(1) A este período V. W. Brooks ha dedicado su obra más amplia "The Flowering of New England", publicado hace algunos años.

de cuya obra Brooks emprende la única tentativa de valoración crítica de cierta amplitud; de Irving, el primer verdadero talento literario de su país. Brooks atribuye especial importancia a Jefferson; aunque la interpretación de su obra y pensamiento no difiera de la de Chinard, Brooks nos da la impresión de que el "sabio de Monticello" fuera el centro de gran parte de la vida intelectual de su país: "El expresaba una manera americana de pensar que nadie había puesto en palabras hasta entonces, como los escritores y artistas de su tiempo reconocieron inmediatamente... En el curso de una generación, prácticamente todo escritor de importancia había encontrado y seguido la tendencia jeffersoniana".

Uno de los méritos mayores del libro consiste en el re-hallazgo de ciertas personalidades medio olvidadas. No se trata de descubrimientos de genios ignorados, ni de exhumaciones de obras maestras desconocidas, sino de recordar cuán llenas de interés y de colorido fueron las existencias de hombres que, aún si —justificadamente— no alcanzaron gran fama, representaron algo —o hasta mucho— en la vida americana de su tiempo. Así el "Parson" Weems, vendedor ambulante de libros, novelista y biógrafo inventor y embrollón; así Lorenzo Da Ponte, el aventurero véneto que escribió libretos para Mozart, amigo de Casanova, que instaló una librería italiana en Nueva York y transcurrió su dulce vejez leyendo versos entre grupos de jóvenes damas; así el solitario, quijotesco Randyolph, deísta y casi mahometano, improvisador de discursos y creador de frases cáusticas y de epítetos terriblemente mordaces para sus enemigos

Biblioteca de Letras

En suma, "The World of Washington Irving" no es una interpretación crítica de obras y de personalidades, ni tampoco una apreciación general de una época. Brooks posee la capacidad de revivir las impresiones y los ambientes, pero no la de darnos de ellos una visión completa. Una sensibilidad artística no acompañada por una disciplinada meditación interpretativa hace de este libro una obra brillante y útil, pero fundamentalmente débil, y que deja cierta insatisfecha impresión de inacabado, aunque sea prueba indudable de un genuino amor del pasado, de un sentimental buen gusto y de una lírica fantasía evocadora.

JORGE DE'ANGELI.

SEMINARIO DE LETRAS

LITERATURA MODERNA

Se insertan en esta sección de la Revista algunos de los trabajos realizados por los alumnos del Cuarto Año de Letras, en la especialidad de Literatura, dentro del curso de Historia de la Literatura Moderna, que trata de abarcar a grandes rasgos las más importantes directivas literarias de la humanidad, a partir de la formación de las nacionalidades europeas en el Medioevo. Hemos agrupado aquí las que se relacionan con la Novela, en el siglo XIX, que es precisamente siglo de realización novelística, agotada, al parecer, la epopeya occidental y en abierta crisis el mundo faústico. La tradición heroica se aburguesa y en los movimientos románticos y realistas se perfila el diagnóstico del hombre de Europa. Esto es lo que han tratado de escudriñar los alumnos a través de los pequeños ensayos que vienen a continuación.

A. T. V.

LA NOVELA EUROPEA EN EL SIGLO XIX

Un estudio—aunque fuere simple—que anhele expresar el curso y las características de la novela en el siglo XIX, no puede olvidar el intento de profundizar en las evoluciones y sorpresas que, en todos los campos de la actividad, dicho siglo ha presentado al mundo y de las cuales la Literatura (la novela en especial) no ha sido más que verdadero reflejo.

En consecuencia con aquel principio que expresa que la Literatura no es sino producto de las circunstancias, flor de la tierra, la novela de la época que estudiamos no hace sino verter en las páginas todas las inquietudes —filosóficas, políticas, científicas y sociales— que despertaron al estruendo de la revolución francesa.

En forma somera veamos, en primer lugar, el aspecto que ha presentado el pasado siglo:

Al comenzar éste, Alemania tiene el predominio intelectual. Mientras en Francia los espíritus están solicitados por impulsos revolucionarios, la tierra germana brinda a la humanidad los nombres preclaros de Kant y Schelling, cuyo discípulo Schlegel, con ademán reivindicatorio, crea el romanticismo.

En el orden político se afirma la nacionalidad de los países.

Surge el socialismo en sus diferentes formas, todas ellas tendientes a alterar el antiguo régimen y señalar los derechos de las clases populares.

Las ciencias adquieren desarrollo extraordinario. El Fisiologismo, con Claude Bernard, reviste importancia decisiva.

La música se enriquece con la contribución de espíritus privilegiados y en todas las artes, en general, se nota paralelismo en el desarrollo.

No es, sin embargo, este cuadro el de un renacimiento, pudiéndosele calificar sí de carrera precipitada, tumultuosa.

En este vórtice de impulsos y sensaciones, los literatos son desdenados. El materialismo circundante les hace desear el aislamiento y, como los mecenas desaparecen, se ven obligados a vivir con el producto de sus plumas, lo que es causa para mayor libertad en el arte literario, pues no tienen ya sujeción a un caprichoso protector.

Veamos ahora cómo van a influir en las letras las distintas direcciones e impulsos: En primer término, la liberación económica, política y social encuentra eco en el campo artístico literario y vemos así como el romanticismo —que fue preparado en Francia por Rousseau y Bernardino de Saint Pierre— surge a la luz en Alemania. Pero esta escuela literaria, que en el lugar de origen significó la vuelta a los ideales caballerescos de la Edad Media, asumió en Francia caracteres distintos y revolucionarios.

Olvido premeditado de las convenciones clásicas, libertad en la forma, desconocimiento absoluto de reglas y preceptos, naturalidad, fueron peculiaridades de esta nueva corriente, que invadió todos los géneros de la Literatura alcanzando, por consiguiente, a la novela.

Así, al lado de Alfredo de Vigny, Lamartine, Musset y Víctor Hugo, poetas, se encuentran las figuras del Víctor Hugo novelista, quien antes que Zola y Balzac creó la novela social, manifestando en sus obras amplitud, poder, elocuencia y gran imaginación; de Mada-

me Stael, en cuyos libros no podemos encontrar sino a ella misma porque en todo lo que ha escrito ha vertido su ser; de Jorge Sand, hija intelectual de Rousseau, que muestra invariablemente en sus páginas las manifestaciones del amor romántico, tal como ella lo experimentó.

Como deseo superior de no copiar fórmulas literarias; como ejemplo de ética, al manifestar el propio parecer y la individualidad misma; como sacrificio de la forma al fondo; como anhelo de expresar las enseñanzas y excitaciones de la vida, el romanticismo influyó en la novela europea, particularmente en la francesa, aunque la duración de esa influencia no fue mayor. Y es que, como los románticos en su afán revolucionario exageraron proporciones, se vió luego la necesidad de llevar el desatado turbión a su cauce natural: era preciso mostrar la verdad desapasionada, dar al conocer al hombre tal cual era, sujetar las riendas de la imaginación. De allí que del lado de las ciencias se preparara una nueva corriente en la Literatura.

El primer momento de descanso de la imaginación es aprovechado por escritores que comercian con las ideas, como Dumas y Sue; pero luego aparece el preludio del realismo, con Balzac, quien igualó la novela a la totalidad de la vida, no habiendo novelista, que le haya seguido, que no le deba algo.

Ahora la Literatura trata de mostrar la verdad en su desnudez y esta nueva tendencia reivindica —con el Fisiologismo de Bernard — la vida que había sido relegada a segundo término, protestando contra la actitud de los románticos, como si quisiera neutralizar ese excesivo individualismo con la observación del mundo objetivo, del no-yo, de la realidad circundante.

Vemos, por eso, en Francia, donde esta corriente se intensifica, a Flaubert que a pesar de su temperamento romántico, pide a la ciencia hábitos positivos y con ellos elabora sus obras que son verdadera expresión de vitalidad. A la par que un cuidadoso estilo, en Flaubert advertimos el romanticismo; en su afición al color y la luz; el anti-romanticismo, en el deseo de hacer obra objetiva, impersonal; el realismo, en su labor, fruto de consciente trabajo experimental por lo que podemos considerarlo como el antecesor de la escuela de Medán.

En el empeño de trasuntar la realidad los límites se sobrepasan y llegamos así a una corriente literaria que adquiere fuerza considerable y que se mantuvo en todo el siglo XIX, particularmente en su segunda mitad, agregando no muchos, pero sí expresivos nombres a la literatura universal.

El naturalismo se entendió muy diversamente; pero su rasgo distintivo es el de la sumisión al objeto. En nombre de esta escuela se pintó —de preferencia en la novela— todo lo repugnante, monstruoso y repulsivo que podía presentar la realidad, la que se interpreta como una oposición a la belleza.

Surge Zola y su influencia es apreciable. Temperamento romántico por el gusto al color local, a lo pintoresco y a las sensaciones, Zola introduce el espíritu científico en la novela; desconoce el alma, advirtiendo únicamente los accidentes físicos, para darnos a través de ellos, los más descarnados cuadros de realidad.

Escritores influenciados por el naturalismo se pierden, luego, en la presentación de vulgaridades sin algún significado. Aunque Goncourt y Guy de Maupassant, siguen las huellas del maestro. El primero establece el principio de que la nueva escuela debe referirse a las clases bajas y a los ambientes populares. (De allí que el naturalismo haya incidido en la novela social y costumbrista). En el segundo, el estilo atrae la atención.

Pero esta escuela —realismo con pretensiones científicas— no podía subsistir, por el mismo hecho de constituir una exageración: se hacía necesario, nuevamente, un reajuste de valores, y es así como Huysmans, talento original, desconoce las enseñanzas del maestro, tornando al aprecio de los ideales lo que origina el re-estudio de las tendencias del espíritu, apareciendo así la novela psicológica.

Un grupo de escritores sinceros quiere expresar en la poesía, no ya las ideas ni las tendencias, sino estados vagos de sensibilidad, generalmente depresivos, con el nombre de Simbolismo, que llega a invadir, aunque no enteramente, el campo de la prosa, pues hasta en la novela se nota la afición por los temas psicológicos.

Loti, con la novela exótica; Barres, con la nacionalista; Bourget, con la psicológica y France, con la intelectualista, son personalidades que matizan el cuadro de la literatura francesa de fines de siglo.

Presentado el cuadro de esta rama artística, podemos ya señalar las características de la novela en el pasado siglo:

1.º—De todos los géneros literarios, la novela refleja con mayor fidelidad la evolución desordenada del siglo XIX.

2.º—El romanticismo surgió como una necesidad del espíritu de la época; sin embargo, su duración en la novela fue corta.

3.º—Es el naturalismo la escuela literaria que se ha mostrado mayormente en la novela, haciéndola ocupar con este carácter casi toda la segunda mitad de la centuria anterior.

4.º—La novela francesa de esta época es la de mayor significación y la que más grande influencia ha ejercido tanto en el Antiguo como en el Nuevo Continente.

5.º—Al finalizar el siglo, la novela se enriquece con variedad de tendencias, que lanzan sus proyecciones a la presente centuria.

Al enfocar el panorama de la novela europea en el siglo XIX, he restringido mi observación a la novela francesa, porque la lite-

ratura de este país es, en el pasado siglo, no sólo la más fecunda, sino también la que ofrece el cuadro más estimulante, en cuanto a posibilidad y direcciones.

ANA BARRETO N.

DICKENS

Pocos escritores como Dickens —1812-1870— han gozado de una aceptación permanente por parte del público lector. Por lo general el entusiasmo por las lecturas de las obras de arte se extingue a corto o largo plazo. El novelista inglés, mezcla de realismo y humorismo, ha disfrutado, excepcionalmente, del apoyo moral de su pueblo, y aún del mundo de habla inglesa.

Su origen es humilde; creció en las calles de Londres; tuvo que ganarse el pan desde la infancia, y jamás recibió instrucción superior.

Sus primeros frutos literarios fueron Bocetos divertidos, y a los 24 años de edad conoció el éxito fulminante con los famosos Papeles del Club Pickwick. Siguiéron a su primera obra catorce novelas que lo consagraron como el primer narrador, descriptor e intérprete del alma inglesa; de ellas se destacan, "Oliverio Twist", "El Almacén de Antigüedades", y "David Copperfield" (1850), su obra maestra.

De modo general, el plan en sus novelas suele ser deshilvanado, a menudo decae la fuerza del argumento en favor de la densidad de la obra; muchas veces la acción languidece y hasta se pierde; no obstante el patetismo trema con hondura a lo largo de la novela. En Dickens magistralmente conjuncionan dos elementos pugnantes que rara vez llegan a coincidir: la unificación del hombre genial con la tradición de su pueblo, y además, de su tiempo. Gran poeta, este inglés es el único entre los hombres de su siglo cuyo sentido íntimo se conjuga íntegramente con las necesidades espirituales de su tiempo. En su obra—reflejo de los gustos de su pueblo—vive la tradición inglesa corporizada, una tradición cuyas raíces están hundidas bien adentro. Representa este novelista a un mismo tiempo el "humor", el carácter observador, la moral, lo artístico y el hondo contenido espiritual. Para aquilatar la calidad de tradición que hay en un inglés, bastaría recordar la frase de un gran escritor que dice: "cualquier inglés tiene más de inglés que un alemán tiene de alemán"; para el inglés la tradición es algo más que ese barniz extendido so-

bre el espíritu, es algo que se lleva en la masa de la sangre y late perennemente en lo más recóndito del ser.

Dickens es la expresión poética más alta que alcanza la tradición inglesa, entre el pasado glorioso y el imperialismo, el sueño del porvenir. Si ese genio rindió una obra extraordinaria, pero no lo más importante a que estaba predestinado, no es la culpa de Inglaterra ni de la raza, sino del momento irresponsable en que vivió, aquella época regida por el cetro de Queen Victoria. Shakespeare, el clásico, es la expresión de la Inglaterra heroica e Isabelina, vigorosa, activa y sensual; Dickens pertenece ya a una Inglaterra burguesa, en que el estado se desenvuelve moderado y prudente, amigo del orden, apasionado sólo de la buena digestión; nada de ese cariz trágico, ni de ese terror que parte el pecho en los países en convulsión, sino sentimientos que cosquillean y excitan a lo más a la curiosidad. He aquí al novelista prisionero de la tradición inglesa, prisionero del tiempo, cual nuevo Gulliver en el país de los liliputs. Sobre su inspiración de artista gravita el peso de la satisfacción. Alguien ha llamado a Dickens el novelista familiar, en contraste con otros arquitectos de su siglo —Balzac, el novelista de la sociedad, y Dostoievski, el penetrante y patético novelista del destino y ello es cierto, por cuanto la era fría victoriana no invitaba sino a desleír sentimientos del hogar. Sólo que a ratos el recuerdo de la niñez miserable seguía clamando en él con voz de protesta y acusación por tantos niños pobres que, como él, vivían abandonados y sufrían injusticias. Diferentes son los personajes de Balzac, insatisfechos, ávidos y ambiciosos, que llevan dentro de sí un tirano o un revolucionario, o un anarquista. Su "David Copperfield" es una autobiografía disfrazada; en ella se recortan como siluetas los recuerdos de la madre y de la criada, de su vida infantil de dos años; pero más que lo musical —elemento perceptible por ejemplo en Dostoiewski— en él prima lo pictórico; exhumador de antigüedades. Lo fundamental en este gran novelista es que su obra toda respira como ninguna otra vigor y vida, sin que decaiga el humor —o por lo mismo—, que es excelente. Ningún novelista ha creado más figuras inolvidables, grotescas, odiosas o conmovedoras; su pintura no es fría e insensible, no; el corazón de este inglés se enternece o se subleva. Es tal vez el primero de los novelistas de Europa que empleó la novela para denunciar los abusos, las rutinas funestas, los escándalos en la familia, en la educación y en la justicia. Dickens ha hecho reír, llorar y estremecerse a mozos y viejos, a almas sencillas y espíritus selectos.

MAURILIO ARRIOLA GRANDE.

VICTOR HUGO

Uno de los más grandes escritores de todos los tiempos ha sido sin disputa Víctor Hugo, el hombre de potente cerebro, de tierno corazón, que consiguió grabar para siempre su nombre en la memoria del género humano.

Víctor María Hugo, vió la primera luz en Besancon (Francia) el 26 de Febrero de 1802. Si bien cuando él nació su familia contaba ya con títulos de nobleza, no debe dejarse de notar que su padre subió de simple soldado a general en tiempo de Napoleón.

El padre era desde luego republicano, la madre era devota y buena. Hugo heredó la fuerza y el genio de los dos, si bien era débil tan débil que en los albores de su vida creyeron que no podría vivir. El tierno cuidado de su madre le salvó, y jamás pudo el poeta olvidar aquel maternal amor que más tarde cantó en un hermoso poema.

El niño Víctor y su madre acompañaban a las fuerzas militares de las que formaba parte su padre, y de esta suerte, siendo todavía un muchacho, viajó por toda Italia y aún llegó a tomar parte en algunas de las batallas que en aquel país tuvieron lugar.

Después siguieron dos años de tranquilidad en los que Hugo siguió sus estudios bajo la dirección de un buen hombre llamado Lahorre a quien más tarde el Gobierno Republicano puso preso y decapitó. Tan terrible suceso hirió en el alma a Víctor y toda su vida la pasó oponiéndose a esta forma de castigo.

Por entonces conoció a una agradable y dulce joven llamada Adela Foucher, que atribuía al régimen republicano la muerte de Lahorre, Víctor llegó a creer que esta pena capital era sólo patrimonio de dicha forma de Gobierno, y se hizo realista como su madre. Su padre era un General prudente y un buen soldado, marido amante y nada celoso de que su hijo aceptase las ideas de la madre.

Si de niño Víctor Hugo comparte las ideas de la madre cuando hombre comparte las ideas del padre.

A los nueve años es mandado a un colegio de España donde empieza a dar sus primeros frutos. A los diez años escribe sus primeras poesías. Luego regresa a París donde pasa tres felices años consagrados al estudio bajo la dirección de su madre.

Por entonces en Francia, ocurren grandes y terribles sucesos políticos con Napoleón; si no hubiese sido por estos hechos, seguramente jamás, hubiéramos oído hablar de Víctor Hugo, ya que su padre suponiendo que la guerra continuaría había decidido que su hijo fuera soldado. En este caso lo hubiéramos perdido como literato.

Después de Waterloo, Víctor comenzó a dar pruebas de su mérito; entre los trece y dieciseis años probó que era ya un prodigio de precocidad; había escrito en todas las clases y formas conocidas de

la poesía. Odas, sonetos, elegías, poemas, imitaciones de los clásicos e incluso fábulas, historias, epigramas, acrósticos, acertijos y hasta una ópera cómica. A los 15 años tomó parte en un concurso para conseguir el Premio de la Academia Francesa, el más alto al que en aquel entonces podía aspirar un poeta y dejó perplejos a los jueces que no sabían que hacer con el poema de Hugo, pues se resistían a creer que fuese la obra de un muchacho de 15 años. El tema puesto a concurso era "La felicidad derivada del estudio en toda situación de la vida". Como era muy joven le dieron el premio a un poeta más viejo concediendo a Víctor sólo una mención honorífica; en la Academia de Toulouse consiguió posteriormente tres premios siendo a los diez y ocho años miembro de ella.

Víctor tenía dos hermanos con los que formó un periódico. Su primer gran dolor lo sufrió con la muerte de su madre, la compensación a esta inmensa desgracia sólo podía ofrecérsela Adela Foucher y a ella acudió haciéndola su mujer a los veinte años.

Acababa de publicar un libro de poesías por el que le dieron 175 pesos; al año siguiente escribió su extraño libro "Han de Islandia", era una especie de leyenda que relataba su vida. A partir de este momento entró de lleno en la carrera literaria y con su actuación mudó el carácter de la literatura en Francia.

El señaló el camino que los demás siguieron, rompiendo con la vieja y arcaica escuela. Los poetas se habían aferrado a estilos antiguos de forma dentro de producciones que eran artificiosas y fuera de la realidad. Hugo abandonó las formas añejas para tomar estilos nuevos que encajaron perfectamente en la índole del tema.

Habló de la naturaleza, de la humana naturaleza y de todas las circunstancias que rodean la vida del hombre, sus luchas, sus tendencias, sus victorias, sus derrotas.

En sus novelas hizo un cambio enorme, introdujo sus nuevas ideas en algunas piezas teatrales. Pero nada se puede cambiar en el modo de ser de la sociedad sin levantar grande oposición. Algunas obras suyas fueron suprimidas por las autoridades, otras causaron violentas discusiones entre sus admiradores y críticos.

Luis XVIII le había conseguido una modesta pensión de manera que por ese entonces no necesitaba trabajar; pero cuando esta fué suprimida tuvo que acceder a las peticiones de un editor que le contrató para escribir una novela en un número determinado de días. Este libro se tituló "Nuestra Señora de París" novela tendenciosa de las más famosas del mundo que refleja la vida de París.

A continuación escribió los "Miserables", y el "Noventa y tres"; aquí se revela la vida del hombre destinado a luchar contra

todas las adversidades, describe el fanatismo, hace una exposición de la crueldad que puede infringir la civilización.

Víctor Hugo defendió con ardor las ideas republicanas lo que le puso mal ante los ojos de Luis Napoleón, siendo expulsado del territorio. En su destierro escribió algunas de sus grandes obras. Le invitaron a volver a su patria pero se negó a hacerlo mientras reinara Napoleón III.

Por esta época le ocurrieron grandes calamidades a nuestro genio, una hija se ahogó, y un hijo murió después de terrible enfermedad; pero no quedó sólo. Se retiró a la vida privada donde vivía feliz y contento con sus otros hijos. En uno de sus aniversarios se le honró como no se hubiera hecho con un Rey de Francia: más de 100.000 personas de todas las clases se congregaron para aclamarle.

Por sus contemporáneos Víctor Hugo ha sido considerado como un fenómeno por la vasta extensión de sus producciones y por la variedad de las mismas. Bajo el dramaturgo y el novelista se descubre siempre un lírico que tiene rasgos de profeta, de tribuno, de seudo pensador y de bravo burgués muy pagado de si mismo.

Sus obras reflejan las ideas y los sentimientos de toda una época. Hugo no es un escéptico; asciende de los estratos populares con la fé de la buena clase. Es un creyente, un entusiasta, un jefe del movimiento romántico francés.

Alfonso de Lamartine había preparado el campo con un lirismo que brotaba casi espontáneo en las fuentes del sentimiento. Víctor Hugo forma el Cenáculo con Alfredo de Vigny, Alfredo de Musset, Teófilo Gautier y otros poetas y escritores y capitanea una campaña para romper definitivamente las fórmulas clásicas y para adoptar una nueva fórmula que respondiera a las necesidades de la época.

La poesía lírica y épica de Víctor Hugo se revela con una prodigiosa imaginación. Dispone de todos los recursos del lenguaje y en especial de las figuras literarias. De este modo nos proporciona visiones de intenso colorido, usando la más completa variedad de métodos con estrofas sonoras de ternura profunda. Esto aparece en los libros orientales "Hojas de otoño", "Voces Interiores", "Los Castigos" — sátira lírica contra Napoleón III, — "La Leyenda de los siglos" que es una epopeya en que narra la vida de la humanidad desde la creación hasta el juicio final.

Víctor Hugo es un creyente, un entusiasta, admite la finalidad immanente: la belleza es santa y se acerca al ideal y a la fé. Como Aristóteles es racionalista, se identifica con la belleza y la armonía eterna de las cosas con la voluntad elemental del bien esparcido en todo.

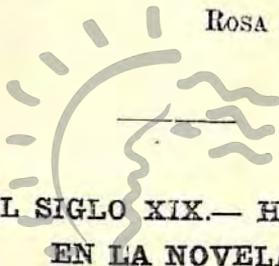
Podemos advertir en su doctrina la existencia de un pitagorismo que ha dejado trazas en su poesía. Al hombre lo llama cabeza augusta del número. Según Hugo un misterio reside mudo en lo que nosotros llamamos la cosa — la cosa material, sin vida aparente, en donde reposa el ser insondable.

Como todos los románticos es racionalista y metafísico y también irracionalista:

Se busca el fin pero no se encuentra jamás
Todo tiene conciencia en la creación.
Todo, como tú, gime o canta como yo.

Víctor Hugo murió en Mayo de 1885 llorado por el mundo entero. Los mayores le admirarán siempre por el tesoro literario que con sus obras nos legó; los niños le amarán porque él les amó.

ROSA DEL CASTILLO CUADRA.



LA NOVELA EN EL SIGLO XIX.— HONORATO DE BALZAC EN LA NOVELA

Desarrollo del tema.— De todos los géneros literarios, la novela, es el que ha adquirido hasta nuestros días desarrollo más considerable; sobre todo, sesenta años a esta parte, ha tomado todos los tonos y ha revestido todas las formas, sin permanecer extraña a ningún problema que ha interesado a la humanidad.

La novela moderna, continuación de la novela psicológica y moral del siglo XVIII, se desarrolló en el curso del siglo XIX, en proporciones extraordinarias, y pasa a ser durante una época, el más importante de los géneros literarios. Es la heredera de la Epopeya, del Idilio; confina con la historia, enriquecese con los descubrimientos o con las hipótesis de las ciencias; plantea y discute problemas sociales como morales; se inspira en el patriotismo, en la religión y en el socialismo; todo cae bajo su dominio. Merced a ésta infinita agilidad, y a la facilidad aparente de un género elástico y sin reglas, tienta a los espíritus más diversos y delicados. Numeroso, es el grupo de novelistas que se destacan, por su originalidad o por su valor propio; pero dentro de este grupo, algunos como Balzac sobresalen por su verdadero realismo en la creación de su Obra.

Entre las diferentes clases de novela, se encuentra la novela Social, que se propone desarrollar caracteres, analizar sentimientos y pintar conjunto de hombres, con sus expresiones colectivas, y las relaciones que los ponen u oponen entre sí. Todas, presentan y quieren probar alguna tesis Moral o Social; de allí que la psicología en ellas, aparezca un tanto simplificada, y que su arte sea rudimentario. En Francia, el movimiento social que se desarrolla de 1830 a 1848; en Inglaterra, la creación de la gran industria y el movimiento social que se inicia también en la misma fecha; en Norte América, el problema de la esclavitud hacia 1860, han hecho surgir este género de obras. Víctor Hugo en "Los Miserables"; Eugenio Sué en los "Misterios de París", y también Honorato de Balzac, pertenecen a la novela social en cuanto una importante parte de su obra refleja esta misma corriente.

Otro tipo de novela, es la novela de costumbres y de análisis contemporánea, que sucede a la novela histórica. Esta clase de novela está representada por dos Escuelas distintas: La Idealista con Jorge Sand; la realista, como Stendhal Merimée y Balzac. La novela idealista es una obra de imaginación; el autor se propone reproducir la imagen embellecida o idealizada, que se forma de los seres y las cosas en sí mismo. La novela realista, pretende darnos la imagen exacta y rigurosamente fiel de la realidad.

Enrique Beyle, conocido bajo el seudónimo de Stendhal con su carácter de psicólogo, nos hace ver en su obra "Rojo y Negro", el realismo, los hechos menudos expresivos y convincentes, así como los menores matices de las ideas y sentimientos de los personajes.

Merimée, discípulo de Stendhal nos ofrece entre varias de sus obras, "Colomba"; donde podemos apreciarlo superior a su maestro como artista y escritor. Como artista en el hábil arreglo de la composición, el relieve de las figuras, la exactitud y brillantez del colorido; como escritor, en la vigorosa concisión del estilo. Pero es Honorato de Balzac, fiel militante de la Escuela Realista sin lugar a dudas, el más poderoso y completo representante. Con él se verifica decididamente, el paso del Romanticismo al Realismo.

Rasgos biográficos del escritor.—Honorato de Balzac viene al mundo, en un pedazo de tierra que geográficamente se designa Turéna, en Francia; mes de Junio del año 1791, y parte a la mansión celeste en el año 1850. La fecha en que nace Balzac, señala el principio del Imperio en Francia; el nuevo siglo saluda a Napoleón Emperador. El ambiente de esta época es muy interesante y de gran importancia en la formación intelectual de éste gran escritor. Si hacemos un análisis minucioso de su obra, podemos ver claramente la enorme influencia del ambiente reflejada en ella, así como el ferviente deseo de revivir las verdaderas formas sociales de la misma. Quince años han pasado, plena adolescencia de Balzac; él, que sabe

vivir intensamente en lo que le rodea, no podía ser indiferente a la coincidencia de sus primeros quince años, con los quince años de vida Imperial, época tal vez la más fantástica que se registra en la Historia Universal. Todos los acontecimientos del agitado mundo exterior, van grabándose en su alma con la emoción de lo vivido; y ya en la edad temprana se ofrece a sus ojos, la subversión, inaudita de todos los valores espirituales y materiales.

Rasgos personales del novelista.—Balzac tenía una imaginación tosca y pueril; le agradaban los cambios súbitos del destino, los pasos bruscos de la miseria a la fortuna, las novelas judiciales, etc. Este afán de lo novelesco se unía en él a una marcada tendencia por lo maravilloso, lo sobrenatural y lo fantástico. Su realismo es doble y verídico. Primero por sus condiciones de observador, y luego, por la determinación física y moral que dá a sus personajes; por la descripción del medio en que los coloca; por los rasgos particulares de la profesión que ejercen; por la vida que así les comunica, y por la pintura de las costumbres. Como observador, ve, observa, disfruta, penetra con su mirada al mundo externo; su principal cuidado es aprehender la realidad, para ofrecer en seguida su más fiel trasunto.

Caracteres de su obra.—Sus caracteres son generales. Sobresale en la pintura de sus personajes, en especial de aquellos que simbolizan una pasión o un vicio; ésta es el resorte de sus actos. Convierte a sus figuras en tipos más que individuos; en personajes reales a fuerza de determinación física y moral. Todos son movidos por una sólo pasión que el novelista representa, modificada por las circunstancias particulares y por toda la psicología y filosofía del personaje. A estos rasgos personales, añade Balzac, los detalles del medio en que vive el individuo. Precisa a cada cual, colocándolo en su propia esfera con su profesión, con todos los caracteres que le pertenecen efectivamente, y en toda la actividad de sus ocupaciones o de sus operaciones profesionales minuciosamente expuestas y descritas. No obstante, manifiesta Granier, el principal objeto del novelista, no era la pintura de sus caracteres sino la pintura de sus costumbres, y por ésto sobre todo merece el nombre de realista.

Su gran ambición fué describir las especies sociales, en una serie de cuadros ligados unos por otros por la unidad de percepción y por el empleo de los mismos personajes.

Balzac escritor.—Balzac empieza a escribir bajo el cetro de "Luis XVIII" en Francia. El arte sufre los mismos influjos que la política. Cuando la vida pública se encalma y aplanan y el torbellino espumeante de los acontecimientos, cobra la apacibilidad de un estanque, es entonces cuando nuestro novelista comienza sus ensayos. Una buhardilla le sirve de recinto para iniciar su obra, siendo fruto de su trabajo las primeras novelas que publica bajo seudónimo. Balzac, no logró con lo que obtuvo satisfacer su anhelo; parece que

le faltaba experiencia para continuar en su empresa, y ávido de deseo busca ponerse en contacto directo con la realidad, la que capta por medio de sus sentidos para volcarla toda en su realismo. El novelista persigue un fin. Este fin es, obtener de la plenitud de la vida la esencia misma, deseo de triturar el mundo entero en su retorta; crearlo de nuevo, modelar con sus propias manos la materia así dominada. Ningún sólo elemento perdió en este proceso. Para reducir lo infinito a lo finito, lo inasequible a lo humanamente real concentró todas sus fuerzas que le dió por resultado la consecución de un fin: "Gobernar el mundo", y para lograrlo, lo simplifica y lo recluye en la grandiosa cárcel de "*La Comedia Humana*", obra que lo ha de situar en la cumbre de los novelistas amantes del Realismo.

La Comedia Humana.—Después de numerosos ensayos oscuros y sin valor, Honorato de Balzac inició en 1829, las novelas que habían de contener la vida en todos sus aspectos; es decir empezó a escribir "*La Comedia Humana*", obra en la que trabajó sin descanso e infatigable hasta su muerte. La obra consta de noventa y siete novelas o narraciones extensas. (*Eugenia Grandet*, 1833; *El tío Goriot*, 1834; *La prima Bette*, 1847), en estas tres novelas reaparecen en distintas ocasiones los mismos personajes.

"*La Comedia Humana*" representa diferentes escenas de la vida real: Escenas de la Vida Privada, Escenas de la vida Parisiense, Escenas de la Vida Política, Escenas de la Vida de Provincias, Escenas de la Vida Militar, y Escenas de la Vida Campestre. En estos seis libros, están clasificados todos los Estudios de Costumbres que componen la *Historia General de la Sociedad*, la colección de todos sus hechos y el conjunto de sus actos. Además cada uno tiene su sentido, su significación y formula una época de la vida humana.

El fondo de la obra representa el Hombre y la Vida, tomados estos dos conceptos, el primero como las personas, y el segundo como la manifestación material que dan éstas personas de su pensamiento. No sólo considera personajes con vida; los hay también sin ella y en éste caso dá cabida a los seres inanimados, a las cosas. Balzac pretende hacer una obra de la Sociedad. Buffón haciendo un paralelo de ésta con la Naturaleza expresa: la Sociedad convierte al hombre según los medios ambientes en que se desarrolla su acción, en tantos hombres cuantas variedades hay en la Ciencia Zoológica, con la diferencia que, para estas variedades, la Naturaleza ha marcado un límite en el cual no podría contenerse la Sociedad.

Balzac toma a la Sociedad francesa como campo de investigación para realizar su obra. Posesionado de élla, establece el inventario de las virtudes y los vicios, junta los actos principales que determinan las pasiones, pinta los caracteres escogiendo los acontecimientos principales de la Sociedad, compone seres típicos por la reunión de ras-

gos de varios caracteres homogéneos, y así consigue escribir la Historia de las Costumbres y estudiar la razón de los efectos sociales. Considera dos mil o tres mil figuras en cada época y afirma que esta cantidad son los tipos que presenta cada generación y que se mueven en La Comedia Humana.

Félix Davim, joven de gran talento y admirador de Balzac, interpretando el famoso y novedoso plan de su obra expresa así: Las Escenas de la Vida Privada representan la infancia, la adolescencia y sus caídas; así como las Escenas de la Vida de Provincia, representan la edad de las pasiones, de los cálculos, de los intereses y de la ambición. Continúa diciendo, las Escenas de la Vida Parisiense, ofrecen el cuadro de las ficciones, de los vicios y de todas las cosas desordenadas, excitadas por las costumbres peculiares de las Capitales en que se hallan al mismo tiempo el sumo Bien y el sumo Mal. Además después de haber pintado en estos tres libros la Vida Social, pinta las Escenas de la Vida Política, así como las Escenas de la Vida Militar, donde muestra a la sociedad en su estado más violento, saliendo fuera de su hogar ya para la defensa o para la conquista. Agrega finalmente Félix Davim, que en las Escenas de la Vida del Campo, se hallan los más puros caracteres y la aplicación de los grandes principios de orden, de política y de moralidad.

Crítica de Stefan Zweig a la obra de Balzac.—Stefan Zweig, "El Cazador de Almas" como manifiesta W. Roces en el prólogo de presentación que hace de éste en la obra "Los Tres Maestros", se adueña con apasionada maestría psicológica del alma de los autores, diluía en sus obras, en sus vicisitudes, en sus personajes. Como para él escribir es vivir, busca en los escritos de los demás la vida.

Stefan Zweig, sitúa a Honorato de Balzac en el Mundo de la Sociedad; así como distingue a Goethe, Tolstoy, Dickens, Dostoiewski, colocando a cada cual en su propio mundo. Más, reconoce en Balzac el Genio, artista universal, y no novelista, el que modela con sus manos todo Un Cosmos, levantando un mundo con leyes propias de gravitación, con criaturas propias; que sabe imprimir a cada figura, a cada suceso un ser tan genuino, que no sólo les dá relieve típico en su mundo sino que los impone con fuerza plástica penetrante al mundo real.

Balzac, manifiesta Zweig, poseía el don de ver desnudo y lúcido lo que a los ojos de los demás se representa empañado y vestido de mil ropajes; la clave que desnudaba a las cosas de sus envolturas y apariencias, para que se le mostrasen en los secretos de la intimidad. Las fisonomías se le revelaban y todo caía bajo el dominio de sus sentidos como cae la simiente de un fruto seco. Desgarra lo esencial del tejido de lo secundario; hace explotar como con dinamita las minas de la vida, para poner al Sol sus vetas de oro. Y con las formas de lo real y de lo tangible, aprisiona lo inaprensible. Lo que

para otros sólo es perfil, lo que ellos contemplan fría y tranquilamente como tras el cristal de una vitrina, hace vibrar la magnífica sensibilidad de Balzac, como la presión atmosférica las agujas de un barómetro. Este saber intuitivo inmenso, constituye el genio del novelista.

En cuanto al sentido íntimo, al alma de su Obra refiere Stefan Zweig descansa en los siguientes principios: El hombre no es bueno ni malo; nace con instintos y aptitudes. La sociedad, lejos de deprimirle, lo mejora, lo perfecciona; pero también desarrolla el interés, sus malas inclinaciones. Considera el Cristianismo y sobre todo el Catolicismo, el principal elemento de todo orden social; un sistema completo de represión de las tendencias depravadas en el hombre. Manifiesta que se consigue alargar la vida de los pueblos, sólo moderando su acción vital y que la educación por Comunidades Religiosas es el gran principio de existencia para los pueblos.

Finalmente agrega Stefan Zweig, que La Comedia Humana, carece a pesar del hermoso prólogo, que además, fué compuesto después que la obra, de todo Plan. Carece de plan como la vida misma, según a su autor se le presentaba. Con todo expresa el crítico que la mirada no alcanza a abarcar la obra de tan famosa novelista, ya en sus volúmenes que deja escritos se encierra una época, un mundo, una generación.

Su Obra quedó sin terminar, por lo que es casi una suerte dice Zweig. Si Balzac la hubiera terminado, habría cobrado las proporciones de lo inverosímil. Hubiera sido por lo inacequible para el simple mortal una voz de espanto, mientras que así es aguijón magnífico, grandeza ejemplar para cualquiera voluntad creadora sedienta de lo inalcanzable.

MARGARITA TELLO JOHNSON.

“MADAME BOVARY”

Gustavo Flaubert es con Maupassant, el más valioso representante del naturalismo francés del siglo XIX.

A pesar de su concepto clasicista del arte, su temperamento íntimamente romántico lo traiciona con frecuencia con interrupciones líricas.

Su obra maestra es sin duda alguna “Madame Bovary” (Costumbres de Provincia), con la cual inició brillantemente su carrera literaria en 1837.



El asunto está basado en un hecho real, y el carácter de la protagonista está dibujado con trazos tan vigorosos que han hecho de ella un personaje universal de la Literatura.

Emma Bovary vive la tragedia de un espíritu que se ahoga en el ambiente de una mediocridad gris y sofocante, y que clama por gozar de la felicidad y de la pasión.

Pero sus bulliciosas exaltaciones románticas son en realidad poco profundas. Su espíritu de pequeña burguesa es positivo en medio de sus entusiasmos, y ella, que ama la iglesia por sus flores, la música por las palabras de los romances y la literatura por sus excitaciones pasionales, se irrita aún más contra la disciplina, que es algo contrario a su constitución.

Casada con un médico de pueblo y rodeada de una atmósfera vulgar y monótona, se siente como una prisionera que ve extenderse fuera de su alcance el país de la felicidad.

Más ella confunde en su deseo las sensualidades del lujo con las alegrías del corazón, la elegancia de las costumbres con las delicadezas del sentimiento y cree que el amor es una planta exótica que necesita de un ambiente de cuento de hadas para florecer.

Vive alejada espiritualmente de su esposo, que a pesar de amarla no la comprende, y puede soportar esa soledad y esa monotonía, porque en el fondo de su alma ella espera algo; el acontecimiento que debe sacarla de esa vida aborrecida.

“Como los marineros en peligro, pasea sobre la soledad de su vida los ojos desesperados, buscando a lo lejos alguna vela blanca en la bruma del horizonte”. Pero esta angustiosa espera es defraudada día a día.

La maternidad no consigue satisfacer este anhelo de cariño, absoluto y absorbente.

Al fin, su espíritu avizor ve venir este amor. Se enamora con todo su ser y con toda su fantasía de un hombre de alcurnia, el vizconde Rodolfo. Ella está dispuesta a cualquier sacrificio, pero él busca solamente la aventura fácil y huye cobardemente de la responsabilidad. Emma sufre horriblemente y esta desilusión la pone a las puertas de la muerte.

Restablecida gracias a los cuidados solícitos de su sencillo y cariñoso marido, deja pasar los días hasta que después de cierto tiempo, tiene otro amante, un joven pusilánime, a quién ella a veces cree amar.

Pero para satisfacer sus caprichos y sus lujos, ella ha estado pidiendo prestado fuertes sumas de dinero. De un momento a otro se encuentra con que debe pagarlas y no tiene a quién recurrir. Después de haber agotado todos los recursos, se decide a ver a Rodolfo y le pide el dinero que necesita, recordándole su amor. El se lo niega, y Emma, loca, se ve al borde de un abismo que no puede salvar.

Luego, en un transporte heroico, se envenena y espera la muerte, que tarda en llegar.

Después de una atroz y convulsiva agonía y de recibir la uncción "en los ojos, que tanto habían codiciado las suntuosidades terrenales; en la boca, que se había abierto para mentir, que había gemido de orgullo y clamado en la lujuria; en las manos, que se deleitaban en los contactos suaves y en los pies, tan rápidos antiguamente para correr a saciar sus deseos", dejó de vivir esta mujer que buscó angustiada e inútilmente algo bello y grande por lo cual vivir y morir, pero que pasó sin ver que la felicidad estaba en el cariño sencillo de su esposo y de su hija.

Como ella, las Emmas Bovarys de todos los tiempos seguirán corriendo tras algo que se esfuma cuando es alcanzado.

Como ella, pasarán junto a la dicha sin reconocerla, viviendo y muriendo por alcanzar la felicidad y la pasión.

MARTHA HILDEBRANDT.



DOSTOIEWSKI

La historia de Dostoiewski es la de la más triste tribulación de un hombre. Una vida doliente de privaciones y de oscuros presentimientos; una eterna espera de algo que puede venir y que no llega nunca.

Su padre era médico del hospital María; su hogar, la severa casa de sus padres, atribula su alma en hora temprana. El padre es severo, hosco, sombrío, jamás sonríe, y sus palabras sólo tienen un dejo cortante. En el hogar recibe todas sus enseñanzas iniciales, lejos de la sana y alegre camaradería; esa disciplina torna tímido y receloso al ingenuo Fedor.

Esa infancia solitaria iba a pesar como un ascendiente profundo en su vida. Su primer dolor irreparable lo constituye la muerte de su madre; luego viene su ingreso a la escuela de ingenieros y las primeras desesperanzas románticas. Pronto va a tener veinte años, su padre ha muerto y la pobreza y la desesperación le rondan. Y así, en todos los momentos de su existencia que siempre será la misma, llena de sobresaltos, de angustias, de eterna pobreza.

El dolor comunica a sus libros un clamoroso estremecimiento humano. Son las horas de la soledad, el hambre, las deudas, las que le mueven a escribir "El idiota" y "Crimen y castigo". Exprime su imaginación con la voluntad de poder pagar sus necesarias obligaciones de cada momento; sus nervios denuncian ya los primeros síntomas de su terrible enfermedad: la epilepsia. Su primera novela

“Los pobres”, constituiría la esperanza inicial de una vida literaria anticipadora de rara madurez en un escritor, novela recia, amarga y desolada.

Luego viene la fase del Dostoiewski revolucionario y su vida en presidio. Es importantísimo éste capítulo de su vida porque es durante los 8 meses de encierro cuando se realiza la etapa de su evolución cristiana. El horrible simulacro de la muerte a que es sometido, tanto él como sus compañeros de prisión, y los 4 años de trabajos forzados a que son sometidos posteriormente, le causan tan honda impresión que parece que hubiese cavado una fosa profunda para sepultar toda su vida anterior.

“Los recuerdos de la casa de los muertos” es el diario doliente de esos 4 años, cuando degradado, confundido entre los peores criminales convivió la más espantosa miseria física y moral.

Dostoiewski conoció en hora temprana el alcance y la profundidad de su mal; la epilepsia es el estigma del antiguo mal que atormentó su infancia y su adolescencia. Estudió su enfermedad proyectada en las anomalías de sus personajes y, particularmente, en el Príncipe Muickhin de “El idiota”. La epilepsia le permitió sentir y conocer perfectamente a Dostoiewski todos esos estados vesánicos, que tan amargamente describe en sus personajes. Todos los héroes dostoiewskianos tienen desequilibrios que les inducen a extremos justificadores de la evidencia de una anormalidad fundamental; misántropos, hipocondríacos, terribles neurasténicos, sus estados de alma no son más que reflejos de la personalidad del novelista.

En “Crimen y castigo”, “El idiota”, “Los endemoniados”, “Los hermanos Karamazov”, Dostoiewski nos muestra la complejidad de sus personajes que se acentúa en la enigmática expresión de sus caracteres; todos ellos llevan en sí un problema; viven perdidos en el terrible aislamiento de su conciencia personalísima.

En “Crimen y castigo” se desarrolla el más audaz y conmovedor de los procesos psicológicos. Con Raskolnikov, Dostoiewski alcanza sin igual maestría estudiando la psicología de un criminal. Hay almas que necesitan, que deben purificarse; una de ellas es la de Raskolnikov, a quien sólo el castigo mostrará el camino del sufrimiento. La pobre prostituta Sonia, alma generosa y cuya ternura es un reguero de luz, es la que le aconseja que se entregue a la justicia y que se purifique por el sufrimiento. “El idiota”, acaso la creación más fina y más perfecta de toda la literatura rusa, presenta al Príncipe Muickhin, que es la antítesis de Raskolnikov, como un ser dotado de inteligencia clara y equilibrada, y que a pesar de sufrir ataques de epilepsia conserva la lucidez y sagacidad de su cerebro. El Príncipe Muickhin sólo sabe amar a los demás, carece del orgullo de sí mismo. Para él, el amor es un sentimiento que excluye toda sensualidad. En síntesis es la autobiografía sentimental del novelista.

Es "El idiota" el más puro de los caracteres sentidos por Dostoiewski y acaso el personaje más interesante imaginado jamás por un novelista.

El libro escéptico, cruel y amargo por antonomasia de Dostoiewski lo constituye "Los endemoniados", novela de diatriba y de escarnio, en ella hizo la caricatura épica de la revolución, y mostró un círculo nihilista, grotesco, tiranizado y sojuzgado por un cabecilla: Pedro Veskhosenski, hombre mitad ingenuo y mitad perverso.

En "Humillados y ofendidos", una de las mejores novelas del autor de "Crimen y castigo", Dostoiewski hace el análisis, mejor dicho va adentrándose en el complejo mundo de las sensaciones de la pequeña Nelly, hija de un padre alcohólico. Con gran sensibilidad y don de observación describe la afección epiléptica de la tierna Nelly y su muerte en los brazos de Vania, como un pajarillo cansado que se duerme después del vuelo.

Aquí se tiene que hacer resaltar el amor de Dostoiewski por los niños, que es como el enternecido afecto de un padre bueno, de un hombre que, en fuerza de ser inmensamente abierto de corazón, es capaz de perdonarlo todo.

"Los hermanos Karamazov" no parece ser sino una de las partes del tríptico novelesco que preparaba con el título de "La vida de un gran pecador", pero la muerte intempestiva malogró la realización de esa obra.

"Los hermanos Karamazov" es Dostoiewski mismo, con sus ideas, sus crisis, sus convicciones esclavófilas, su sentimiento de la tierra de la patria, de las viejas instituciones. Diez años trabajó en ese libro, que es como la suma de los destinos del hombre y la historia de la trágica comedia humana. El argumento gira en torno de un muchachuelo de trece años que ha participado en un crimen de derecho común y también de la transformación de su vida.

Resumiendo los conceptos sobre la obra de Dostoiewski diremos que en todo lo que escribió hay un fondo de piedad humana y de nobleza moral que podría ser comparable con las lecciones del Evangelio. Ningún novelista ha modelado con tales relieves los caracteres de la personalidad humana, en ninguno resalta con tal vigor la individualidad rebelde, las fuerzas morales, los sentimientos de piedad y de justicia, las ideas religiosas y sociales.

PASTORA LUISA ESPINOZA.

LEON NIKOLAIEVITCH TOLSTOI

Cuando se ubica a León Nikolaievitch Tolstoi dentro de la Literatura rusa del siglo XIX, su figura se ofrece en nuestra contemplación como un coloso de inspiración cósmica, genuinamente rusa y al mismo tiempo universal, que surge como un producto espontáneo, elaborado por la naturaleza moscovita, para iluminar el mundo contemporáneo con la nueva y potente luz del alma rusa. Tolstoi es realmente representativo de su país, considerado desde todo punto de vista. Sus obras como las de Dostoiewski nacen de sus mismas experiencias personales, elevando clamores de protesta desesperada en contra de tanto descalabro y miseria que agobia al pueblo sojuzgado bajo la tiranía de los zares, reflejando ansiosamente las complicadas facetas del medio de entonces, abarcado en detalles de exactitud admirable.

La obra literaria de Tolstoi es vasta y profunda. Corre pareja con las circunstancias que rodearon a aquella existencia íntegramente dedicada a la propia perfección y a la perfección de los demás. Por consiguiente es necesario seguir la marcha de la vida del gran escritor y pensador en sus principales etapas, con el fin de establecer relación entre el desarrollo de su existencia variadamente fecunda y las obras que aparecieron en forma sucesiva, como respondiendo a las diversas modalidades del alma tolstoiana.

Es sumamente interesante y arroja mucha luz al respecto, el libro de Stefan Zweig titulado "Tolstoi", el cual nos permite comprender hasta donde es posible, las complicadas marañas de la personalidad del escritor ruso.

Zweig ofrece acertadamente un símil entre la fortuna brillante de Tolstoi en la primera etapa de su vida, cuando podía aún escribir: "Soy feliz en absoluto" y la existencia no menos placentera de Job el personaje bíblico; probaron ambos el néctar de la felicidad pasajera aunque de diferente modo, para sumergirse después, en un oscuro piélago de sufrimientos y penas interiores, destinados a caminar fatigosamente en pos de la comprensión de Dios.

En efecto, Tolstoi vivió rodeado de cuantas comodidades y privilegios gozaban los nobles de su tiempo. Nacido en la propiedad de Iasaia Poliana ("Claro de Bosque") del departamento de Tula, huérfano a los 9 años de edad y educado por sus dos tías; siguió el curso de un sendero agradable y fácil en la infancia; estudió en la Universidad de Kazán aunque sin obtener mayores beneficios y se deslizó por la pendiente del vicio para correr fogosamente por los terrenos ilusorios de la vida mundana. Se entregó al juego y perdió grandes sumas. Marchó al Cáucaso y permaneció 6 años en el ejército, participando en la defensa de Sebastopol contra los turcos, mientras trabajaba por la liberación de los siervos.

En 1862 casó con Sofía Andveieyna Bers, de 17 años y empezó después de una vida tranquila, hasta la época en que se iniciaron bruscamente las luchas interiores de su espíritu.

De allí que en la vida de León Tolstoi existan claramente dos etapas diferentes en cuanto a concepción del mundo y de la vida, que motivarían consiguientemente un cambio en su producción literaria.

1.ª Etapa.—En las montañas y valles del Cáucaso, en medio de una tonificante vida militar, brota el pensador ruso inmortal, envuelto en los sutiles hilos de una concepción ética singular; la revelación de la naturaleza y la grandeza del sufrimiento humano, le han animado de un anhelo profundo de armonía entre el pensamiento y la conducta; de la confrontación entre los hechos de su vida y su manera de pensar había nacido en él, un mundo moral en principio pesimista y pletórico de naturaleza.

En la persona aparentemente ordinaria de León Nikolaievitch Tolstoi se está incubando el espíritu genial del siglo XIX. Su rostro, que no difiere en absoluto del de un campesino vulgar cualquiera de la estepa rusa, ostenta las características de toda la raza y es por eso, símbolo esencial de lo ruso, hasta en el aspecto físico.

Su mirada penetrante y audaz que en rápidas alternativas y cambios bruscos revela cada una de las vibraciones de su alma hace decir a Zweig refiriéndose a sus ojos: "los más elocuentes que hayan brillado por jamás en frente alguna" y a Gorki: "En su vista poseía Tolstoi cien ojos". Durante esta primera etapa de su juventud Tolstoi estuvo poseído de un terror hacia la idea de la muerte. Escribe él mismo: "Desearía vivir muchos, muchísimos años; la idea de la muerte me embaraza con un terror infantil, poético".

Una enorme vitalidad física reside en su cuerpo sano y fuerte, despertándose por un exceso de energías, instintos animales primitivos que le hacen sentir horror hacia sí mismo. Ya entonces teme hondamente a la música y da comienzo a aquella batalla moral en que se anega su alma sumergida en un pozo de cavilaciones agobiantes, allá donde en los últimos estratos del sufrimiento humano se retuercen los desahuciados del placer, los que no encontraron en la vida nada más que un amargo despojo, el sabor de una ilusión fugaz, desaparecida aun antes de ser gustada. Tolstoi se confunde entre ellos; pero sabe erguirse y sacar fuerzas de su situación desesperada, enviándonos desde aquellas profundidades dolorosas, los mensajes brillantes de sus concepciones morales encarnadas en el mismo suelo recio de la lucha. Este hombre vigoroso se admira de la propia fortaleza física y no comprende más tarde cómo tan tremenda pujanza de los sentidos puede alguna vez paralizar sus funciones, volverse incapaz de seguir percibiendo fenómenos externos.— ¿Cómo puede morir naturaleza tan potente?.....

Realiza su primer encuentro con lo desconocido ante el cadáver de su madre, conserva la tremenda impresión a través de sus años juveniles y más tarde convierte ese miedo en verdadero tormento espiritual. Ante la muerte su corazón se desprende de cualquier atavismo convencional que la sociedad pudiera imponerle y acusa libremente el terror del hombre frente al misterio insondable de la destrucción total. La raíz del cambio sustancial operado en las profundidades de su espíritu, hállase esencialmente en la contemplación de la muerte. Con ella sostiene titánica lucha hasta vencerla; gracias a ella conoce exhaustivamente los temores y espantos del alma, examina los fenómenos que se operan más allá de la conciencia, dice después: "No es conveniente temer a la muerte, pero tampoco es bueno deseársela". Es que el gran pensador ha armonizado el temor y las meditaciones dulces.....

Son muchas las obras correspondientes a este período de vacilaciones y todas ellas revelan la adaptación exacta, casi única en todos los tiempos, entre el escritor y el hombre. Las más importantes son:

Los cuentos de "*Dietstvo*" (Infancia 1,852), "*Otrochestvo*" (adolescencia) "*Yúnostj*" (juventud), en los cuales se echa de ver la vergüenza que siente a causa de sus vicios y defectos, penas interiores por no lograr su perfección espiritual, el amor a los campesinos, el ansia de conocer y poseer a Dios. Constituyen los recuerdos de su iniciación en la vida.

La novela *Kasaki* (Los cosacos, 1,863) en la que Olenín se enamora de Marianka quien trunca bruscamente el idilio iniciado. Olenín se purifica en el Cáucaso (Tolstoi), se impregna de un panteísmo vivificante y aprende la felicidad de vivir para los demás.

De las tres narraciones sobre el sitio de Sebastopol, la 1.^a y la 3.^a enaltecen la patria, el heroísmo y la 2.^a las vanidades de los oficiales, el miedo y el horror.

La novela "*Seméienoie schastje*" (la felicidad conyugal) canta un purísimo idilio, en forma serena y grave, semejante a una música elegíaca.

"*Knolstomier*" es la lírica y patética historia de un caballo, donde se muestra el Tolstoi piadoso, de filosofía un tanto desdeñosa para el hombre.

Finalmente sus obras: "*Voiná i mir*" (Guerra y Paz) en la que el mujik Karateiev encarna el alma del sufrido pueblo ruso y "*Ana Karenina*", corresponden a la plena madurez de su ingenio y son las verdaderas epopeyas de la Literatura rusa.

Ana Karenina es el modelo de novela del siglo XIX y la más apacible e interesante. Ana, esposa y madre ejemplar, se deja arrastrar por la sensualidad al deshonor y la vergüenza y como expiación de su culpa se arroja a las ruedas de un tren. Es realmente un personaje digno de piedad.

La respuesta positiva de esta novela es: "hay que vivir para el alma". Alberto Ureta realiza un paralelo entre la heroína de Tolstoi y la Nueva Eloisa de Rousseau, examinando la naturaleza de la pasión que las conduce por un camino que la sociedad condena.

En todas estas producciones, especialmente en *Guerra y Paz*, presenta el autor la exposición de su filosofía de la Historia, según la cual, los grandes hombres (Napoleón) no son sino ciegos instrumentos de esa fuerza que se llama destino.

Presenta cuadros de la naturaleza rusa, paisajes, seres y problemas, todo sobre una base amplia, humana y universal, documentando y aclarando la entidad étnico-social de su país, a la vez que nos ofrece vivamente el ejemplo de un arte llevado a la perfección, cuando la presenta como antena captadora de imágenes reales.

El arte de Tolstoi refleja la realidad natural como un espejo, con la clara limpidez del agua que deja transparentar las piedrecillas que yacen en su fondo. El lector de sus novelas se traslada íntegramente al maravilloso mundo del autor, brotado a impulsos de una formidable eclosión sentimental. Por eso expresa Arkeles Vela: "Tolstoi considera el arte como un medio de contagio emotivo"... Y así como refleja la naturaleza en sus mínimos detalles, copia los pliegues más desconocidos del espíritu del hombre. Desmenuza el alma humana universal a través de una minuciosísima observación prismática. Por eso mismo sus obras de tinte eminentemente ruso, resultan ser el patrimonio de todos los pueblos y todas las edades, sin pertenecer a una época determinada; ellas revelan los sentimientos tanto de los seres humanos primitivos como de las generaciones que están por nacer. Son el símbolo de lo natural y lo natural es inmarcesible. Tolstoi sabe apresar con admirable exactitud el cuerpo y el alma de los personajes, sean hombres o animales. Su concepción es antropomorfa. No se puede diferenciar si es que naturaliza a los hombres o si es que humaniza a la naturaleza.

El sufrimiento de los hombres y animales le conmueve con igual intensidad y para penetrar en el dominio espiritual se sirve lo mismo de un general que de un caballo.

Otro aspecto de la producción tolstoiana es su facultad de permanecer siempre en los límites de lo tangible. No es un imaginativo que crea mundos ficticios, ni un ideador que sale de lo normal. Representa las cosas sin idealizarlas, en sus detalles íntimos, movimientos y gestos para dirigirse a captar fielmente su psicología; casi siempre se advierte en sus obras el dominio del cuerpo contra la libertad del espíritu.

Sus paisajes son propiamente rusos, desolados y tristes y en ellos vive un pueblo sin Dios, lleno de la obsesión de la muerte.

Así como demuestra ese afán de conocer el fondo, la esencia de todas las cosas hurgando en todos los seres, Tolstoi se vuelve hacia

sí mismo y profundiza admirablemente en el conocimiento de su propia persona. Es egocéntrico; el sentimiento de su propio yo no lo pierde en ningún instante, pues ni siquiera a la naturaleza se abandona por completo. El diario de su vida le sirve para hacer posible su perfección moral. Además escribe tres tomos autobiográficos.

Llega una época en que Tolstoi establece el equilibrio de su vida, cultiva las relaciones familiares y no escarba dentro de sí mismo ni demuestra el ansia de examinarlo todo.

2.ª *Etapa.*—El acontecimiento más importante en la vida de Tolstoi es aquel en que se descubre a sí mismo, después de una profunda crisis espiritual.

Alrededor de los 50 años más o menos siente los primeros síntomas de debilitamiento y se apodera de él una absoluta perplejidad. Cree que su vida carece de sentido, vislumbra la gran Nada devoradora de existencias, el vacío que viene con la muerte. Detrás de todas las cosas hay algo oscuro, confuso e irreductible. Empieza su crisis moral, llegando a tal extremo que muchas veces estuvo al borde de atentar contra su vida.

Al fin el alma del escritor abre sus puertas a los sentimientos de la compasión y la ternura, porque comprende por primera vez cuán grande es la tragedia que reside en la miseria, cuanto tormento se oculta en el mundo. Por entonces Tolstoi se plantea grandes problemas filosóficos; vacila y se pregunta cómo arreglará su vida sin el apoyo que le brindaron la juventud y la fuerza. Estudia ansiosamente la religión, quiere una luz para su alma atormentada, lee a todos los filósofos y encuentra en todos la misma respuesta negativa: las farsas de la vida, nada proporcionaban a un sediento de la verdad. Por último descende hasta los aldeanos, anhelante de beber en la sabia fuente de su ingenuidad, súbitamente se siente atraído hacia aquellos hombres que rodeados de una dulce paz en medio de su miseria podían decir: “Nosotros vivimos para Dios” y se convierte en mujik.

Poco después se descubre al mundo un nuevo Tolstoi, apasionado apóstol de un nuevo ideal; declara a grandes voces un cristianismo elaborado a su manera sin dogmas ni milagros, terminando por lanzar a la faz de la tierra su doctrina de la fraternidad humana y de la propiedad colectiva.

Desde entonces, sus enseñanzas quieren arrasar el orden existente, se enconan contra el gobierno, predicán la abstención de la carne y el alcohol, anatematiza a las gentes, critica en todos los campos.

El público ruso le exige el renunciamiento de sus bienes y el gran pensador constata que le es imposible a él mismo, vivir conforme a su doctrina. Empieza un período de remordimiento en que sufre desgarradora pena por no serle posible alcanzar la anhelada perfección moral; humillándose ante los hombres, se fustiga con denuedo.

Luego de escribir Ana Karenina, observó sus obras desde sus nuevos puntos de vista, obedeciendo a la transformación sustancial efectuada en su fuero interno y sacó la conclusión de que no había escrito sino novelas vulgares. Tenía sed de algo más; ansiaba hallar la fé y la sabiduría.

Sus últimas obras siguen el escabroso sendero de esta modificación, casi todas ellas referentes a cuestiones de índole teológica, polémica, etc., tratados y opúsculos de divulgación. Aparece el Tolstoi filósofo, pedagogo, moralista, esteta y sobre todo el eminente pensador.

Las que ilustran acerca de la personalidad del hombre son: "*Ispovedj*" (Confesión) publicada en 1883, el más alto exponente de autorepresentación, retrato continuado y progresivo.

"*¿Tak chtó—zhe nam diélaty?* (¿Qué debemos hacer?) que es una mirada ampliamente investigadora de los problemas políticos, éticos y un ataque a la ciencia y al arte que según el autor son esclavas engañosas. Encuentra su fuente de inspiración en el pueblo y escribe numerosos cuentos populares.

"*La muerte de Iván Iljich*" o pone a la ridícula vida burguesa la majestad de la muerte que resuelve todos los problemas.

El drama "*El poder de las tinieblas*" es su obra más cruda cruel y desolada.

"*Resurrección*" es según la opinión de la mayoría de los críticos literarios el libro que constituye el testamento artístico de León Tolstoi, Katiusha, la mujer del pueblo se convierte en la meretriz Maslova y lleva una existencia sobrecargada de sufrimientos, hasta transformar su corazón en una roca endurecida y enconada contra quienes la rodean. El príncipe Nekliudov ansioso de redimirse, refleja cada una de las torturas espirituales del autor.

Son también importantes "*Diario de un loco*" y "*El Diablo*". Tolstoi durante los últimos años de su vida desafió crudamente el régimen zarista buscando un motivo de martirio; pero el destino no consintió que fuera herido el predilecto de la fama y lo hizo vivir lleno de elevación y luz, en una época en que reinaba por doquier la proscripción. Se contentó con vivir orientado siempre al cumplimiento moral y material de su doctrina.

Su familia constituía el obstáculo insalvable que impedía el renunciamento total de sus bienes; su hogar frustraba la realización de su programa. Por eso un día sale a dar un paseo a caballo por el bosque de Grumón; y allí, sobre el tronco de un árbol suscribe e instituye a la humanidad como heredera de su propiedad espiritual.

En julio de 1910 escribe: "No puedo sino huir y en ello pienso seriamente" y el 28 de octubre a las 6 de la mañana, huye hacia Dios, hacia sí mismo, hacia su propia muerte.

Klabund expresa: "Hay mucho de comediante en su vida interior e íntima"...no ve nada heroico en su huída de la sociedad. No advierte empero este autor debidamente, la sangrienta tragedia que libra Tolstoi en su morada interior, cuando comprende que no le es dado siquiera confiar en sí mismo, cuando se debate angustiosamente en su lucha por la perfección hasta el extremo de confesar públicamente sus faltas como un reo ajusticiado, hasta convertirse en el juez implacable de su propia persona. Si Tolstoi huye, ello no significa el término de las comodidades hogareñas, sino más bien, una liberación del sufrimiento íntimo que taladraba a su alma, el cumplimiento tardío de lo que constituyó el ideal fundamental de su existencia.

Una vez fuera de su hogar, Tolstoi cambia su nombre por el de T. Nicolayew y se embarca en un tren. Tampoco entonces la fama lo abandona; revoletan en torno de él las mariposas de la admiración y curiosidad; acuden mensajeros y llegan reporteros de los cuatro puntos cardinales. Hacen alto en Astapovo y se refugian él y su hija en una vivienda de madera donde al fin se cumple el anhelo de su existencia: se halla abandonado en el humilde castillo de la soledad. Allí desfalleciente dicta a su hija sus últimos pensamientos y allí muriendo pasa a la inmortalidad.

Apreciación.—Tolstoi y Dostoiewsk son los dos colosos de la literatura rusa del siglo XIX. Genuinos representantes de su país, han sido colocados por la crítica general en la mansión de los genios literarios universales.

La prosa de Tolstoi fluye como un torrente de aguas cristalinas, serena y fácil; llevando en su caudal, aprisionados todos los aspectos del mundo ruso y reflejada en su límpida superficie toda la realidad del paisaje, ruso también. El arte de Tolstoi no es un simple juego de formas. Es la más grandiosa y acertada contemplación de los problemas del mundo, de la vida y de la muerte.

Su alma policrómica de visiones dantescas sufre horriblemente, cuando resulta fallido su gran pensamiento: "El fin principal de la vida consiste en el mejoramiento humano". En él se vinculan, como dice Mercedes Cabello de Carbonera: "Algo del fatalismo budista de Sakiamuni; mucho y en dosis fuerte del ascetismo cristiano de San Francisco de Asís, y no poca parte del pesimismo desolador del sombrío Spinoza".

AMELIA RÍOS Y RÍOS.

BIBLIOTECA DEL SEMINARIO DE LETRAS Y PEDAGOGIA

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS:

Libros:

- 1.—Antología de Escritores Contemporáneos de los Estados Unidos.—John Peale Bishop y Allen Tate.— II Tomos. —Santiago de Chile, 1945.
- 2.—Trincheras de Papel.— José Martí.— La Habana, 1945.
- 3.—Cuba en la Mano.— Enciclopedia Popular Ilustrada.— La Habana.
- 4.—Memorias Poéticas Filosofadas.— Antonio F. A. Pedrotta.—Buenos Aires.
- 5.—Gestiones del Arzobispo Aneiros.— Santiago Luis Copello. Buenos Aires.
- 6.—Reunión Nacional de Municipios. Memoria. 1945.— Buenos Aires.
- 7.—El Sargento Palma.— Martín Coronado.— Tomo I.— (Instituto Nacional de Estudios de Teatro).— Buenos Aires.
- 8.—Los Mirasoles.— Julio Sánchez Gardel.— Tomo II.— (I. N. E. T.).— Buenos Aires.
- 9.—Martín Fierro.—José Hernández.— Tomo III.— (I. N. E. T.).— Buenos Aires.
- 10.—El Hombre de Mundo.— Ventura de la Vega.— Tomo IV.— (I. N. E. T.).— Buenos Aires.
- 11.—Los Conquistadores del Desierto.— Enrique García Velloso, Folco Testena y José González Castillo.— Tomo V.— (I. N. E. T.).—Buenos Aires.
- 12.—Una Mujer Desconocida.— Pedro Benjamín Aquino.— Tomo VI.— (I. N. E. T.).— Buenos Aires.
- 13.—En este Nuevo Mundo.— Otto D'Sola.— Caracas.

Folletos:

- 1.—L'égalité des races est — elle un mythe?— “Tribune”. — Bruselas.

- 2.—Les límites de la tolerance.— “Tribune”.— Bruselas.
- 3.—Quatre ans de silence, una expérience pour certains.— “Tribune”.— Bruselas.
- 4.—L’Avenir de la Colonisation.— “Tribune”.— Bruselas.
- 5.—Que est — ce que la Democratie?.— “Tribune”.— Bruselas.
- 6.—Conferencias del ciclo 1943 dictadas en el Teatro Nacional de la Comedia: “Imagen de Pacheco” por Vicente Martínez C.; “Discordia y Concordia de la Novela y el Teatro” por Alberto Insúa; “El Mundo de los Títeres” por Javier Villafaña.— Buenos Aires.
- 7.—Rivadavia Estadista.— Ricardo J. Piccirilli.— Santa Fé— (Argentina).
- 8.—Universidad, Ciudadanía y Política.— Luis Reissig.— Santa Fé.— (Argentina).
- 9.—Las Tesis impresas de la Antigua Universidad de México.— Francisco Maza.— México.
- 10.—Las Galerías de Pintura de la Academia de San Carlos.— Abelardo Carrillo y Gariel.— México.
- 11.—Consideraciones sobre la Nueva Organización Mundial.— Manuel Tello.— México.
- 12.—Ensayo de Tipificación de una Prueba Mental.— Universidad Nacional de Cuyo.
- 13.—Winston Churchill, precursor de la Victoria.— José G. Antuña.— Montevideo.
- 14.—El Murciélago en la Literatura Peruana.— Luis Fabio Xammar.— Lima.
- 15.—La Poesía de Enrique Bustamante y Ballivian.— Luis Fabio Xammar.— Lima.
- 16.—Leonardo Coimbra.— Alvaro Ribeiro.— Lisboa.

Revistas y Boletines:

- 1.—Revista de Ciencias.— Año XLVII.— No. 452.— Lima.
- 2.—Boletín del Instituto Psicopedagógico Nacional.— Año IV.— No. 1.—Lima.
- 3.—Universidad Nacional de Colombia.— No. 3.— Bogotá.
- 4.—Revista de la Facultad de Ciencias Económicas y Comerciales.— No. 33.— Lima.
- 5.—Boletín de la Unión Panamericana.— Washington.
- 6.—Revista de la Escuela Militar de Chorrillos.— Año XX.—No. 234, 235.— Lima.
- 7.—Revista de la Guardia Civil del Perú.— Año XIV.— No. 162.— Lima.

- 8.—Boletín de Filología.— Tomo IV.— No. 25, 26, 27.— Montevideo.
- 9.—The Yale Review.— Vol XXXV.— No. 1.— Yale University Press.
- 10.—Noticiario del Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia.— No. 24.— Montevideo.
- 11.—Laval Theologique et Philosophique.— Vol I. No. 1.—Québec, Canadá.
- 12.—Atenea.— Año XXII.— Tomo LXXXI.— No. 244.— Concepción, Chile.
- 13.—Revista Nacional de Cultura.— Año VII.— Nos. 49, 51.— Caracas.
- 14.—Sur.— Año XIV.—Nos. 132, 133.— Buenos Aires.
- 15.—Revista Nacional.— Año VIII.— Nos. 87, 88.— Montevideo.
- 16.—Universidad de Antioquía.— No. 73.— Medellín.
- 17.—Asomante.— Año I.— Nos. 1, 2.— San Juan, Puerto Rico.
- 18.—Think.— Vol. XI.— No. 10.—New York.
- 19.—Hispanic Review.— Vol. XIII.— No. 4.— The University of Pennsylvania Press.
- 20.—Revista Mexicana de Sociología.— Año VII.— Vol. VII.— Nos. 1, 2.— México.
- 21.—The United States Quarterly Book List.— Vol. I.— No. 3.— Washington.
- 22.—Boletín de Estudios de Teatro.— Año III.— Tomo III.— No. 10.— Buenos Aires.
- 23.—Informaciones Argentinas.— No. 98.— Buenos Aires.
- 24.—Anales de la Facultad de Medicina.— Tomo XXVIII.— Nos. 1, 2.— Lima.
- 25.—Anales de Instrucción Primaria.— Epoca II.— Tomo VIII.— No. 2.— Montevideo.
- 26.—Juventud.— Año II.— No. 24.— Lima.
- 27.—Boletín de la Escuela Nacional de Ingenieros.— Serie III.— Tomo XVIII.— Lima.
- 28.—El Economista.— Tomo XIII.— Año VII.— No. 149.— México.
- 29.—Filosofía y Letras.— Revista de la Facultad de Filosofía y Letras.— Tomo X.— No. 19.—México.
- 30.—Revista del Museo Nacional.— Tomo XIII.— Lima.
- 31.—Revista Cubana.— Vol. XVIII.— La Habana.
- 32.—Informaciones Cooperativas.— Nos. 8, 9.— Año 22.—Montreal, Canadá.
- 33.—Educación.— Año VI.— No. 38.— Caracas.
- 34.—Revista das Academias de Letras.— Año IX.— No. 56.— XXVIII.—No. 110.—Caracas.

- 35.—Revista de Historia de América.— No. 19.— México.
36.—Humanidades.— Tõmo XXIX, 1944.— Tomo XXX, 1945.—
Buenos Aires.
37.—Gaceta Pre-Militar.— Año V.— No. 17.— Lima.
38.—Revista Médica Hondureña.— Año XV.— No. 120.— Tegucigalpa.
39.—Universidad.— Nos. 16, 17.— Santa Fé (Argentina).
40.—Boletín de la Academia Nacional de la Historia.— Tomo XXVIII.— No. 110.—Caracas.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

“LEYENDAS Y FABULAS PERUANAS”.

Por **Enriqueta Herrera G.**—Imp. del Ministerio de Guerra. Lima 1945.—(Tamaño: 24 x 18.—113 pp.).—Ilustraciones por **Paco Cisneros y Cecilia.**

La literatura infantil peruana enriquece su acervo con la novísima publicación de la obra “Leyendas y Fábulas Peruanas” por la señorita **Enriqueta Herrera G.**

La obra comprende: Los ocho hermanos (I La montaña mágica, II El gigante aprisionado, III El viento enemigo, IV La estatua que habla, V Las piedras malignas, VI Mama Guaco, la valerosa, VII El Imperio más feliz de la tierra). Don Perezoso. Las aventuras de un batán. El árbol de la felicidad. Corazón de oro y corazón de piedra (cuento post-colombino). Porqué vive el Añás debajo de la tierra. El espejo mágico y los hombres de piedra. Otorongo el orgulloso. El Arriero, la Serpiente y la Zorra. Los hijos del Sol. Espinito tímido. Doña Zorra y su compadre Gallinazo. El vaso encantado. Cómo consiguió sus espinas el Queshque. El Príncipe que conquistó las Verdes Islas. El mago del tambor. La zorra vanidosa. La laguna maravillosa. La ranita del puquio.

Desde el punto de vista pedagógico, esta forma literaria es sumamente adecuada, sino única, para interesar al Niño en los temas de nuestra historia e ir lentamente moldeando su espíritu para comprender de manera auténtica las cosas de su tierra, de irle creando las bases de un estilo de vida propia, cuyos frutos se harán ostensibles en los años de su educación posterior. Por esto, la obra de la señorita **Enriqueta Herrera** tiene principal interés para nuestros maestros y es a la vez una contribución a la bibliografía pedagógica nacional.

C. V.

Periódicos Nacionales del siglo XIX, que existen en la Biblioteca Central de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, por Alejandro Tumba Ortega.— (Separata del Boletín Bibliográfico de San Marcos, Nos. 3-4 1944, y 3-4 1945).

C. I. P.—Lima 1945.

En un volumen de 146 páginas el señor Alejandro Tumba Ortega señala un derrotero minucioso de los Periódicos existentes en la Biblioteca Central de la Universidad de San Marcos, finalizando con un Índice cronológico destinado preferentemente a señalar el año de los ejemplares existentes en la Biblioteca.

Insinúa el señor Tumba Ortega que en las adquisiciones se dé preferencia a los Periódicos Nacionales antiguos, e insinúa también que en la Biblioteca Nacional se contemple “la conveniencia de una reimpresión de los periódicos antiguos raros, para la difusión y distribución de ese incalculable caudal bibliográfico”.

La publicación sobre los Periódicos nacionales del siglo pasado, existentes en la Biblioteca de San Marcos, a más de ser una contribución a la bibliografía correspondiente es un aporte docente que permitirá a los alumnos de San Marcos información utilísima para sus trabajos académicos.

C. V.

Biblioteca de Letras

NUEVA EDUCACION.—No. 1.—Año I.—Vol. I.—Lima, diciembre de 1945.

Bajo la dirección del doctor Delfín A. Ludeña, ha hecho su aparición esta importante revista pedagógica que se propone ser la “tribuna de los jóvenes educadores del Perú” conforme lo indica en su elegante carátula.

En su interesante Editorial se hace la presentación de la Revista con una emoción en la que se presiente una decidida vocación por el magisterio. Contiene, además, artículos sobre educación escritos por Catedráticos, Doctores en Pedagogía, Profesores y Normalistas.

La Revista trae una innovación importante y provechosa en su estructura. Su carácter gremial la convierte en portavoz de las asociaciones magisteriales; en este sentido es el primer órgano de este género que se edita en el Perú.

En cuanto a la distribución de las secciones, acusa conocimiento de la moderna técnica revisteril, como corresponde a una publicación de tan elevados fines y que está destinada a llenar una función necesaria y hasta vital en nuestro panorama educacional.

V. G. M.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

ACTIVIDADES DEL CLAUSTRO

HOMENAJE A ANDRES AVELINO ARAMBURU.

La Facultad se adhirió al homenaje auspiciado por el Ministerio de Educación a la memoria del eminente periodista señor Andrés Avelino Aramburú, con motivo de la fecha centenaria de su nacimiento.— La Junta de Catedráticos, en sesión de 5 de noviembre, designó al señor Decano, Dr. Pedro Dulanto para que en su representación hiciera uso de la palabra y nominó a una Comisión de Catedráticos para que asistiera al acto del homenaje.— El discurso del Dr. Pedro Dulanto se publica en la sesión correspondiente de este número.

ELECCION DE CATEDRATICOS INTERINOS.

Por licencia concedida a los Catedráticos doctores Aurelio Miró Quesada Sosa y Luis E. Valcárcel, la Junta de Catedráticos, en sesión de 23 de octubre, eligió por lo que falta del año académico, al doctor Manuel Beltroy, como Catedrático Principal Interino de Historia de la Literatura Castellana; y al doctor Carlos D. Valcárcel como Catedrático Principal Interino de Historia de la Civilización Peruana para los alumnos de Ciencias Económicas.

ELECCION DE CATEDRATICOS AUXILIARES INTERINOS.

Se eligió, en sesión de Facultad de 19 de setiembre, al Dr. Gustavo Saco Miró Quesada, como Catedrático Auxiliar Interino de Psicología General, por el tiempo que falta para la terminación del año académico.

La Facultad, en sesión de 23 de octubre, eligió como Catedráticos Auxiliares Interinos, de Historia del Perú para integrar los Jurados de los exámenes finales a la Dra. Ella Dumbar Temple y al Dr. Alberto Tauro.

CATEDRATICOS ADSCRITOS INTERINOS

La Junta de Catedráticos, en sesión de 15 de noviembre, eligió como Catedráticos Adscritos Interinos, al siguiente personal:

Dr. Fernando Tola Mendoza, para la Sección de Literatura.

Dr. Delfín Ludeña, para la Sección de Historia.

Dra. Nelly Festini, para la Sección de Filosofía.

CREACION DE UN CURSO DE SEMINARIO.

En sesión de 3 de setiembre, la Junta de Catedráticos acordó la creación del curso de Seminario de Literatura Peruana, que estará bajo la dirección del Dr. Luis Alberto Sánchez, Catedrático Titular de la asignatura.

CURSO LIBRE.

La Junta de Catedráticos, en sesión de 3 de setiembre autorizó al Profesor René Bazán el dictado de un curso libre de Literatura Francesa Contemporánea.

PUBLICACIONES DE TESIS.

La Facultad acordó, en sesión de 29 de setiembre, a pedido del Catedrático informante, Dr. Luis Alberto Sánchez, la publicación de la tesis titulada: "Ensayo Crítico-Biográfico de Pablo de Olavide y estudio Analógico con José Manuel Valdés", presentada por el alumno don Luis A. Cabello, para optar el grado de Bachiller en Humanidades.

Asímismo, en sesión de 15 de noviembre, la Junta de Catedráticos acordó a solicitud del Dr. Julio A. Chiriboga, catedrático informante, la publicación de la tesis intitulada: "El Significado de la imaginación en la fundamentación kantiana del conocimiento científico", sustentada por la Bachillera doña Nelly Festini, para optar el grado de Doctora en Filosofía.

GRADOS DE BACHILLER EN HUMANIDADES.

Con fecha 5 de setiembre ppdo., optó el grado de Bachiller en Humanidades, doña Azucena Serrano Cubas, quién sustentó en este acto, un trabajo intitulado "La Brujería como Fenómeno Sociológico Nacional".— Fué aprobada por unanimidad.

La Facultad, confirió el grado de Bachiller en Humanidades a doña Delia Molero Flores, en sesión de 5 de setiembre último, en mérito de la tesis que presentó, titulada: "Problemas Referentes al Empleo de los Exámenes y Medios para su Mejoramiento". Fué aprobada por unanimidad.

Doña Nelly Festini Illich, en sesión de 20 de setiembre ppdo., optó el grado de Bachiller en Humanidades, habiendo sustentado en este acto, una tesis intitulada: "Ensayo sobre el Estudio Supervigilado en la Educación Secundaria". Fué aprobada por unanimidad con la nota de sobresaliente.

En sesión de 20 de setiembre último, la Junta de Catedráticos confirió el grado de Bachiller en Humanidades a doña Ruth Ramos Delgado en mérito de la sustentación que hizo del trabajo que presentó titulado: "El Imperio de los Incas según los Cronistas Primitivos".—Fué aprobada por mayoría.

Con una tesis intitulada: "Las Comunidades Indígenas Aymaras", optó el grado de Bachiller en Humanidades, en sesión de 20 de octubre último, doña Lola Valentina Aguilar de la Colina.—Fué aprobada por mayoría.

La Junta de Catedráticos, en sesión de 20 de octubre ppdo., confirió el grado de Bachiller en Humanidades a don José Félix Tirado Navarro, en mérito de la tesis que sustentó titulada: "La Necesidad de la Colonización en el Perú".—Fué aprobado por mayoría.

La Facultad, confirió el grado de Bachiller en Humanidades a don Luis A. Cabello, en sesión de 27 de octubre último; el graduando sustentó una tesis intitulada: "Ensayo Crítico-Biográfico de Pablo de Olavide y Estudio Analógico con José Manuel Valdés".—Fué aprobado por unanimidad con la nota de sobresaliente y la Junta de Catedráticos en sesión de 29 de octubre a solicitud del Decano y del Catedrático informante Dr. Luis Alberto Sánchez, acordó la publicación de la tesis.

Doña Graciela Miranda Quiroz, en sesión de 27 de octubre, optó el grado de Bachiller en Humanidades, habiendo sustentado en este acto, una tesis titulada: "Carlos Germán Amézaga en la Literatura Peruana".—Fué aprobada por unanimidad con la nota de sobresaliente.

La Junta de Catedráticos, en sesión de 3 de noviembre ppdo., otorgó el grado de Bachiller en Humanidades a don Luis Gonzalo Arizola Tirado, quién sustentó como tesis, un trabajo intitulado: "Acerca de la Personalidad y el Carácter".—El graduando fué aprobado por unanimidad.

Con fecha 5 de noviembre último, doña Donatila Muñoz M. optó el grado de Bachiller en Humanidades, en mérito de la sustentación que hizo de la tesis que presentó intitulado: "Las Jerarquías en el Ministerio del Culto de los Antiguos Peruanos".—Fué aprobada por mayoría.

La Junta de Catedráticos con fecha 7 de noviembre ppdo., otorgó el grado de Bachiller en Humanidades, a doña María Barreto, quién presentó para este acto, una tesis titulada: "La Mujer Peruana".— Fué aprobada por unanimidad.

En sesión de 9 de noviembre, la Facultad confirió el grado de Bachiller en Humanidades a don Leandro Espinoza Urteaga, quién presentó como tesis, un trabajo intitulado: "Rubén Darío".—Fué aprobado por mayoría.

Doña Judith Prieto Vivar, optó el grado de Bachiller en Humanidades en sesión de 24 de noviembre, para cuyo efecto sustentó una tesis intitulado: "Reeducación de Menores en Estado de Abandono".—Fué aprobada por mayoría.

Con una tesis intitulado: "Monografía del Distrito de Hual" optó el grado de Bachiller en Humanidades doña Livia Elisa Ramos Risco, en sesión de 24 de noviembre.— Fué aprobada por unanimidad.

La Junta de Catedráticos, con fecha 3 de diciembre confirió el grado de Bachiller en Humanidades a doña Rosalina Quintana Gurt, en mérito de la sustentación que hizo de la tesis que presentó, intitulado: "Constantino Carrasco como Hombre y como Poeta".— Fué aprobada por unanimidad con la nota de sobresaliente.

La Facultad, en sesión de 3 de diciembre último, otorgó a doña Maura Heros Cárdenas, el grado de Bachiller en Humanidades; la graduanda sustentó en este acto, una tesis intitulado: "Manuel Nicolás Corpancho como Literato".—Fué aprobada por unanimidad.

En sesión de 7 de diciembre, la Facultad confirió el grado de Bachiller en Humanidades a doña Carmen Arias Cáceres, quién sustentó en este acto, una tesis intitulada: "El Sentimiento del Paisaje en la Novela Regional de Ciro Alegría".— Fué aprobada por unanimidad.

GRADOS DE DOCTOR.

La Junta de Catedráticos, en sesión de 13 de setiembre ppdo., confirió el grado de Doctor en Pedagogía, especialidad de Historia y Geografía al Bachiller don Bernardo Tarazona Orsini, quién sustentó como tesis un trabajo intitulado: "Evolución Educativa del Perú Republicano".— Fué aprobado por unanimidad.

El Bachiller don Carlos Velit Ruíz, con fecha 28 de setiembre optó el grado de Doctor en Pedagogía, especialidad de Gramática y Literatura, en mérito de la sustentación que hizo de la tesis que presentó para ese efecto, titulada: "Consideraciones Sobre el Problema Pedagógico y Cultural de la Lectura".— Fué aprobado por unanimidad con la nota de sobresaliente.

La Facultad confirió al Bachiller Alberto Saberbein Terrones, el grado de Doctor en Pedagogía, especialidad de Filosofía y Ciencias Sociales, en sesión de 3 de noviembre último; el graduando presentó como tesis un trabajo titulado: "La Enseñanza del curso de Psicología en Nuestros Colegios".—Fué aprobado por unanimidad.

En sesión de 7 de noviembre, la Facultad confirió el grado de Doctor en Filosofía a la Bachiller doña Nelly Festini, quién sustentó una tesis intitulada: "El Significado de la Imaginación en la Fundamentación Kantiana del Conocimiento Científico". Por haber demostrado la graduanda en la exposición de su tesis, profundo conocimiento del tema y haberlo desarrollado en forma brillante, fué exonerada del examen doctoral y aprobada por unanimidad con la nota de sobresaliente.— La Junta de Catedráticos en su sesión de 15 de noviembre, acordó publicar la tesis de la señorita Nelly Festini, a pedido del catedrático informante, doctor Julio A. Chiriboga.

El Bachiller don Gonzalo Arizola Tirado, en sesión de 9 de noviembre ppdo., optó el grado de Doctor en Filosofía en mérito de la sustentación que hizo de la tesis que presentó para este efecto, titulada: "Variaciones determinadas por la Edad, el Sexo y la

Educación en la Formación Espiritual del Individuo".— El graduando fué calificado por unanimidad con la nota de sobresaliente.

La Facultad, en sesión de 15 de noviembre ppdo., confirió el grado de Doctor en Pedagogía, especialidad de Historia y Geografía a la Bachiller doña Carmela Vinatea Luján, quién sustentó la tesis titulada: "Algunas consideraciones Metodológicas sobre el problema de la Enseñanza Secundaria frente a la Psicología del Adolescente".— Fué aprobada por unanimidad con la nota de sobresaliente.

En sesión de 28 de noviembre ppdo., la Facultad confirió el grado de Doctor en Pedagogía, especialidad de Filosofía y Ciencias Sociales, al Bachiller don Guillermo Descalzi Picasso, quién presentó como tesis un trabajo intitulado: "Psicología Dinámica y Educación".—Fué aprobado por unanimidad con la nota de sobresaliente.

La Junta de Catedráticos en su sesión de 7 de diciembre, confirió el grado de Doctor en Historia a don Carlos D. Valcárcel, quién presentó la tesis titulada: "Levantamientos anteriores y contemporáneos a la rebelión de Tupac Amaru y de su continuador Diego Cristóbal".— El graduando fué aprobado por unanimidad con la nota de sobresaliente.

El Bachiller don Benjamín Flores Burneo, en sesión de 7 de diciembre, optó el grado de Doctor en Filosofía; el graduando sustentó la tesis, titulada: "La Moral de Epicuro".— Fué aprobado por unanimidad.

La Facultad, confirió el grado de Doctor en Pedagogía, especialidad de Ciencias Matemáticas, Físicas y Químicas, a don Carlos A. Mendoza, en mérito de la sustentación que hizo del trabajo que presentó como tesis, titulado: "Hacia la Tecnificación de la Enseñanza Secundaria en el Perú".—Fué aprobado por mayoría.

Nota Necrológica.

FALLECIMIENTO DEL DOCTOR ALEJANDRO O. DEUSTUA

Pocas figuras más representativas y señeras en la historia de la educación en el Perú que la de Alejandro O. Deustua, Educador por antonomasia, su vida, en lo que tuvo de esencial, fué un bregar incesante por la formación de las generaciones jóvenes en los más altos ideales humanos y nacionalistas. Si la enseñanza universitaria constituyó su actividad central, dejó también la huella de su saber y de sus inquietudes en la educación secundaria y en la orientación general de nuestro total sistema educativo.

Filósofo de la libertad y de los valores, fué decisiva su acción en la Facultad de Letras, como maestro y como Decano. Abrió a la curiosidad de los estudiantes sanmarquinos horizontes amplísimos en el dominio de las disciplinas filosóficas. Y fué el maestro de cuyo fervor por las tareas del pensar libre y elevado dan testimonio irrecusable varios núcleos de profesores universitarios que él formó, alentó y nunca dejó de estimular con su autorizada palabra y con el ejemplo maravilloso de un apostolado que se prolonga hasta los últimos días de su existencia casi centenaria.

Nuestra Facultad, que fué el objetivo permanente de sus mayores desvelos y afectos, aún en las épocas en que ocupara altos cargos en la Administración Pública, en la política o en el Gobierno de la Universidad, agrega a los sentidos homenajes que le tributó en su larga y fecunda carrera, este homenaje póstumo, recogiendo en las páginas de la revista Letras el juicio, que, ante la tumba del gran peruano, emitieron los hombres que, desde las más altas situaciones

públicas y docentes, evocaron, con verdadera unción, los días luminosos en que el maestro señalaba metas cada vez más altas de sabiduría, de idealismo y de amor entrañable por nuestro Perú, a cuyo servicio dedicara todas las fuerzas de su poderosa inteligencia y todas las energías de su gran corazón.

DISCURSO DEL Dr. JORGE BASADRE

En su calidad de Ministro de Educación hizo uso de la palabra a nombre del gobierno, el Dr. Jorge Basadre, en los términos siguientes:

“Señores:

El Gobierno de la República se asocia hoy al sepelio de un maestro otorgándole honores oficiales. Deber suyo es proceder así por la alta jerarquía que reconoce a la dignísima función de enseñar y en justo homenaje a la vida longeva y la señera personalidad de don Alejandro O. Deustua.

Desde su mocedad, nutrida por la tonificante virtud de la pobreza, buena madre para los hombres cabales, desdeñó Deustua las profesiones lucrativas, las actividades que permiten las retiradas fáciles y los asaltos súbitos sobre los gruesos dividendos de la vida. Fué el suyo, con breves interrupciones, casi solo dentro de la generación que actuó en la Patria dolorida y desventurada de transición entre dos siglos, el largo y no muy anejo camino del catedrático y educador. Escogió desde muy temprano y conservó con fé indoblegable, a lo largo de los años, una disciplina no muy buscada aún en los países americanos y dentro de ella, supo agitar y renovar en su hora, las ideas, y así representar al Perú con honra en el panorama universitario del continente. Llevó a la docencia una consagración que logró otorgarle, sin gesticulaciones y sin miedo, el difícil derecho, de ser exigente y de convertir por eso, a veces, el aula en un tribunal. Leyó y viajó mucho, para asimilar, ensamblar, comparar y exponer en perenne inquietud. Habló y escribió sobre cosas altas y bellas. Dió todo lo que pudo dar de sí. Careció de la criolla facilidad para la indisciplina y la dispersión. Reunió capacidad y sinceridad en sus convicciones filosóficas y pedagógicas. Encarnó un renacimiento espiritualista, su filosofía tuvo como idea cardinal la libertad y enalteció los valores de la cultura frente a la exaltación, más tarde desorbitada, de los bienes materiales y frente a la amenaza siempre latente de los instintos primitivos y selváticos. Puso altu-

ra y respeto en la casa universitaria, llegó a ser en ella un símbolo y quedó como un recuerdo inconfundible en la memoria de incontables generaciones. Riguroso y altivo en su concepción de la Universidad y de la estructura educacional del país, refractario al vocerío de la plaza y la fiebre de la calle, quiso por otra parte, abrir nuevas ventanas, modernos senderos, volver al Perú menos virreinal. Quizá se le creyó adusto o seco; pero quienes alguna vez estuvimos a su lado, sabemos qué nobles leños ardían en el rincón más oculto de su intimidad.

En este país en que la gente suele morir joven o frustrarse, le fué otorgada la vejez que, cuando es lúcida y alerta, resulta una victoria de la naturaleza y un éxito de la raza. Al cumplir noventa años y aún después, sin estímulo ajeno, siguió escribiendo y estudiando; en el lento anochecer de la vida, la magia de los libros servíale como fuente de distracción, de alegría y de goces inmarcesibles. Con él no regía el nombre que los antiguos peruanos daban al anciano: "puñue rucu", el que duerme. Parecía haberse sobrevivido a sí mismo; pero atento desde su retiro al significado de la segunda guerra mundial, se puso franca, espontánea y juvenilmente, aún en los momentos más negros, al lado de la causa de la democracia.

Dentro de la concurrencia representativa que hoy se congrega, acongojada y solemne, poniendo sobre el ceremonial protocolario un afecto sin interés y sin esperanza, superior a la muerte y al olvido, alrededor de los restos de don Alejandro O. Deustua, es honor y congoja para mí, que estuve entre los discípulos a quienes él distinguió constantemente, en sus últimos tiempos, expresar como Ministro de Educación Pública, el auténtico carácter nacional y la histórica trascendencia de esta despedida final.

DISCURSO DEL Dr. LUIS ALBERTO SANCHEZ

A nombre del Congreso Nacional, el Dr. Luis Alberto Sánchez, Diputado por Lima, se expresó en la forma siguiente:

Señores:

El Congreso de la República, en cuyo nombre hablo, se inclina reverente ante la tumba del doctor don Alejandro O. Deustua, maestro auténtico, trabajador infatigable, fecundo y constante suscitador de inquietudes.

Incapaz de dogmatismos, tenía Deustua el alma abierta a toda

corriente renovadora. Hasta los 96 años, en que la muerte cumplió su cita, no dió reposo a meditación ni pluma. Puso el oído atento a la cabalgata de las doctrinas contemporáneas, sin mineralizarse jamás. Casi centenario, sin embargo nadie pudo decir de él que fuera un viejo. Había hecho, profesión de juventud. Cumplió sus promesas limpiamente. Por eso, sin duda, nos reunimos aquí, en torno de su última presencia física, gentes de muy diversas generaciones, atadas por el vínculo de quien supo sintonizar nuestra curiosidad con la suya, insaciada e insaciable.

De Destua podría decirse que fué un paradójal, singular y sempiterno agnóstico. Aparentemente, dada la enorme voracidad con que recibía todos los sistemas, transformándolos, en seguida, en lecciones penetrantes, quizá dió alguna vez la impresión de que carecía de rumbo doctrinal. No era así. Tuvo una fe inquebrantable y dinámica en la cultura, en el espíritu. Por ello laboró hasta su último día con una frescura mental que muchos jóvenes de años, quisiéramos para nosotros mismos. Y eso explica la razón por la cual nos congregamos en torno a su última presencia física, gente de la más diversa procedencia ideológica.

A un tan probo y tenáz obrero de la nacionalidad, se le deben homenajes multánimes. La representación del pueblo peruano expresa por mi intermedio, su más íntimo y sincero dolor ante una ausencia sin duda irreparable, máxime cuando maestros como Deustua son hoy más urgentes que nunca.

Personalmente, quiero decir aquí mi dolido adiós a quien fué, en mi adolescencia, mi maestro; en mi primera juventud, mi jefe; en seguida, mi compañero de claustro, y en todo instante mi amigo.

Porque le conocí de cerca y por largo tiempo, puedo asegurar, sin temor a yerro, que con él se nos va un hombre de esos que no tomaron por asalto la enseñanza, en busca de sinecuras, sino un verdadero sembrador de inquietudes filosóficas, un avisor vigía de horizontes ideológicos, un investigador incansable y sistemático, cuyo cerebro y cuyas manos trabajaron desprovistas de egoísmos, con ese ritmo "sin prisa y sin reposo", que Goethe señala en la inexorable palpitación de las estrellas.

La enseñanza nacional tiene una enorme deuda con Alejandro Deustua. No habrá otro modo de salvarla que trabajando y creando, con probidad y sin tregua.

Desde la cátedra, el periodismo, la Biblioteca Nacional, el Decanato de Letras, el Rectorado de San Marcos, el Ministerio, el libro, fué un ejemplo de claridad, diligencia y honradez, sin una sola concesión a esa tan frecuente y lamentable mezquindad de quienes, dueños de una pequeña partícula de verdad, piensan que su monopolio clandestino constituye el mejor camino para exigir al auditorio

desprevenido una adhesión que debiera alcanzarse siempre por la ancha vía del debate libre y la comprobación abierta.

Parodiando a un insigne escritor francés, si hubiéramos de sintetizar en tres palabras la existencia de Deustua, diríamos tan solo: "Nació, sembró, murió".

Yertas están ahora y para siempre, las tenaces manos del sembrador.

Las de sus discípulos, de tal diversas edades y tendencias, se juntan sin embargo, para no dejar perderse tan magnífica lección de inquietud y perpetua vigilia intelectual.

El Congreso de la República, en donde se congregan muchos de los que escucharon y aprovecharon sus enseñanzas, recogiendo el sentimiento del pueblo peruano, deposita la ofrenda de su profundo respeto y su sentida admiración sobre el sepulcro del gran maestro, en torno del cual no habrá ya silencio.

DISCURSO DEL Dr. PEDRO M. OLIVEIRA

En representación de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos habló el Dr. Pedro M. Oliveira, en su calidad de Rector, quien pronunció el discurso que transcribimos.

Señores:

Cuando se extingue una vida meritoria, alcanzando el hombre una plenitud gloriosa, no son lágrimas las que deben derramarse en hora de la última despedida. El doctor Alejandro Deustua termina su gran jornada irradiando luz, idealismo, fe imperecedera en la Cultura. La vida de este peruano eminente consagrada por entero al estudio, a la docencia y al apostolado intelectual, se asemeja a la de algunos sabios griegos que en su ancianidad encarnaron magníficamente la serenidad del alma antigua o a la de algunos hombres del Renacimiento que conquistaron en su larga existencia la excelcitud de una vida triunfal. El Dr. Deustua personificó con energía sus idealismos, su espíritu siempre renovado y animoso, sintiendo la perenne inquietud del saber. Su austera vida cierra su cielo cargado de años y merecimientos sostenido por su sólida contextura moral. Hombre sabio, orgulloso de su propio valer fué totalmente extraño a los estímulos de la vanidad. Sus tesoros consistían en sus ideales filosóficos que nacían lozanas de una vocación indeclinable y como fruto de las más fuertes disciplinas mentales. Con este rico bagaje pasa por la tierra fecundando el profundo surco que abre como pensador y como maestro, haciendo gala de su extraordinaria

vitalidad física y moral. Aquí donde muchas veces la existencia declina en la edad viril por circunstancias hostiles del medio, este anciano ilustre nos dá el ejemplo de una fortaleza singular que se manifiesta con ufanía hasta en sus horas postreras.

Maestro eminente el doctor Deustua dá nueva orientación en la Facultad de Letras a los estudios filosóficos. Se aparta del positivismo dominante, inspirándose en el Voluntarismo de Wundt y en el idealismo francés. Expone con brillo el pensamiento de Fouillée e inicia también en su cátedra el intuicionismo renovador de Bergson que representaba hace ya casi un tercio de siglo el más lúcido despertar del pensamiento contemporáneo. De este modo imprime a nuestros estudios superiores un nuevo y vigoroso ritmo despertando en la juventud que le tocó dirigir el espíritu de investigación, la vocación a los estudios filosóficos y a recias y distintas disciplinas mentales. Como maestro de Estética orienta a sus alumnos en esta rama del saber en lecciones nutridas de ciencia. Docto en la Pedagogía expone con eficiencia singular modernas doctrinas educacionales que aplica a nuestro medio tan necesitado de ese magisterio de almas. Sostiene y polemiza con singular brillantez con acopio de sabiduría, la tesis de la renovación del Perú por la educación de sus clases directoras, para cambiar desde sus bases las condiciones del país, plasmando nuevas generaciones, creando así el ambiente regenerador de conformidad con un evangelio de idealidad y de esperanza. No había para el doctor Deustua progreso fundamental posible sin la palanca verdaderamente milagrosa de la educación, y en profundos y eruditos estudios formula las directivas que deberían seguir la educación nacional.

Como Catedrático y como Decano de la Facultad de Letras se inspiró siempre el doctor Deustua en altos objetivos, dejando en la juventud de San Marcos la huella luminosa de su doctrina, los fuertes estímulos de su docencia, el eco de sus lecciones ejemplares. Pocos maestros como Deustua supieron imprimir en el alma juvenil nuevos idealismos y nueva fe propios del optimismo intelectual que lo animaba. Su rica enseñanza la recibieron varias generaciones que habían de proclamar la primacía de los valores espirituales como contenido de una filosofía de rehabilitación nacional. El doctor Deustua llega al Rectorado de San Marcos, como a la culminación de su carrera de maestro, y desde allí es director y es también estímulo en los viejos Claustros donde tantos hombres eminentes derramaron en sabias lecciones el caudal de su ciencia y de su espíritu universitario, amplio, nutrido y fecundo. Con acierto singular preside la ejecución de la reforma del año 1928 sano intento de dar moderna organización a los estudios superiores. En esta época de nuevo amoldamiento el doctor Deustua contribuye con el aporte va-

lioso de su ciencia, de su sagacidad, de su aptitud probada de conductor.

Felices los que mueren después de una larga vida llena de merecimientos. Felices los que al llegar a este término inexorable, pueden recibir serenamente a la muerte que les cierra los ojos a la luz. Así concluye la existencia de este varón ilustre, con el que desaparece un forjador de almas, un artífice delicado y selecto de juventudes. El Dr. Deustua es un faro que se extingue en un crepúsculo esplendoroso, es un astro que declina cerrando suavemente su órbita. En esta hora de silencio al abismarse en el misterio su gran espíritu se siente la sensación del vacío. Es una orfandad espiritual la que produce su muerte para todos los hijos de San Marcos.

Señores:

En nombre del Consejo Universitario rindo a la memoria del doctor Deustua el homenaje de admiración y de respeto que sus virtudes reclaman como excelso y fiel representante del espíritu de San Marcos.

DISCURSO DEL Dr. MARIANO IBERICO RODRIGUEZ

El Catedrático titular de Filosofía Moderna Dr. Mariano Iberico Rodríguez, hizo uso de la palabra a nombre de la Facultad de Letras y Pedagogía, en la forma siguiente:

La Facultad de Letras y Pedagogía de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos tributa el homenaje de su admiración y su recuerdo a la ilustre figura de don Alejandro O. Deustua que por largos años impartió en ella su enseñanza reformadora y formativa, uniendo a esa alta labor el ejercicio de la función directiva y consagrando a ambas tareas su actividad más abnegada y fecunda. Y al hacerlo por mi órgano, la Facultad de Letras, quiere integrar en el dolor y en la evocación de este instante el fervoroso sentimiento de las numerosas generaciones intelectuales que pasaron por sus aulas recibiendo, transmitiendo y cultivando con frutos de elevación y de belleza, el mensaje de vida espiritual que día tras día dictaba y renovaba el maestro.

Porque la enseñanza de Deustua ha trascendido la esfera meramente académica y tiene un significado de la más alta importancia en la historia de la cultura patria. Deustua no es solamente una personalidad y una obra. Es una influencia. Influencia del entusiasmo por las grandes obras de la mente; del sentimiento de la vida como

infinita posibilidad de creación; del amor por la libertad que según la profunda intuición del maestro es no sólo la condición sino la sustancia misma de toda realización significativa y elevada. Influencia del culto por los valores ideales; tradición de una filosofía que sobre los mezquinos postulados de la utilidad y del interés erige su fe en un mundo superior de simpatía y generosidad. Ideas, sentimientos, motivos para la meditación y para la práctica que se han incorporado en la vida espiritual del país y que son elementos de inapreciable valor germinativo y constructivo en el acervo de su riqueza culturales.

Cuando Deustua ingresó en la vida universitaria como catedrático de Estética y de Filosofía Subjetiva, las doctrinas filosóficas que se profesaban en la Facultad de Letras eran, o un positivismo sin sabiduría, o un racionalismo sin aliento. A esas actitudes no sólo opuso Deustua una nueva y vigorosa doctrina inspirada en el sentimiento de la vida libre y creadora sino un nuevo fervor, un entusiasmo contagioso que al par que suscitaba el amor por los temas, las ideas y las formas de la especulación contemporánea, despertaba y avivaba el culto, que se creyó extinguido, por los viejos e inmortales maestros de la meditación y de la vida.

La obra de Deustua, con sus afirmaciones psicológicas y metafísicas representó en conjunto una reacción por todo extremo saludable, contra el materialismo y el intelectualismo. Contra el materialismo que pretende reducir los hechos de conciencia a una categoría de los fenómenos fisiológicos o físicos. Y contra el intelectualismo que erige el mero conocimiento, como la facultad representativa y directora de la vida consciente. Y así proclama Deustua la esencia irreductible de los fenómenos psicológicos y asienta la preeminencia de la voluntad y del sentimiento en la viviente economía del alma.

Sobre las bases de estas premisas teóricas evoluciona el pensamiento de Deustua hasta culminar en la concepción en que se expresa su originalidad de pensador y que es como la forma final que al propio tiempo corona y orienta la totalidad de su obra. Y es la concepción según la cual sólo en lo bello como suprema realización del arte, y en el arte, como la más auténtica forma de la libertad y de la vida, podemos encontrar, con la luz que nos aclare el misterio metafísico, el criterio de valoración que nos permita contemplar según su verdadera jerarquía, el mundo de los bienes ideales.

No es esta hora el espacio adecuada para hacer un estudio de la filosofía de Deustua. Me refiero a ella porque constituye una parte inseparable de su personalidad y de su acción educativa. Esa filosofía atrajo el apasionado interés de sus discípulos hacia los más elevados motivos de la especulación y de la contemplación. Y esa filosofía inspiró las ideas pedagógicas de Deustua, dirigidas a la crea-

ción de una cultura llena del sentido superior de la existencia y alimentada en las fuentes profundas de la originalidad personal, expansiva y libre

Recordemos aquí que Deustua consideraba la educación universitaria no sólo como la cumbre, sino como la base y el principio de toda verdadera educación nacional porque pensaba que la Universidad debía formar la élite, destinada tanto a la dirección política y social del país como al mas alto magisterio, a la labor incomparable de modelar el alma nacional por el ejemplo de la virtud, por la fuerza constructiva del saber y por la capacidad formativa de un espíritu educado en el sentimiento y en la práctica de la simpatía humana, de la belleza y del deber.

La enseñanza de Deustua constituye para nosotros los peruanos un acontecimiento trascendental porque al propio tiempo que orientó las mentes hacia regiones de una riqueza inesperada, vino a robustecer en el fondo la tradición espiritual del país. Este es un título eminente al que se une para merecer el reconocimiento nacional, el hecho de que la obra de Deustua ha conferido una personalidad, una representación y una indiscutida prestancia en el ámbito de la cultura continental, al pensamiento filosófico del Perú.

Me parece que la calidad ejemplar en la personalidad intelectual de Deustua era su admirable vocación estudiosa. Llenó los largos años de su fructífera vida con la búsqueda infatigable del conocimiento, con la actividad de una inteligencia abierta siempre movida por juvenil curiosidad, a toda nueva sollicitación del espíritu, con esa inquietud sagrada que a veces se corona de radiante alegría y que califica, atormenta y exalta a los escogidos de la sabiduría.

La docencia de los grandes maestros no termina nunca. La muerte es un episodio temporal, que no perturba la majestad de las ideas ni impide la germinación de las simientes, ni extingue ni oculta la trascendente luminosidad de la vida. Don Alejandro Deustua, por las calidades insignes de su persona y de su obra continuará ejerciendo su altísima docencia. Los discípulos no sólo recogerán el rico contenido de su enseñanza sino la forma simbólica, el sentido paradigmático de una vida noblemente consagrada a pensar con hondura y decir con unción las palabras de la sabiduría y del ideal.

DISCURSO DEL Dr. LIZARDO ALZAMORA SILVA

El Presidente de la Academia de Derecho y Ciencias Políticas Dr. Lizardo Alzamora Silva, a nombre de ella, pronunció el siguiente discurso:

Señores:

La Academia Nacional de Derecho y Ciencias Políticas viene a asociarse al duelo de la cultura nacional por la muerte del doctor Alejandro O. Deustua.

Con él desaparece una figura prócer del pensamiento peruano y en esta hora de final despedida sólo quiero expresar la admiración de la Academia, que me honro en presidir, a la luminosa trayectoria de esa larga vida consagrada al estudio, que ayer se extinguió con aquella suave serenidad que embellece la muerte de los varones sabios.

Pero, quiero recordar aquí, con memoria fiel de discípulo, de colaborador y de amigo, esas virtudes sustanciales (que hicieron de Deustua un maestro y un estadista, cuyo nombre estará siempre unido a la tradición de San Marcos, y a las mejores tradiciones de nuestro periodismo, nuestra política y nuestra diplomacia.

Desde los días de su juventud hasta los años de su ancianidad lúcida y venerable, Alejandro O. Deustua dedicó las mejores horas de su vida al estudio y a la meditación creadora, elevando su espíritu por encima de todas las pequeñas cosas de la vida para deleitarse en aquella ciencia de la sabiduría que fué la vocación de su juventud inquieta, la tarea predilecta de su madurez fecunda y el sereno placer de su ancianidad admirable.

Considero como verdaderos honores de mi vida universitaria haber sido discípulo de Deustua en la Facultad de Letras y haber servido el cargo de Secretario General de la Universidad en los años en que ejerció el Rectorado de San Marcos, como culminación de su brillante carrera pública. En ambas oportunidades pude contemplar de cerca cómo el estudio y la meditación confieren serenidad y grandeza al espíritu de los hombres y siempre recibí en sus palabras aquellas diletas enseñanzas que no pueden dar los libros, porque son el fruto perfecto de las ideas sembradas por el estudio en los espíritus nobles. Y hasta el retiro de su ancianidad fué muchas veces para contemplar a mi antiguo maestro dialogando aún con las ideas sin perder jamás el brillo intelectual que esclareció su espíritu hasta el último día.

Es que vidas como la de Alejandro O. Deustua son ejemplares, paradigmáticas, porque consagradas a relevar los más altos valores del espíritu humano, ellas, en sí mismas, revelan también lo que aquél significa en cuanto a grandeza de alma como vigor y luminosidad de inteligencia.

Toda la existencia de Deustua estuvo dedicada al servicio público, al bien humano. Asombra la fecundidad de su actividad multiforme, como educacionista, político, periodista, diplomático, escri-

tor, maestro y jurista, pero dentro de la aparente variedad existe una unidad intrínseca, un perfil consustantivo en todas esas formas en que se vertiera su extraordinario dinamismo espiritual: servir a la colectividad, al país, a la cultura, su figura, peruana fundamentalmente, adquirió con justicia renombre universal. Los problemas que le preocuparon y que dilucidó con acierto, correspondieron unos a la realidad nacional en sus aspectos más significantes y trascendentales, y otros se proyectaron en el campo de la especulación, aportando nuevas consideraciones sobre materias que interesan a toda inteligencia humana. Desde el punto de vista del Derecho, merece citarse especialmente, su magnífico estudio sobre las ideas de orden y de libertad en la historia del pensamiento humano, que encierra una profunda filosofía jurídica.

De este modo, toda la vida de Alejandro O. Deustua representó un continuo y disciplinado esfuerzo de meditación, estudio, creación y enseñanza. Su ingente cultura hizo, indudablemente, de él uno de nuestros más auténticos humanistas en los últimos tiempos. Vida esforzada y, por lo mismo, gloriosa la suya, confirma lo que expresara el filósofo: que no hay gloria sin esfuerzo, como no hay virtud sin sacrificio.

Al despedir los restos de Alejandro O. Deustua, la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Políticas no hace sino repetir el homenaje que le rindió al elegirlo como Miembro Honorario, porque veía en él la representación de una fecunda existencia serenamente consagrada al servicio de la cultura y al servicio del Perú.

Biblioteca de Letras

Jorge Buccinelli Converso

Hicieron después, uso de la palabra relievando la fecunda labor intelectual del doctor Deustua, el doctor Clemente Palma, Director Accidental de la Academia Peruana de la Lengua; el doctor Enrique Delgado Ottenheim, a nombre del Colegio de Abogados y el doctor Enrique Gamarra Hernández, en representación de la Asociación Guadalupeana.

A LA MEMORIA DEL PERIODISTA

DON ANDRES A. ARAMBURU

A invitación del Ministerio de Educación, la Facultad de Letras y Pedagogía de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en sesión de 5 de noviembre ppdo. acordó por unanimidad adherirse al homenaje que se rendiría al eminente periodista señor Andrés Avelino Aramburú con motivo de conmemorarse el centenario de su nacimiento.

Cumpliendo el acuerdo, el día 10 de noviembre, la Facultad se hizo representar por una Comisión de Catedráticos, en la actuación pública que se verificó en la plazuela que lleva el nombre del periodista limeño; y el señor Decano Dr. Pedro Dulanto a nombre del claustro de Letras, usó de la palabra en la ceremonia que se realizó en la Sociedad de Fundadores de la Independencia.

Publicamos a continuación el discurso del Dr. Pedro Dulanto:

Señor Representante del señor Presidente de la República. Señor Ministro de Educación Pública. Señores hijos y demás familiares de Andrés Avelino Aramburú.

Señoras. Señores:

La Facultad de Letras y Pedagogía de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, se asocia al homenaje que el Gobierno de la República ha organizado para enaltecer la memoria de Andrés Avelino Aramburú, insigne periodista, en el primer centenario de su nacimiento.

Estudió Aramburú en el claustro carolino, pero no por tal causa, se hace presente, en esta ceremonia, la Facultad que presido, sino por considerar a Aramburú un gran representativo de las letras nacionales.

Literato, orador y, sobre todo, periodista, batalló en la sociedad de su época, mediante el órgano de relación más sensible que es la prensa diaria, expresando, con alas impalpables y nítida elegancia, profundos juicios políticos y sociales.

Nada escapó a su pluma de oro, que corría ligera en las columnas de su importante y popular diario "La Opinión Nacional", desde el dato de ocasión hasta el editorial de combate que leían y comentaban ardentemente, día a día, partidarios y adversarios suyos.

Poseía el raro don de emplear frases justas para expresar cosas grandes. Era fino y sutil con un fondo criollo que contribuía no poco a la extraordinaria popularidad de que disfrutó durante su prolongada etapa de ocupante de casi todos los cargos administrativos y de redacción de su tan leído periódico.

El freno principal del gran poder que el Gobierno tiene en nuestro país, se encuentra en el otro poder que es el de la prensa libre y de allí la suma responsabilidad que le cabe al periodista como orientador de la opinión pública.

Aramburú fué tenaz luchador por lo que él creyó el ideal y la ventura de su patria a la que, en época luctuosa, defendió dignamente con su pluma y heroicamente con su brazo.

Más en este duro bregar del periodismo no necesitó, ¡gran mérito suyo!, escribir frases destempladas ni mucho menos rozar siquiera el honor ajeno. Por su hombría de bien padeció prisión negándose a revelar un secreto periodístico. Vivió por todo eso, ganando simpatías por doquiera, desde la severa academia hasta la democrática calle.

Tanto como periodista, pero sin igual ejercicio, fué Aramburú, orador.

Espíritu esencialmente armónico no necesitaba de vuelo épico para persuadir y ganar a su auditorio, manteniéndolo en suspenso con su frase que se rompía a manera de una ola de encajes luminosa.

Un espléndido florecimiento de arte y una amable expansión de formas irreprochables constituían la envoltura del gran pensador que había en Aramburú.

Podía discreparse de él, combatírsele y aún censurársele, pero nadie podía escapar a dejar de sentirse admirador suyo por la pureza y la armonía de su palabra escrita o hablada.

La obra de tan preclaro hombre de letras asciende así hasta el limpio cielo de la belleza por una escala de claridad y de espíritu.

Andrés Avelino Aramburú, maestro de la expresión literaria, árbitro de la gracia y del buen gusto, tal como fuera hasta en su

persona física, proyectada su silueta fina y elegante cuando la hería el sol, en las paredes de las casas coloniales de nuestra antigua Lima, lamentablemente desaparecida, merece como pocos, que las instituciones culturales de la nación, tributen, sin reservas, los mayores homenajes a su esclarecida memoria, exaltando, en estos tiempos de enconadas luchas y constantes estridencias, su sentido de la proporción y su medida de la discrepancia, ya que parecen suyas y de aplicación al momento las palabras de quien dijera con razón: "No hay que olvidar que aún haciendo y diciendo lo que nos cuadre, debemos procurar cuando menos ser agradables a nuestros semejantes".



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

Indice Onomástico del Tomo XI

Nos. 30, 31 y 32. — Año 1945

A

	Pág.
Alzamora Silva, Lizardo.—Discurso en el sepelio del Dr. Alejandro O. Deustua	426
Angles Quintana, Leoncio.—Góngora y Quevedo (Trabajo de Clase)	277
Arana García, José M.—Genio de Quevedo (Trabajo de Clase)	261
Arriola Grande, Mauricio.—Dickens (Trabajo de Clase)	383

B

Barandiarán, Dora.—Retrato de Quevedo (Trabajo de Clase)	261
Barreto N., Ana.—La Novela Europea en el Siglo XIX (Trabajo de Clase)	372
Basadre, Jorge.—Discurso en el sepelio del Dr. Alejandro O. Deustua	419

C

Castellano Llontop, Carmen.—Quevedo, Poeta (Trabajo de Clase)	265
Castillo Cuadra, Rosa del.—Víctor Hugo (Trabajo de Clase)	385
Cossío del Pomar, Felipe.—El Ortogonal en Tiawanaku	224
Curie, Luis.—Quevedo y Caviedes (Trabajo de Clase)	288

D

Dulanto, Pedro.—Discurso en el homenaje a Andrés A. Aramburú	429
--	-----

E

	Pág.
Espinoza, Pastora Luisa. —Dostoiewski (Trabajo de Clase) . . .	395

G

Góngora Perea, César. —Hacia una Filosofía de la Educación .	204
Guerinoni Z., Hernán. —Francisco de Quevedo y Fray Luis de León (Trabajo de Clase)	270

H

Haro Durand, Julián. —Dios, el Alma y la Mujer en Quevedo (Trabajo de Clase)	263
Hildebrandt, Martha. —Madame Bovary (Trabajo de Clase) .	393

I

Iberico Rodríguez, Mariano. —Discurso en el sepelio del doctor Alejandro O. Deustua	424
--	-----

L

Lozano Ríos, Antonio. —Cronistas de Convento (Trabajo de Clase)	138
--	-----

M

Mac Lean y Estenós, Roberto. —Política Educativa del Mariscal Castilla	5
Miró Quesada Sosa, Aurelio. —El Testamento de la Madre del Inca Garcilaso	46
Montero, Sara L. de. —Quevedo y el Poeta Colonial Juan del Valle Caviedes (Trabajo de Clase)	267

O

Oliveira, Pedro. —Discurso en el sepelio del Dr. Alejandro O. Deustua	422
--	-----

	Pág.
Velit, Carlos. —Excelencia del Arte de Hablar	367
Ventocilla, Antonio. —Francisco de Quevedo y César Vallejo (Trabajo de Clase)	290

W

Wieland, Hubert. —Quevedo y la Novela Picaresca (Trabajo de Clase)	280
--	-----

X

Xammar, Luis F. —La Poesía de Enrique Bustamante y Ballivián	57
” ” ” La Noble Figura Lírica de Gabriela Mistral	326
Apreciaciones y juicios críticos	127 374
Relación de libros y folletos recibidos	150-298-405
Actividades del Claustro	157-301-412
Grados	157-303-413
Notas Bibliográficas	254-409
Indice Onomástico	433

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

ADVERTENCIA

LA CORRESPONDENCIA Y CANJE DE LA REVISTA DIRÍJASE A LA SECRETARÍA DE LA FACULTAD DE LETRAS. UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN MARCOS, CALLE DE SAN CARLOS No. 931.

LAS INSTITUCIONES A QUIENES ENVIEMOS LA REVISTA LETRAS SE SERVIRÁN ACUSAR RECIBO DE LOS NÚMEROS QUE LLEGUEN A SU PODER, A FIN DE CONTINUAR ENVIÁNDOLES NUESTRA PUBLICACIÓN. LA FALTA DE ESTE ACUSE DE RECIBO DETERMINARÁ LA SUSPENSIÓN DEL ENVÍO DE LOS NÚMEROS POSTERIORES.

ESTE ACUSE DE RECIBO NO ES NECESARIO SI LA INSTITUCIÓN DESTINATARIA, NOS FAVORECE CON EL CANJE DE SUS RESPECTIVAS PUBLICACIONES.





Biblioteca de Letras
«Jorge Puccioli Converso»